

ESCONDIDO



La niebla gris

El mundo se puede acabar y solo depende de un pueblo

ANNE ABAND

Escondido.
La niebla gris

Escondido

La niebla gris

Anne Aband

© Anne Aband, [2019]

Ilustración de portada y contraportada: Alba Palacio
Impresión independiente

Todos los derechos reservados.

*Te lo dedico a ti, lector o lectora que has decidido confiar en mi para tu
próxima aventura. Gracias.*

Índice

Introducción

Capítulo 1: La desaparición de Soledad

Capítulo 2: Interludio

Capítulo 3: Ganadores

Capítulo 4: Un paseo

Capítulo 5: La televisión

Capítulo 6: Excursión al bosque

Capítulo 7. La piedra de la Luna

Capítulo 8: La médium

Capítulo 9: la comida de Navidad

Capítulo 10: La primera vez

Capítulo 11: Las sombras

Capítulo 12 Amenaza

Capítulo 13 El cortejo felino

Capítulo 14: Nuevos descubrimientos

Capítulo 15: Escondido, un pueblo singular

Capítulo 16: la mano blanca

Capítulo 17: Una vuelta y una desaparición

Capítulo 18: La luna llena

Capítulo 19: Expulsión y protección

Capítulo 20. La llamada

Capítulo 21: El gran despertar

Capítulo 22: La Laguna

Capítulo 23: Nuevos habitantes de Escondido

Capítulo 24: Reorganización

Capítulo 25: Limpieza

Capítulo 26: El amanecer de un nuevo día

Capítulo 27: La bruma se acerca al pueblo

Capítulo 28: Intenciones

Capítulo 29: Una gran decisión

Capítulo 30: El pacto

Capítulo 31: El sacrificio

Capítulo 32: Resultado

Capítulo 33: Una nueva vida

Epílogo

Personajes

Agradecimientos
Sobre la autora

I'm free but I'm focused
I'm green but I'm wise
I'm shy but I'm friendly baby
I'm sad but I'm laughing
I'm brave but I'm chicken shit
I'm sick but I'm pretty baby
And what it all boils down to
Is that no one's really got it figured out just yet
I've got one hand in my pocket
And the other one is playing the piano
What it all comes down to my friends
Is that everything's just fine fine fine
I've got one hand in my pocket
And the other one is hailing a taxicab

Soy libre, pero estoy centrada.
Soy envidiosa, pero soy prudente.
Soy tímida, pero amigable, cariño.
Estoy triste, pero me estoy riendo.
Soy valiente, pero una cobardica.
Estoy mareada, pero soy hermosa, cariño.
Y al fin y al cabo todo se reduce a
que todavía nadie ha comprendido todo.
Tengo una mano en el bolsillo,
y la otra está tocando el piano.
Para mis amigos todo se reduce a
que todo va a ir bien, bien, bien.
Tengo una mano en el bolsillo,
y la otra está llamando a un taxi

Alanis Morissette

*Soy una bruja
Con ritmos y razones
Yo cambio como las estaciones
Mi madre es la luna
Mi padre es el sol
Con la Diosa tierra soy una
Soy una bruja, una hija pagana.
El espíritu de la naturaleza salvaje
crece en mi interior
fluye conmigo
Serpentea como una corriente hechizada,
Encantando cada sueño que camino,
Respiro el aire de liberación
Cuido el fuego de la transformación
Bebo el agua de la reacción,
Conjuro la magia de la tierra
Soy una bruja de sombras y luces
Desde la bruma de Avalon y el vuelo del cuervo
Soy una bruja, con orgullo te diré
Que el alma de una bruja
Nunca muere
(Traducción libre de Gerina Dunwich)*



Introducción

Bienvenidos seáis a Escondido, un pequeño pueblo del Pirineo aragonés. Es un lugar muy especial donde ni las cosas ni las personas son lo que parecen.

Un pueblo donde la magia se esparce por cada hoja, cada piedra o cada casa. El bien y el mal guardan un precario equilibrio y muertos y vivos conviven en una armonía muy delicada.

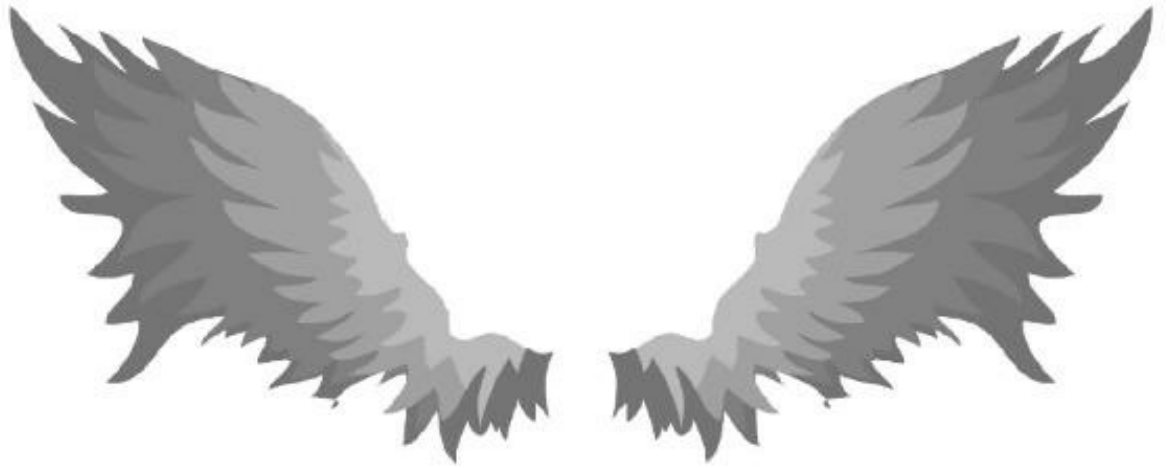
Por sus calles caminan brujas, seres angélicos, otros que cambian su forma humana a otra mucho más salvaje y peligrosa. Entre ellos, espíritus errantes o seres ancestrales. Adéntrate en su casa y curioseas sus armarios. Te prometo que no tomarán represalias. ¿O sí?

En esta novela encontrarás un grupo de seres en el mismo lugar sin ser iguales. Al final del libro tienes un índice por si te despistas. En el índice no hay *spoilers*, así que puedes consultarlo cuando quieras. Pero te advierto: ninguno es más protagonista que otro y por tanto, todos están en peligro de muerte. No te encariñes demasiado si eres de las personas que sufren cuando un personaje de una novela muere.

Este libro es como la vida misma. Unos vienen, otros se van, y otros no cambiarán nunca.

Bienvenido, bienvenida, a este pueblo de 1967 habitantes (por el momento).

¡Disfruta o sufre, como tú quieras!



Capítulo 1: La desaparición de Soledad

Muriel subió el volumen de la vieja radio mientras barría la cocina con la escoba de paja. Miró de reojo a la mujer que cocinaba, por ver si protestaba, pero estaba concentrada en su puchero.

Alanis Morissette contaba que, aun estando triste, se estaba riendo. Tarareó la canción, pero con poca alegría. Ella seguía estando desanimada después de todo lo que había pasado y veía pocas opciones. Suspiró ruidosamente mientras se agachaba para empujar la basura al recogedor de mano. Su maestra dejó de remover el guiso y la miró.

—Eres un poco dramática, ¿no crees? —la anciana Samantha era consciente de lo que la chica estaba pensando.

Muriel no se dignó a contestar. Salió al corral por la puerta de atrás y echó la basura al cubo que ya estaba lleno. Aplastó el contenido con la mano. Total, eran sobre todo ramas y hojas. En un pueblo perdido entre las montañas, ¿qué más podía haber?

Miró las montañas que se veían a lo lejos. En realidad, ella era muy feliz allí, rodeada de bosques y con sus amigos. Pero ya se había hecho la idea de que Marcos fuera su compañero, quería tener una hija que continuase su saga. Y él se había ido. Por una parte, no se extrañaba.

El frío le hizo reaccionar y se metió hacia la casa, no sin antes mirar el cielo. Estaba gris y amenazaba lluvia. Con tres grados de temperatura y sin abrigo, no era una buena idea quedarse allí.

Entró en la cocina de nuevo y se sentó delante de la chimenea, en la alfombra tejida a mano. Quería absorber un poco de calor. Samantha le pasó un té de hierbas y ella lo tomó con las dos manos. La taza caliente reconfortó su alma.

Muriel echó otro tronco en la chimenea y sorbió un poco de su té. Reconoció el cardamomo, el jengibre y la canela. Pero seguro que llevaba algo más. Sam siempre sabía lo que le hacía falta. Le sonrió agradecida. Había vuelto a su puchero y canturreaba algo muy suave.

La joven miró fijamente el fuego. Estar delante de la chimenea era como

cuando meditaba. Las llamas comenzaron a saltar de un tronco a otro, bailando alegres como fuegos fatuos. Muriel ni siquiera era consciente de que era ella quien lo provocaba. Estaba en otro mundo.

Marcos era uno de los pocos jóvenes compatibles con ella que quedaba en el pueblo. Ella había leído las cartas y las líneas de su mano. Encontró una compatibilidad de un setenta por ciento, lo que para ella era suficiente. Aunque no era una pasión increíble, en cierto modo, ella estaba enamorada. Por eso, cuando le pidió, casi le suplicó que se fuera a Huesca con él, estuvo a punto de aceptar. No lo hizo. Su novio no comprendía que el sitio de ella era en el pueblo. Su deber estaba allí. Los seres sobrenaturales eran mayoría allí, y Samantha y ella ayudaban a que todo estuviera bien controlado.

—De todas formas, nunca fue él —Samantha seguía el hilo de sus pensamientos con facilidad—. Tú lo sabías. No debes conformarte con algo que no es perfecto al cien por cien para ti, sabiendo que ahí fuera hay alguien que sí lo es.

Muriel levantó la vista hacia su maestra y las llamas dejaron de bailotear.

—Encerrada en este pueblo será imposible que algún día encuentre a ese alguien que dices. Seré una bruja solitaria como...

—¿Como yo? —interrumpió Samantha—. Estoy sola por voluntad propia. He tenido amantes e incluso estuve a punto de casarme. Pero preferí esto, sin duda. Quizá algún día te vayas de aquí y veas mundo. Las cosas pueden cambiar mucho.

La anciana seleccionó de la alacena unos cuantos botes de hierbas y especias y los puso sobre la mesa de la cocina. Muriel la miró sonriendo. Le encantaba la cocina y sobre todo echar diferentes hierbas, todas recolectadas por ellas. Echó un poco de tomillo y con la mano abanicó el humo que salía. Abrió un par de botes más y los añadió. El burbujeo del puchero extendía un delicioso olor por toda la habitación. La joven se levantó y fue a olisquear con placer. Desde luego, Samantha cocinaba de maravilla.

Llevó la taza al fregadero de piedra y comenzó a lavarla mientras miraba por la ventana que había justo encima. Los cristales estaban un poco empañados, pero se veía el cielo. Ahora estaba blanco. Seguramente nevaría.

—De esta noche no pasa —dijo distraída.

—¿Qué no va a pasar, Muriel? —preguntó su maestra mirándola. La joven se volvió confusa.

—¿Qué dices? Ah, bueno, no sé. Supongo que la tormenta de nieve.

—Espabila, Muriel. Deja de rumiar esos pensamientos. Si querías que se quedara, haberle hecho un filtro de amor. Pero tú sabes como yo...

—Sí, ya sé —interrumpió la chica secando la taza—. Ya sé que no era él. Pero ya no me quedan muchas opciones, si quiero que mi stirpe continúe.

Samantha rio provocando el enfado de la joven y el consiguiente crepitar del fuego.

—¡Qué antigua eres para tener veinticinco años! —miró al fondo de sus ojos verdes y sonrió—. Si quieres tener un hijo no te hace falta más que una noche loca.

—Lo sé, Sam, pero no quiero eso. Todavía creo en el amor y sé que en algún momento vendrá la persona adecuada, ¡pero que sea ya!

Samantha cogió la taza recién lavada y volvió a echar té sin filtrar, de modo que cayeron varias hojas en ella.

—Vamos, siéntate y bebe este té.

Se sentaron en la pequeña mesa de la cocina que usaban para desayunar. Muriel bebió despacio el té, pensativa. La luz del frío día entraba por la ventana y sacaba brillos al cabello blanco de Sam, que esperaba pacientemente sin decir nada. La joven dejó la taza solo con los posos.

Samantha cogió la taza y puso un plato sobre ella. La volcó de un solo movimiento y después levantó la taza. Las hojas formaban un curioso entramado que Muriel no entendía. Su maestra estuvo mirándolo durante unos minutos y después miró a los ojos de su joven ayudante.

—Hay un hombre que está en camino. Podría ser el que estás esperando. Vendrá cuando deje de nevar.

Muriel sonrió y aplaudió a las hierbas. Les hizo una foto con el móvil para guardarlas y mirarlas de vez en cuando. Así reforzaba la llegada de ese hombre.

Sam se levantó de la mesa moviendo la cabeza con disgusto. La chica estaba demasiado pendiente de sus hormonas en lugar de aprender lo que ella necesitaba enseñarle. La miró de reojo mientras ella hacía fotos en diferentes posiciones. Sonreía, aunque seguramente no veía nada. Ella todavía no controlaba la adivinación con los posos de té, aunque no le hacía falta. Ella sería capaz de hacer cosas mucho más importantes, aunque no lo supiera.

Finalmente Muriel se levantó y lavó el plato. En el fondo, también ella había sentido que alguien estaba de camino.

Se pusieron a comer charlando de hierbas y de piedras. Pronto se acercaba la luna llena y Sam necesitaba algunas hierbas especiales. Quizá

algún día tendrían que viajar a Huesca. Era de las pocas salidas que hacían.

Después de un rato y tras recoger todo, atar las hierbas, y repasar ciertas recetas, la joven se levantó y se despidió con un beso. Hoy celebraban Yule para los paganos y pronto celebrarían la Nochebuena para los cristianos. Nunca hubo problemas por ello. Se reunían en el bar de León, como siempre. En realidad, cualquier excusa era buena para reunirse y pasar un buen rato todos juntos.

Samantha se excusó. Debía realizar varios preparados por la luna, y para los habitantes. Muriel se puso el abrigo y le dio un abrazo.

—Sam, te he dejado las hierbas colgadas en el techo del desván y los ingredientes que me has pedido separados en cajas. Y me voy ya, ¿vale?

—Muy bien, niña. Dales un beso de mi parte a tus amigos. ¿Cena con vosotros Rómulo?

—No, viene Soledad. Ya sabes que no la soporta y a ella le da miedo —. Muriel sonrió y se encogió de hombros. De todas formas, el hombre era bastante impredecible—. Ninguno la soportamos, pero León está atontado con ella.

—A veces las cosas se solucionan por sí solas —murmuró Sam mientras cerraba la puerta.

Muriel se encogió de hombros sin saber qué quería decir, pero Sam solía murmurar a menudo. Se caló el gorro hasta las orejas y cerró su abrigo. El aire polar le saludó enrojeciendo su cara y provocando un humo blanco en su boca. Bajó la cuesta de la calle Llano, que era básicamente una de las pocas asfaltadas del pueblo.

Echó un vistazo a su alrededor. No se veía ni un alma; o para ser más exactos, almas sí había, vagando como sombras por el pueblo. Las pocas personas que cruzaban la plaza lo hacían rápido hacia sus casas. Un veintiuno de diciembre, a las ocho de la tarde y con dos grados, no era el mejor día para pasear.

Los que no tenían familia se reunían de vez en cuando en un local vacío, un antiguo pajar que habían acondicionado. Otros iban al Amazonas y ahogaban su soledad en ponche caliente o vino peleón.

Las bombillas apenas iluminaban la calle, pero Muriel no tenía miedo de pasear por ahí sola. Sam le decía que eran más peligrosos los vivos que los muertos, aunque a veces ella no estaba tan convencida.

Muchos de los habitantes de Escondido eran diferentes. Tenían lo que ellos llamaban *el gen*. Seguramente Marcos no lo tenía y por eso se había ido.

Siempre acababan por marcharse.

Entre los primeros, estaban los que tenían alguna de esas características especiales, heredadas de los fundadores del pueblo, como Samantha o Anastasia, o incluso ella. Y luego los que eran únicos, como León o Rómulo. Todos ellos eran felices en este inhóspito pero bello paisaje. De alguna forma, se reunían y se apoyaban, fueran lo que fuesen.

El pueblo estaba oculto a simple vista, situado entre montañas y bosques, en la ruta de un antiguo paso de contrabandistas hacia Francia. Los caminos ocultos que cruzaban la frontera estaban en muy mal estado, así que no se utilizaban. Al menos, la carretera que llevaba al pueblo desde la provincia, había sido arreglada en los últimos años, por lo que un par de veces a la semana subían pequeñas furgonetas de reparto.

Todo ello los convertía en una comunidad pequeña y cerrada. Sin necesidad de salir más allá.

Aceptaban a los extraños, como cuando llegó la alcaldesa, Manuela. Ella era la hermana del médico que pasaba consulta un par de veces a la semana y fines de semanas alternos. Llegó allí por casualidad hace cinco años y se quedó. Acababa de fallecer el anciano alcalde y nadie parecía querer sustituirle. Ella tenía ganas y ambición, así que no le costó mucho convencer a los habitantes de su buena fe. Ahora se había convertido en una pequeña tirana, sin demasiada mala intención y con interés en poner a Escondido en el mapa.

Muriel miró el ayuntamiento. Aún había luz. De todas formas, y exceptuando el grupo de Muriel, que se reunían a menudo en el Amazonas, cada habitante iba a su rollo. El grupo aceptó un poco a regañadientes a Marcos y a Soledad, que llegó un verano a hacer prácticas con su tía, la alcaldesa y se quedó. Ellos no entendían como una chica tan guapa y con tantas ganas de hacer cosas se quedaba allí a vivir.

La alcaldesa la había colocado en el ayuntamiento como su ayudante con un pequeño sueldo y casa gratis. El atractivo animal de León quizá hizo que ella tuviera un aliciente para quedarse. Al principio mostró un rostro tímido, pero pronto descubrieron que era una copia de su tía, domando al guapo León. Eso hizo que el grupo no hablase de ciertas cosas, ya que era los ojos y oídos de su tía.

Muriel llegó por fin a la plaza con algún que otro resbalón. El bar Amazonas era como una isla de luces en la noche oscura. León había puesto bombillas en toda la fachada, pero no de una forma sencilla y ordenada. Era

como si hubiera sacado las luces y las hubiera arrojado allí, quedándose tal cual cayeran. Y aun así, el conjunto era encantador. Incluso con alguna que ya se había fundido. Ella sonrió. Le habían insistido que pusiera leds, pero él vivía en los noventa.

En el otro lado de la plaza estaba la panadería supermercado de Horacio, con unas discretas luces y cerca, el ayuntamiento, elegantemente iluminado y con un abeto en el centro del patio. Nada que ver con la exótica decoración del bar de León.

Muriel alcanzó la fachada del Amazonas y sonrió a la maestra que venía del otro lado de la plaza. Era una mujer amable con el cabello canoso y a la que adoraban todos los niños. Tendría unos sesenta y muchos, pero conservaba una belleza etérea. Ella nunca supo *qué era*, en parte por la discreción que todos tenían en el pueblo; si alguien no deseaba compartir su procedencia, nadie preguntaba.

La joven bruja entró en el bar y cerró la puerta rápidamente tras ella. El calorcito del interior le hizo subir los colores a sus pecas.

—¿Soy la primera? —sonrió al dueño del bar.

—Yep, solo estamos Leia y yo —contestó León que cortaba jamón de una pata sobre la barra de acero inoxidable del bar.

—Mañana quizá seamos millonarios —dijo Leia entusiasmada señalando las noticias.

Muriel miró a los afortunados ganadores de la lotería del año pasado que festejaban rociándose con cava o bebiéndolo. Un escalofrío le hizo acercarse al fuego. No sabía si era para bien o para mal.

—Bah —León interrumpió sus pensamientos— ¿Y para qué querrías el dinero? ¿Qué harías?

—Me iría de este pueblo a ver mundo, jefe. Estoy deseando largarme. ¿No te gustaría irte de aquí?

León sonrió a su ayudante.

—No, no me gustaría. Pero sí me compraría una casa más grande, donde vivir con Soledad. Quizá pudiéramos tener algún perro, e incluso un pequeño huerto.

El joven dejó de cortar jamón y tras dejar el plato en la mesa preparada para la cena, se asomó por la ventana intentando encontrar a la dueña de sus pensamientos.

Leia y Muriel se miraron escépticas. No veían a una chica como Soledad atada a un pueblo y menos cuidando un huerto.

—Tal vez a tu novia no le guste quedarse en el pueblo, ya sabes que a mí...
—Muriel puso una mano sobre la cálida espalda del joven sin poder terminar la frase.

—Siento que te haya dejado Marcos, pero Soledad es diferente —el joven estaba tan ciego como posiblemente lo estuvo ella. Asintió y le dio un beso en la mejilla.

—¿A qué ayudo? —se dirigió a Leia que estaba sacando los cubiertos del cajón.

—Toma, termina de poner la mesa. Además, yo tengo que irme, mis padres me esperan para cenar. ¡Pasadlo bien!

Leia se puso la cazadora y un gracioso gorro con una enorme borla sobre su cabello corto y varias rastas y salió por la puerta. León volvió detrás de la barra y Muriel se dispuso a poner los cubiertos en la mesa. Una fuerte ráfaga de viento indicó que la puerta se volvía a abrir.

—¡Ey! ¡Aquí estamos! —se escuchó desde la puerta.

Muriel hizo rápidas señas para que entrasen en el local, y ellos se colaron y cerraron la puerta. El bar tenía dos chimeneas que ahora mismo estaban encendidas, pero cada vez que se abría la puerta, la temperatura bajaba un par de grados.

Los recién llegados, Samuel y Anastasia, abrazaron a Muriel y a León. Colgaron los abrigos de la percha de la entrada y se sacudieron un poco el frío de fuera. El dueño del bar les ofreció un vermut casero realizado con vino de la zona y un conjunto de hierbas que le proporcionaba Samantha y que sólo ella y su ayudante conocían. Era perfecto para calentar el cuerpo.

—¿En qué ayudamos? —Anastasia se ofreció enseguida.

León miró a la atlética joven y señaló el vino.

—¿Puedes abrir un par de botellas y dejarlas en la nevera?

—¡Eso está hecho! —La chica tomó el sacacorchos y el vino y se fue para la barra guiñándole un ojo a su chico. A pesar de ser un hombre de más años de lo que quería reconocer, su aspecto delgado sin llegar a ser enfermizo hacía que las tareas que requerían fuerza fueran directamente a su novia.

La excusa de ella era que debía proteger las exquisitas y delicadas manos del artista.

—Muriel, tengo unas croquetas en el horno, ¿puedes sacarlas? No creo que los demás tarden mucho.

Ella se fue para la concina mientras Samuel se sentaba perezosamente en la mesa, dejándoles hacer. Ya hacía tiempo que estas cosas le eran

indiferentes. De hecho, no comía mucho y solo bebía en ocasiones muy especiales.

—¿Cuándo viene tu chica? Tengo hambre —Anastasia llevó una de las botellas a la mesa.

—Tenía que haber llegado ya —León echó una mirada a la ventana preocupado mientras llevaba una ensalada a la mesa —. Hablé con ella al medio día y me dijo que se pasaría a ayudarme con los aperitivos. Seguro que su tía le ha mandado hacer algo de última hora.

—Como poner un mensaje en el Facebook de feliz navidad o alguna tontería así. Ya conocemos a la señora alcaldesa —comentó Samuel que estaba probando ya el queso.

—No seas maleducado —protestó Anastasia quitándole el queso de las manos con su boca. Se lo tragó de un bocado y después investigó los labios de su chico que se estremeció de placer.

—Voy a llamarla —León apartó la vista de sus amigos ligeramente enrojecido. Soledad nunca hacía demostraciones de ese tipo delante de la gente. Decía que no era digno. Claro que en la intimidad, perdía la dignidad a toneladas.

Sonrió y volvió a llamarla. No lo había comentado, pero era la quinta vez que marcaba su número. Se dirigió a la puerta para ver si era problema de cobertura. El tono sonó hasta que saltó el contestador.

—¡Qué raro! No contesta —murmuró para sí.

Una sombra apareció en la puerta acristalada y el joven se alegró. Aunque llevaba una camiseta de manga corta que marcaba todos sus músculos, estaba dispuesto a salir a la fría noche si se trataba de recibir a su chica.

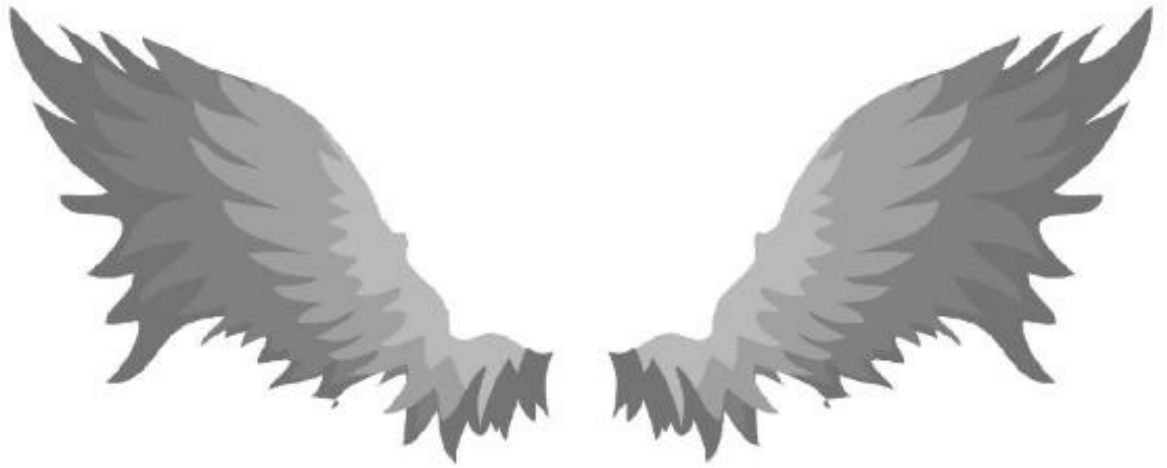
El bastón del recién llegado golpeó la puerta y el hombre pasó con calma hacia el interior. León la cerró tras él.

—¡Qué sorpresa, Rómulo! —el joven le ayudó a quitarse el abrigo— ¿Te quedas a cenar?

—Creo que os falta una persona, ¿no? —respondió sonriendo y dirigiéndose sin ayuda a la mesa.

—Sí, de momento no ha venido Soledad —León se quedó parado mirándolo mientras el hombre alcanzaba la mesa sin tropezarse gracias al bastón y se sentaba en la cabecera, donde siempre.

—Cenemos —dijo, y todo el mundo se sentó en la mesa sin rechistar.



Capítulo 2: Interludio

La cena transcurrió con toda normalidad, las risas y bromas solo eran interrumpidas por las constantes llamadas de León, más o menos cada diez minutos, al móvil de su novia. Al llegar los postres, dejó de hacerlo. Quizá no tenía batería, quizá se había olvidado de la cena.

El vino corría por la mesa, y Muriel se olvidó de su tristeza. Con unos amigos como ellos, ya no le importaba tanto que Marcos se hubiera ido. Comenzaba a verlo como algo inevitable y esperaba que su maestra no se hubiera confundido al decirle que Él estaba por llegar.

Felicitaron a León por la cena. La merluza al horno estaba exquisita. León era además de uno de los hombres más guapos del lugar, un gran cocinero y un tipo muy trabajador. Aunque lo mejor de él era que se había especializado en acoger a todas aquellas almas descarriadas y solitarias que llegaban a Escondido. Nadie dejaba de comer, nadie celebraba las Navidades solo. Allí siempre había un lugar para quien no tenía familia o amigos. Y por eso, por su naturaleza franca e inocente, y no solo por su físico de chico bueno americano, jugador de fútbol o deportista, todos lo apreciaban. En realidad, el bar no le daba para muchos lujos, pero tampoco los necesitaba.

El café dio paso a las tertulias más íntimas. Muriel se levantó para prepararse una infusión y Anastasia la siguió.

—¿Qué tal estás? —le preguntó poniéndole una mano sobre el hombro y apretándole un poco. Anastasia no parecía el prototipo de una mujer cariñosa, con esos brazos musculados, pero era muy amiga de sus amigos.

Muriel le miró intentando no echarse a llorar. Cuando le preguntaban cómo estaba, era cuando peor lo llevaba.

—Estoy mejor, poco a poco se va diluyendo en el tiempo —Puso unas hierbas en el filtro de la infusión— De hecho, Sam me ha dicho que venía alguien para mí. Quizá sea el definitivo.

—Eres una chica estupenda y te mereces alguien que te quiera de verdad —interrumpió León que se acercó a hacerse otro café— como Soledad me

quiere a mi.

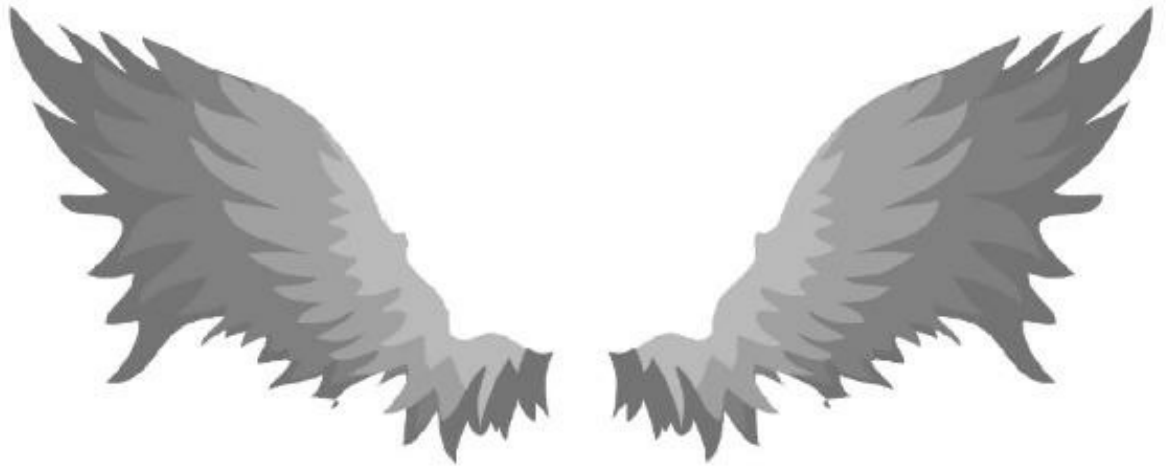
León sonrió a las chicas sin percatarse de las miradas escépticas de ambas.

Rómulo frunció el ceño. A veces el dueño del bar Amazonas era demasiado inocente. Samuel le ofreció una pasta y él la masticó despacio. No pensaba ir a cenar esa noche con sus amigos, pero algo hizo que saliera de su casa incluso con ese frío infernal. Sentía que algo estaba pasando en su pueblo, pero incluso con sus dones, era incapaz de saberlo. Y eso le irritaba mucho.

Ya eran cerca de las doce cuando comenzaron a retirarse tras recoger el bar. Anastasia y Samuel acompañaron a Muriel a casa y Rómulo se autoinvitó a casa de León a dormir. Era algo que hacía de vez en cuando, así que no se extrañó.

El viento arreciaba y formaba pequeños remolinos con los copos de nieve que habían comenzado a caer. El silencio cayó sobre el pueblo de Escondido, mientras el aire se calmaba, y un pesado manto de nieve aterrizó sobre el lugar, cubriéndolo de frío blanco, de nieve virgen, como si no hubiera pasado nadie por allí en mil años.

Unos ojos vacíos miraban la nieve caer. El frío no les iba a afectar ni ahora ni nunca más, puesto que se había quedado allí para siempre, sola ante la muerte, tal y como su nombre anunciaba.



Capítulo 3: Ganadores

León bajó las escaleras de su casa hacia el bar. Era realmente cómodo vivir encima, así que no hubiera tenido que salir y pasar frío, si no hubiese querido.

Pero armado de una pala y con solo una sudadera, abrió la puerta del bar y despejó el camino de nieve. El operario del ayuntamiento estaba haciendo lo mismo en la entrada y echando sal, así que se saludaron con un gesto de complicidad. Eran los únicos que se levantaban tan pronto en invierno.

Entró en el bar y echó varios troncos a las chimeneas que empezaban a templar el lugar. Pronto llegarían los trabajadores de las fábricas a almorzar y quizá algunos parroquianos más a escuchar el sorteo de la lotería.

Encendió la cafetera para que la helada agua de las cañerías comenzara a calentarse y preparó el horno para la bollería. La compraba congelada, si no, era imposible tener cruasanes recién hechos, porque Horacio, el panadero del pueblo y dueño del pequeño supermercado, se limitaba a hacer pan y poco más, ya que estaba a punto de jubilarse y no tenía ganas de levantarse temprano.

Él lo llevaba con alegría y no le importaba tener que bajar una hora o incluso dos antes de abrir para preparar los bollos, una tortilla de patatas o unas croquetas. Pero hoy estaba haciendo todo de forma automática. Soledad seguía sin contestar al teléfono y estaba preocupado. Éste era un pueblo muy pequeño y había pocos lugares donde ir.

El olor de la napolitana de chocolate, la preferida de Rómulo hizo que apareciera por la puerta de acceso a su vivienda, correctamente vestido, limpio y aseado. Sin preguntar nada, León le puso su café con leche y el bollo en la mesa de ayer. El hombre sonrió acentuando las arrugas en sus ojos. No es que fuera un chaval precisamente, pero seguía adorando esos bollos con chocolate derretido.

León se cuidaba mucho y se preparó algo de pan del día anterior tostado con aceite y tomate rallado y un zumo de naranja natural. Desayunaron en un silencio cómodo, de ese que puedes disfrutar cuando estás con amigos y no

necesitas decir nada por educación.

A las nueve comenzaron a llegar algunos de los trabajadores de la fábrica de conservas a las afueras del pueblo. Casi por costumbre, porque habían llegado al acuerdo de cerrar del veintidós al uno de enero, pero los cuatro o cinco habituales, pasaron a desayunar, esta vez más tranquilos y con vino de la casa. León ya tenía longanizas y chorizos preparados, además de los típicos huevos de corral. Alguno trajo a sus hijos, que ya no tenían clase, y el ambiente pasó de ser silencioso y tranquilo a bullicioso y alegre.

Leia entró como una exhalación pidiendo disculpas a su jefe por la tardanza y se puso tras la barra rápidamente, dejando el abrigo a un lado. Eso sí, antes que empezar a poner cafés, enchufó la televisión del bar, donde los niños de San Ildefonso ya habían comenzado a cantar los premios.

La puerta se abrió de par en par y la alcaldesa entró sin molestarse en cerrarla.

—¿Dónde está mi sobrina? —señaló a León como si fuera el culpable de todo y cualquier cosa—. Le dije que estuviera en el ayuntamiento a las siete. ¿Está en tu cama?

—No, señora —contestó León que se había puesto pálido.

—No ha podido pasar la noche con él porque yo me quedé a dormir en su casa —Rómulo habló desde su silla. La alcaldesa se calmó de inmediato.

—No sé nada de Soledad. Ayer tenía que haber venido a casa a dormir porque hoy debíamos hacer muchas cosas en el ayuntamiento. La llamé un montón de veces. Entonces, ¿no está aquí?

León la miró preocupado y volvió a sacar su teléfono como si pudiera adivinar donde estaba la joven. La alcaldesa vio que no podía sacar nada en claro y se abrigó para irse.

—Me voy al ayuntamiento, avísame si aparece y me la mandas. A saber dónde está —La mujer sorbió el café solo que le había puesto Leia.

—Señora, su sobrina nunca se iría sin avisar, ya la conoce. Está muy mal que sospeche de ello. Yo avisaría a la guardia civil —le contestó Rómulo.

La alcaldesa salió de prisa del bar entre asustada y ofendida. León asintió serio. Si fuera por él, ya los hubiera avisado ayer.

Ajenos a su preocupación, la televisión seguía cantando premios y el bar se iba llenando. El ayuntamiento había hecho participaciones de un número para todos los del pueblo. León también había bajado a Zaragoza, a la famosa administración de loterías del Rosario, en la calle Don Jaime a comprar un número. Samantha se lo dijo y él, obediente, viajó hasta allí.

Muriel apareció con ojeras y mala cara. Se sentó junto a Rómulo y León le preparó un café con leche.

—¡Vaya pesadilla he tenido! —tomó la taza que le daba León y puso las manos al calor del contenido.

—Soledad no ha dormido en casa y Manuela no sabe nada de ella —le dijo León casi rogándole que usara lo que fuera para encontrarla.

—¿Qué crees que ha pasado, pequeña? —ambos hombres la miraban, aunque los ojos de Rómulo fueran ciegos.

—Soñé algo horrible —la joven bajó los ojos, incapaz de mirar los azules de León—. Soñé que estaba en el suelo y que la nieve caía sobre mí. Pero no tenía frío. Después, me levanté y miré hacia abajo —Muriel miró a León con pena—. Era ella. Era Soledad. Estaba echada en el suelo, helada, quieta. Con el abrigo puesto.

—¡No puede ser! ¿Dónde? ¿Dónde? —León alzó la voz y tomó a Muriel de los hombros, sacudiéndola— ¿Dónde la viste? ¿Qué recuerdas?

Ella negó con la cabeza. Una lágrima se deslizó por sus mejillas y el joven la soltó. Rómulo puso una mano sobre su brazo.

—Recuerda, Muriel. Tú puedes —el hombre movió la cabeza hacia ella animándola. Ella cerró los ojos intentando concentrarse. Temía que no fuera un sueño.

Sintiendo el apoyo de Rómulo, cerró los ojos y volvió a su sueño. Estaba muy oscuro y la nieve caía cegándola. Entonces, dejó de caer y la luz de la luna se deslizó entre las ramas y alumbró la escena. Se elevó en el sueño y miró todo desde arriba. El cuerpo de Soledad con su abrigo rojo estaba encima de una roca de una forma muy especial. La nieve la cubría en parte y había algo más, que ella no logró identificar. Volvió a mirar al cuerpo. Una mancha roja junto a su cuello se había quedado helada. Abrió los ojos horrorizada.

—Lo siento, León. Ella, ella está muerta. Está en la roca de la luna.

—Tenemos que ir allí, quizá podamos hacer algo —León se levantó, pero una mano le paró.

—No, León. Sería muy complicado explicar cómo hemos logrado esa información —Rómulo le retuvo.

—Tal vez me he equivocado, León. Quizá solo ha sido una pesadilla.

León se levantó no muy convencido.

—Está bien, esperaremos noticias. Tal vez te hayas confundido, pequeña bruja.

León abrazó a Muriel y murmuró en voz baja más para sí que para ella «espero de verdad que te hayas confundido.»

La mañana pasaba fría y tensa para unos. Para otros, era alegre y festiva, pendientes de la televisión. León seguía atendiendo a sus clientes con toda normalidad. Rómulo había insistido en ello y él, de buen corazón y fácil carácter, lo estaba haciendo así.

Horacio le había pasado varias hogazas a las nueve y los vecinos almorzaban sus deliciosos huevos con longaniza de Graus o jamón de Teruel.

Después de tan contundente plato, los *carajillos* eran el postre ideal para la mayoría, así que León andaba ocupado haciendo cafés que Leia condimentaba con anís o coñac, dependiendo del gusto del cliente. Prefería que el alcohol lo pusiera ella. Él no soportaba el olor dulzón del anís. Nunca bebía a menos de que fuera un poco de vino o cerveza, pero nunca más de un vasito. Cuidaba su cuerpo como el recipiente sagrado que era. Es algo que había aprendido de pequeño, cuando sus padres le dieron la charla y le informaron de sus próximos cambios al llegar a la adolescencia. Claro que él nunca fue un adolescente normal.

Sirvió las copas y pasó a recoger los platos, aprovechando de paso para asomarse a los ventanales que daban a la plaza. Seguía teniendo la esperanza de verla aparecer con su abrigo rojo. Y que la joven bruja se hubiera equivocado.

Los chicos más jóvenes se perseguían tirándose bolas de nieve, con las mejillas coloradas de frío, sin hacer caso de los cuatro o cinco grados que había en la calle. En realidad, allí en el pueblo, todos estaban acostumbrados y bien abrigados no se estaba mal. El sol había salido ya y comenzaba a derretir la nieve de algunos sitios, por lo que la urgencia de jugar con ella era mayor.

Rómulo estaba tomando ya su segundo café, esta vez americano y bien azucarado. El azúcar y el chocolate eran su auténtico vicio. Eso y organizar la vida de Escondido y sus habitantes. Muriel estaba sentada junto a él, mirando al vacío y sin decir palabra.

Un grito sobresaltó a todos y casi le hizo tirar la bandeja con la vajilla a León. Se giró hacia de donde provenía y vio a Leia. Miraba la pantalla y luego a su jefe y señalaba con el dedo. Comenzó a saltar y a bailar por toda la barra. Salió, abrazó a León que ya había dejado la bandeja y volvieron los gritos.

—¿No lo ves? ¿No lo ves? ¡León! ¡Nos ha tocado! —Leia sacudió de nuevo a León y comenzó a gritar y a cantar en medio del bar.

Otros de los clientes del bar Amazonas también se habían dado cuenta de que el número agraciado con el segundo premio había sido el suyo y se habían levantado, rodeando la televisión. Sacaban el número y lo ponían a la altura de la pantalla, como si estuvieran jugando a “encuentra las cinco diferencias”. Finalmente, los niños de San Ildefonso repitieron el número. Dos millones de euros a la serie, doscientos mil al décimo. El premio había caído en el bar Amazonas.

El alboroto y los gritos comenzaron a aumentar de volumen y algunas de las personas que también estaban viendo la tele en sus casas, habían comenzado a acudir al bar, para compartir su alegría. Todos hablaban a la vez y se abrazaban o llamaban por teléfono a sus familiares.

—¿Cuánto nos ha tocado? ¡León! ¡Nos ha tocado! —se gritaban unos a otros.

—Doscientos mil euros al décimo menos el diezmo a hacienda, claro — Rómulo sonrió desde su esquina.

—Ay Dios, ¡que soy rica! —Leia seguía dando saltos—. ¿Puedo sacar cava?

—Sí, sí. Invita a todos. Está bien. —León apenas sonreía.

—Qué raro eres —Leia se volvió hacia los demás— ¡Cava para todos!!

Todos comenzaron a brindar y a entrecuchar los vasos de plástico y a poner el suelo perdido, pero nadie lo tuvo en cuenta. León se metió detrás de la barra para sacar algunas bolsas de patatas fritas y ofrecerlas a sus felices clientes.

Muriel tenía el alma dividida. Estaba contenta porque llevaba un décimo, pero no dejaba de pensar en esos ojos pálidos y vacíos que miraban la nada. Había estado rezando a todas sus diosas confiando en que hubiera sido su animadversión hacia la chica lo que la llevó a soñar eso. Más que una realidad. Quería consultarlo con Samantha, pero no dejar solo a León, igual que Rómulo. Ambos se encontraban en una tensa espera.

Miró al hombre ciego. Estaba allí sentado apoyando el mentón en su bastón. Su ceño fruncido no era buena señal. Él sintió que lo miraba y levantó la cabeza. Le sonrió levemente.

Siempre vestía de forma muy elegante con su traje de chaqueta y pajarita. No era muy alto pero su presencia imponía a cualquiera que estuviera a su lado.

Los ánimos se fueron calmando y algunos de los clientes marcharon a sus casas para comer y avisar a sus familiares, a los que vivían fuera del pueblo y

tal vez a hacer planes de futuro.

Quedaban dos o tres clientes en el bar junto a Rómulo y Muriel. León se metió en la cocina para preparar algo de comer, y distraerse un rato. Leía no dejaba el móvil y aunque ya se había calmado, de vez en cuando soltaba un gritito de emoción.

La puerta se abrió dejando entrar al sargento Lagunas de la guardia civil, acompañado del cabo López. Su rostro estaba muy serio y Muriel se temió que todo fuera cierto.

Lagunas era de los suyos, un ser especial de la misma clase que León, pero López era simplemente mortal. Así que le dio orden de quedarse en la puerta y se acercó a la barra.

—¿Dónde está tu jefe? —le preguntó a Leia. Ella señaló hacia la cocina.

El sargento se asomó a la cocina y llamó a León. Él apagó el fuego y se limpió las manos en el paño.

—León, tengo que hablar contigo en privado.

El joven asintió y se dirigió a su despacho. Rómulo los vio desde fuera y los siguió. El sargento le permitió entrar. Era la autoridad en el pueblo. Los tres hombres se quedaron de pie frente a frente.

—¿Sabes algo de Soledad? —preguntó sin esperar.

—¿Dónde estuviste anoche, León? —el sargento comenzó el interrogatorio.

—Estuve en el bar, cenando con los amigos. Vamos, sargento, ¿dónde está Soledad?, dígame, por favor.

El nombrado hizo caso omiso y siguió con el interrogatorio.

—Y durante la noche, ¿estuviste con alguien?

—Nos quedamos en el bar hasta las doce. Luego como se hizo tarde, Rómulo se quedó a dormir en mi casa.

El sargento miró al citado y él asintió.

—Dormí en el sofá cama de León. Era muy tarde para volver a mi casa — confirmó Rómulo— y esta mañana hemos bajado juntos a desayunar.

El sargento asintió y carraspeó. Miró a León de nuevo y volvió a carraspear.

—Hemos encontrado a Soledad. Está muerta. Lo siento, León.

—¿Cómo? ¿Dónde? —León se acercó al sargento hasta ponerse enfrente de él. Ambos eran de la misma altura, pero así como el dueño del bar era el tipo de deportista rubio y con ojos claros que podía salir en cualquier película de Hollywood, el sargento era un armario ropero, cuadrado por todos lados y

con rasgos duros y serios.

—En la Roca de la Luna.

León se echó para atrás quedando apoyado en su escritorio, pálido y tembloroso.

Rómulo se acercó al hombre y agarró su brazo, sosteniéndolo y no solo físicamente.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Rómulo.

—Estamos esperando el informe del forense, pero a simple vista tenía la garganta desgarrada. Y me refiero a un desgarró producido por un animal.

Lagunas miró a León con intención. Como cambiante que era, sabía que en ciertas noches de luna llena, León era mucho más peligroso que nadie en ese lugar. Él también cambiaba, pero no en un felino, sino en un águila.

—Sabes que yo no he sido. No ha habido luna llena y yo no puedo elegir cuándo cambiar —el joven miró de frente al sargento. Su mirada era limpia e inocente— ¿Quién ha podido ser?

—Esas preguntas son las que nos estamos haciendo. Mira, León, te conozco desde hace años y en confianza te diré que sé que eres un buen hombre, pero quién sabe... cuando nos convertimos somos capaces de hacer lo peor. No podemos controlar nuestros instintos. Aun así, debo tener en cuenta todas las posibilidades, así que no salgas de Escondido.

El sargento Lagunas se despidió dejando a ambos hombres sin habla. Rómulo seguía agarrando a León que había comenzado a llorar, sin aspavientos ni gritos. Solo caían gruesos lagrimones que habían comenzado a empapar su camiseta. Le dejó hacer durante un rato. Por fin, levantó la cabeza y miró a su amigo.

—¿De verdad ha pasado? ¿Está muerta?

—Sí, lo siento, chaval. Estoy preocupado. No lo vi venir —Rómulo le contestó pensativo—. No lo vi venir...

Se quedó mirando al infinito, buscando respuestas, pero al cabo de un minuto, negó con la cabeza y se dirigió al desconsolado joven.

—Al menos te librarás de que te acusen, ya que tienes coartada. Debemos pensar en los posibles asesinos. Quizá alguien que te odie, o a ella. No tengo claro cuál de los dos caminos es el correcto —Rómulo parecía indeciso por primera vez en su vida. Se rascó la cabeza—. Esto algo inaudito.

—¿Tú sabías algo? ¿Por eso te quedaste?

—No, no lo sabía. Si hubiera sospechado que alguien estaba en peligro, habría hecho algo. Solo supe que tenía que estar contigo.

La puerta se abrió de repente y Muriel entró en el despacho, seguida de Samuel y Anastasia a quienes había avisado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ansiosa.

—Ha sido asesinada, le han desgarrado el cuello. ¡Tú lo soñaste! —León apuntó a Muriel como si fuera responsable y ella dio un paso atrás, pálida.

—No seas imbécil, León —Anastasia se puso delante de su amiga defendiéndola—. Muriel lo soñó cuando ya estaba hecho. Entiendo que estés afectado, pero venimos a ayudarte.

El hombre se derrumbó en una butaca cercana y enterró el rostro entre sus manos.

—Lo siento, Muriel, perdona —su voz ronca salió de entre sus antebrazos. Muriel se arrodilló junto a él y lo abrazó.

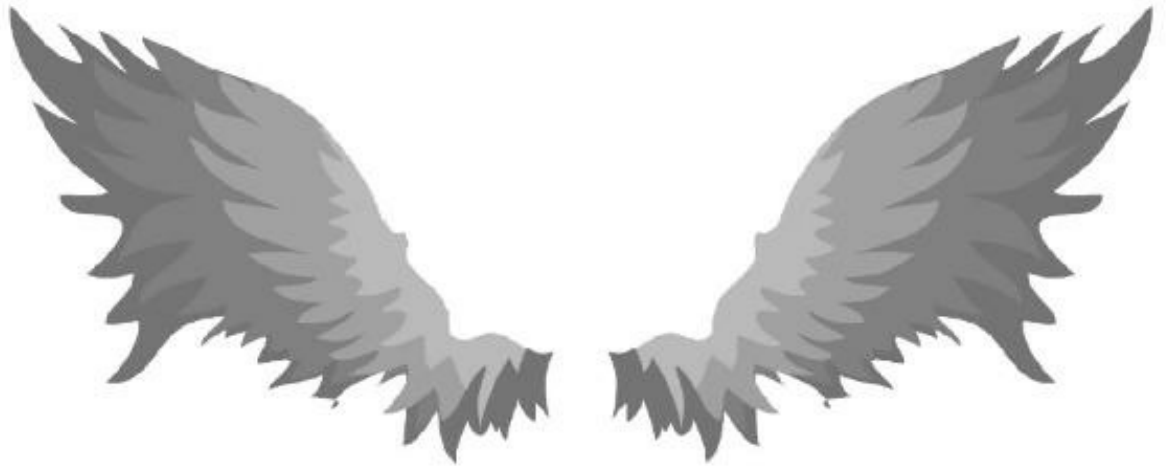
—Está bien, León. No pasa nada. Ojalá pudiera haber presentido algo antes. Ya me gustaría. Nadie lo hemos presentido. Sam tampoco me ha dicho nada, y fíjate que la semana pasada cuando se fue de viaje el hijo de Tomás le dijo que tuviera cuidado con el coche. Y así fue. Se salvó de tener un accidente porque iba advertido.

Muriel se levantó sin dejar de tocar a León que no dejaba de sollozar. Anastasia se acercó al hombre y puso la mano sobre su hombro. No era tan dada a los abrazos, pero sentía mucho su pérdida. Ella no podría vivir sin su Samuel.

—Encontraremos al hijo de puta que ha hecho esto —prometió la joven— Te lo garantizo.

—León, tienes que salir a dar la cara —dijo Samuel— la gente se ha enterado y debes demostrarles a todos lo mal que estás. Sabes que se sospecha de la pareja en primer lugar.

—En este caso no es así —terció Rómulo—. Y como le decía a León, estoy muy preocupado porque ni las brujas ni yo hemos sido capaces de verlo venir. Y por mucho que lo intente, no soy capaz de distinguir quién ha sido.



Capítulo 4: Un paseo

Salieron todos al bar. No había mucha gente, pero los que estaban dieron el pésame al joven, que finalmente se retiró al despacho con Muriel. Anastasia se quedó un rato en el bar para ayudar a Leia y Samuel fue a abrir su tienda.

Rómulo salió solo del bar. Su rápido andar no era muy común en él, puesto que al ser físicamente ciego, todo el mundo esperaba que fuera caminando con cuidado. Y sí, era cierto que sus ojos eran blancos, pero su tercer ojo bastaba y sobraba para ver lo que sucedía alrededor. De una forma distinta, eso sí.

Su rostro crispado podría asustar a cualquiera. Desplegó el bastón adaptado por costumbre y se dirigió hacia la salida del pueblo. Tras las últimas casas habitadas del pueblo había un huerto lleno de frutales, ahora sin hojas, posiblemente helados. Ya no nevaba, pero el frío era intenso aunque él no lo sentía. Su furia hervía en su interior y daba el calor suficiente como para fundir la nieve a su paso.

Cruzó el arroyo helado por el pequeño puente de madera que llevaba a las otras huertas y al bosque. Tan obsesionado iba que tropezó con algunas piedras y se resbaló un par de veces. Ahora sí que parecía ciego de verdad. No era capaz de concentrarse en su visión. Dejó los campos atrás y se adentró en el bosque. No es que en invierno hubiera muchos pájaros, pero los verderones y picapinos siempre estaban revoloteando por esa zona, aprovechando el cobijo que les daban los pinos o los abetos, y los arbustos que siempre estaban verdes y espesos. Ahora no había nada. Un silencio sobrecogedor en plena mañana era indicio de que el Mal rondaba por ahí.

Atravesó un claro del bosque donde había un par de vacas que ni siquiera levantaron la vista al verle pasar y llegó al espacio donde el arroyo se convertía en un estanque y una gran roca en forma de media luna presidía como un trampolín donde lanzarse a las aguas termales. La zona no tenía mucha nieve ya. El calor de las aguas que no se habían congelado la había llegado a derretir. Debajo de unas rocas había una pequeña cueva, cálida y acogedora, donde las parejitas iban a pasar el rato, animadas por las aguas

termales que pasaban bajo el suelo.

Un cordón de plástico cerraba el paso entre los árboles. Con un pequeño gesto de la mano, Rómulo lo partió y cayó suavemente a la tierra húmeda.

Entró en la zona del crimen y subió a la roca de la luna. Esperó. Esperó durante unos minutos más, queriendo sentir la esencia del ser que había asesinado a la pobre chica. Aunque no le caía bien, nadie se merecía ser asesinada. Y menos de forma tan cruel. Percibió su dolor al ser asesinada. Pero no a quien lo hizo. ¿Era posible que un ser en la tierra tuviera más poder que él?

Después de una media hora, bajó de la roca bastante frustrado. La chica había sido depositada en la roca de la luna, como una ofrenda, pero había sido asesinada en la orilla del estanque. Abrió los brazos como si fueran una antena por la que recibir el efluvio de cualquier ser que hubiera pasado por la zona.

Olió el hierro y la sangre que ya se había filtrado en la tierra. Sintió el sufrimiento de la joven, que guardaría para sí. No era necesario compartirlo. Se agachó y puso su mano en la tierra, y escuchó.

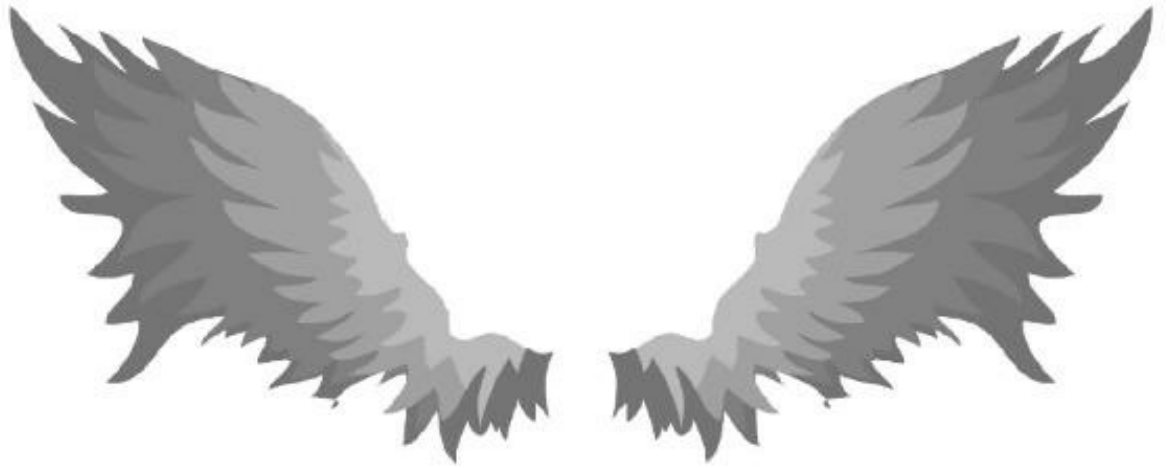
—No sé por qué me has citado aquí. Llego tarde a cenar. Además te dije que no podía hacer eso. Ya no se puede parar —la voz de la joven sonaba irritada, pero no temerosa.

Un murmullo contestó a la chica.

—He dicho que no. Me voy y no podrás hacer nada por impedirlo.

«Claro que lo impidió», pensó Rómulo. Él sintió como el estupor de la joven pasaba a ser dolor y furia. Sintió cómo la vida se le escapaba a través de las tres hendiduras del cuello.

Rómulo no lo había visto, pero claramente era conocido y ella no lo consideraba peligroso. De alguna forma, el ser cambió y la asesinó con sus garras. No es que esto le ayudase mucho, los cambiantes podían ocultar muy bien su forma, pero sí había captado un atisbo de su alma, algo muy pequeño, que quizá le ayudase a identificar al asesino que se escondía entre las personas que vivían en el pueblo.



Capítulo 5: La televisión

Una unidad móvil de Aragón Televisión se desplazó a primera hora de la tarde para hablar con los habitantes de un remoto pueblo del pirineo aragonés del que nadie había oído hablar. Por suerte, hoy no nevaba. Habían tardado un par de horas en llegar desde Huesca..

Nada más llegar, el equipo se encontró con un gran lío en el pueblo. Aparcaron el coche de empresa en una calle lateral y caminaron hacia la plaza. Bajaron del coche el cámara y él, y un par de mujeres y un hombre se acercaron a explicarles todo, sin solicitarlo.

Después se dirigieron al centro del drama: el bar Amazonas. Lo que seguramente no se imaginaban es que harían un pleno, un dos por uno. Porque si la noticia de un segundo premio en un pueblo perdido era algo interesante, esto no era comparable. El asesinato de una chica joven, muy atractiva y de forma brutal era cien veces más importante. Y más aún, novia del dueño del bar donde se vendió la lotería y sobrina de la alcaldesa. El redactor que llegó refunfuñando por tener que viajar tan lejos y por caminos tan sinuosos, se frotaba las manos, y no por el frío.

La guardia civil estaba en la plaza, hablando con unos y con otros. La, al parecer alcaldesa y tía de la finada, lloraba desconsoladamente en la puerta del ayuntamiento, que estaba a diez metros del bar. La gente miraba de soslayo el Amazonas, sin atreverse a entrar, pero rondando el lugar, y seguramente deseando hablar del tema. Es algo innato en el ser humano. Todo el mundo quiere dar su opinión en una gran tragedia.

Había varios corros de personas hablando sin importarles el frío. En un pueblo tan pequeño como era este, que no llegaba ni a dos mil habitantes, dos sucesos tan importantes y en el mismo día lo habían paralizado. Nadie trabajaba hoy. Los niños, ajenos a cualquier cosa, se divertían lanzándose bolas con la escasa nieve que quedaba en la plaza. Los más sensibles tenían los ojos llorosos y las madres no perdían de vista a sus hijos. Otros fumaban y discutían, algunos por lo visto defendían al novio, otros lo acusaban.

Jorge se acercó con el cámara al bar. Según sus fuentes, el dueño, novio

de la chica, era un hombretón muy guapo y una de las señoras se preguntaba qué hacía aquí.

Entró en el bar que estaba casi vacío. Solo un joven, y en verdad, lo que veía era digno de portada de revista deportiva, limpiaba el mostrador vacío con cara muy seria. Jorge envidió sus brazos morenos y musculados, algo que él nunca tendría. Otras tres personas jóvenes estaban sentadas en las banquetas mirando sus cafés.

—Buenos días —y los tres se volvieron de inmediato.

Jorge observó rápidamente al grupo. Había un hombre delgado y con el pelo largo, pálido y ojeroso, parecía un cantante de heavy pero con cierto atractivo sexual. A su lado, una rubia de pelo corto que parecía profesora de gimnasia se levantó de la silla. Por fin, pasó la mirada a la tercera persona, una joven menuda con el pelo cobrizo y brillantes ojos verdes.

—Está cerrado— dijo la rubia dando un paso hacia él y señalando la puerta.

—Perdonen, soy de Aragón televisión. Quería entrevistarles por lo de la lotería.

—Será mejor que te marches —la joven con coleta y ojos maravillosos lo miró con curiosidad y ladeó la cabeza. Su coleta se deslizó graciosamente sobre sus hombros. De repente, sintió la necesidad de acariciar su cabello.

—Yo, si no les importa, quisiera dar información sobre el asesinato. No quiero dar información que no sea cierta. —Jorge no apartó la vista de la joven.

La rubia se acercó y se puso delante de la otra, cortando la visión.

—¿No me has oído? Está cerrado. Márchate.

Jorge hizo salir al cámara que iba tras él y que había estado grabando todo el tiempo discretamente. Y antes de cerrar la puerta tras él, se volvió a mirar a la joven que tampoco le había quitado la vista de encima.

Sacudió la cabeza al salir del bar. Había sido como si se hubiera tomado dos cubatas, su cabeza le daba vueltas. El frío le despejó y se dirigió a su compañero.

—Vamos, Juan, preguntaremos a otras personas, y nos acercaremos al cuartelillo. Creo que la alcaldesa estará más dispuesta a hablar. A los políticos les encanta salir en la televisión, sea por el motivo que sea.

Muriel vio como se acercaban a Manuela y ella les hablaba con gran afectación.

—¿Qué te pasa, Muriel? —Samuel se acercó a la joven que todavía

miraba hacia fuera.

—No sé... —su voz parecía soñadora— tuve una visión... no lo tengo claro. Ese chico, me es familiar.

—No queremos que venga la televisión a especular y a joder el pueblo — Anastasia se acercó con paso firme a una de las ventanas del bar—. Ahora todo el mundo pensará cosas raras. Pero tú no te preocupes, si hace falta, lo echo del pueblo.

—¡Basta ya! Tranquilizaos todos —León levantó la cabeza de entre sus brazos —nadie va a hacer nada. Que digan lo que quieran. Confío en vosotros, Muriel, Samantha, Samuel, todos los que tenéis ciertos dones especiales podréis adivinar, ¿no?

León miró esperanzado a Muriel que se retorció las manos. Samuel desvió la vista. Hacía mucho que no tenía visiones. Aunque era un hechicero de más de cien años, desde que se había vuelto vegetariano, todo se había atenuado. La carne y la sangre desataban sus instintos asesinos, también sus visiones, claro. Si dejaba una cosa, no podía tener la otra.

—Haremos lo posible, León. Moveré cielo y tierra por saber quién ha hecho esto. Tiene que ser alguien del pueblo. Eso lo sé sin ser adivina. — Anastasia sostuvo al hombre también físicamente.

—Mirad, el de la televisión está con la alcaldesa, esa sí que cantará. Voy a subir a ver a Samantha. Es posible que ella pueda decirme algo —dijo Muriel.

—Gracias, chicos por apoyarme. Será mejor que cierre del todo el bar. Puede que lo cierre definitivamente. Ahora que soy rico. Es irónico, ¿verdad?

—León, date el tiempo necesario para procesar todo. Una cosa detrás de la otra —Samuel le palmeó la espalda— cerremos el bar por hoy y vete a casa. Duerme o emborráchate. Pero quédate dentro. No salgas hoy. La alcaldesa es una pirada y lo mismo te echa la culpa. ¿Quieres que me quede?

—No, Samuel, te lo agradezco, ya habéis hecho suficiente. Ahora preferiría estar solo.

Jorge miró como cerraban las persianas del bar Amazonas y los cuatro jóvenes salían del bar. El novio se metió por una puerta contigua, la rubia antipática y el hombre pálido se fueron hacia el otro lado de la plaza y la preciosidad de pelo cobrizo salió en dirección contraria, metiéndose por una de las callejuelas que subían a la parte alta del pueblo.

La alcaldesa seguía despotricando contra todo el que podía, sobre el novio de su sobrina, la guardia civil, los habitantes, incluso había comenzado

a quejarse de que ahora ella necesitaba una persona para cubrir el puesto de Soledad. Puro egoísmo. Jorge se estaba poniendo enfermo. Tomó una decisión.

—Muchas gracias alcaldesa, si es tan amable, puede enseñarle a mi cámara el ayuntamiento y el lugar donde trabajaba Soledad para completar el reportaje —el cámara le fulminó con la mirada—. Mientras, yo investigaré un poco más.

Sin darles tiempo a contestar, salió tras la joven de pelo cobrizo. Había preguntado su nombre y le dijeron que se llamaba Muriel. Aseguraban que era un poco bruja, pues ella y la anciana Samantha, preparaban cremas y otros ungüentos que vendían en la tienda de la rubia, en la plaza.

Tampoco es que por hacer cremas naturales se pudiera llamar a alguien bruja, pero ya se sabía, en estos pueblos cualquiera que hiciera algo fuera de lo normal, era llamado bruja o cosas peores, como hippy. Su abuela mismo era una hippy en toda regla. Siempre había vivido en una caravana, incluso cuando se mudaron a Huesca. Allí sus padres compraron una casa a las afueras y la abuela de Jorge aparcó la caravana en el jardín. Allí vivía separada del resto y solo entraba en la casa cuando le daba la gana. Jorge disfrutaba mucho de entrar en su caravana, llena de cachivaches raros. Ya no recordaba mucho, pues murió cuando él tenía nueve años. Su padre debía estar deseando deshacerse de ella, pues se llevó la caravana después del funeral y nunca pudo saber qué más tenía.

La calle estaba resbaladiza y tenía una cuesta bastante pronunciada. Tropezó varias veces e incluso una cayó de rodillas, pero decidió que tenía que seguir adelante, con todas sus fuerzas. Las casas que se veían a ambos lados de la calle aparecían cerradas, quizá abandonadas, porque no se veía un alma. Siguió subiendo mientras las nubes comenzaban a oscurecer el cielo. Un trueno sonó en la lejanía. Levantó la vista para ver el final de la calle. En lo más alto había una casa rodeada de flores. Al principio le chocó simplemente el colorido y la belleza, pero luego cayó en cuenta de que, en puro invierno, no solía haber flores. Esa debía de ser la casa de la bruja.

Pulsó el botón REC de su grabadora y llamó a la puerta, que se abrió dando paso a *su* preciosa Muriel. ¿Por qué había pensado eso? Ella sonrió, como si lo supiera.

—Hola, ¿qué quieres? —le preguntó amablemente aun sabiendo que él la había seguido.

—Quiero saber. ¿Puedo pasar?

La joven se apartó dejándole sitio para que él pudiera entrar. Jorge miró a

su alrededor. El recibidor era una habitación sencilla llena de plantas colgando del techo. Olía a lavanda y a otras esencias que movieron su memoria recordándole a su abuela.

A continuación, entraron en la otra habitación de la casa, el salón-cocina. Había una gran chimenea en un lado donde crepitaba el fuego dando calor a toda la estancia. En las paredes, y de forma desordenada, se apilaban alacenas atiborradas de frascos de distintos tamaños y colores, con contenidos indefinidos. Al fondo un sofá desvencijado y en el centro, una anciana sentada alrededor de una mesa redonda, con una tetera humeante, un plato de galletas, posiblemente caseras, y tres tazas. Le esperaban.

—Siéntate, joven. Bienvenido a mi casa —la anciana le señaló una silla junto a ella.

Tenía el pelo blanco cogido en un moño bajo, con mechones caídos de cualquier forma. Vestía un jersey de punto moderno y vaqueros, a pesar de que probablemente pasaba de los setenta y muchos. Sus ojos eran oscuros y su piel ligeramente rosada. Sonreía, sacando a pasear sus arrugas y sus pómulos. Jorge se sintió atrapado en su mirada y de alguna manera, desnudo frente a ella.

—No hagas eso, Samantha, lo vas a asustar —Muriel riñó a la anciana que sonrió divertida levantando las manos.

—Está bien. ¿Un té?

—Sí, gracias.

Jorge se sentó en un taburete y Muriel lo miró detenidamente. El chico era guapillo, sin ser tremendamente atractivo, tenía el pelo negro y liso con un remolino en la frente que hacía que parte del flequillo lo llevase de punta. Sus ojos eran color miel y ¡tenía pecas! Siempre le habían gustado los chicos pecosos. Era alto, no tanto como León o Samuel, pero suficiente. Algo delgado. Manos largas, dedos de pianista Sí. Estaba bien.

—Y tú, ¿has terminado? —Samantha sonrió mientras servía el té al sorprendido Jorge. Muriel se sonrojó.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó la joven mientras el chico sorbía el té.

—Quiero saber la verdad —contestó ligeramente mareado.

—La verdad —dijo Samantha— la verdad sobre la vida, sobre el universo, sobre ti o sobre León y Soledad. La verdad es un concepto muy amplio.

—Querría saber qué pasó ayer en el pueblo. Hoy tocó la lotería y ayer

asesinaron a una chica. Eso querría saber —Jorge sorbió el delicioso té. Nunca había probado una infusión tan exquisita. Cerró los ojos intentando rememorar algo, sin conseguirlo.

—Ayer por la noche asesinaron a una amiga, a la novia de un amigo — explicó Muriel rectificando al final —Y hoy nos ha tocado la lotería. Pero sólo un décimo, tampoco da para mucho.

—Hasta ahora no me has dicho nada que no supiera —Jorge se perdió por un momento en esos ojos verdes de gata— ¿Qué hacía esa chica en el bosque? Su tía dice que iba a cenar en el bar Amazonas.

—Cierto. Y no vino. León estuvo llamándola toda la noche, pero no contestó. Pensábamos que se habría quedado sin batería y que su tía la había ocupado con algún recado de última hora. No sería la primera vez que la retenía con tal de no dejarla venir con nosotros. No le caemos bien, ¿sabes? Estuvimos toda la noche, hasta las doce o así cenando en el bar y uno de nuestros amigos, que es invidente, se quedó a dormir en casa de León, por no subir hasta su casa. Así que, si esperabas que el novio fuera el culpable, estás equivocado —la voz de Muriel sonó un poco más dura de lo normal.

—No, yo no pienso nada. Me gusta examinar los hechos. Y quiero ser justo. La alcaldesa ha dejado caer que podría ser el novio, así tengo las dos versiones. ¿Cómo era Soledad?

Samantha se levantó de su silla y llevó la tetera al fuego. Jorge no podía quitar la vista de la chica.

—Era una chica normal, no como su tía, aunque bueno, algún rasgo familiar sí tenía. Pero cuando estaba con nosotros, se comportaba correctamente. Era muy bonita, y lo sabía, y siendo su tía la alcaldesa y ella trabajando en el ayuntamiento, bueno, se escuchan cosas...

—¿Qué cosas?

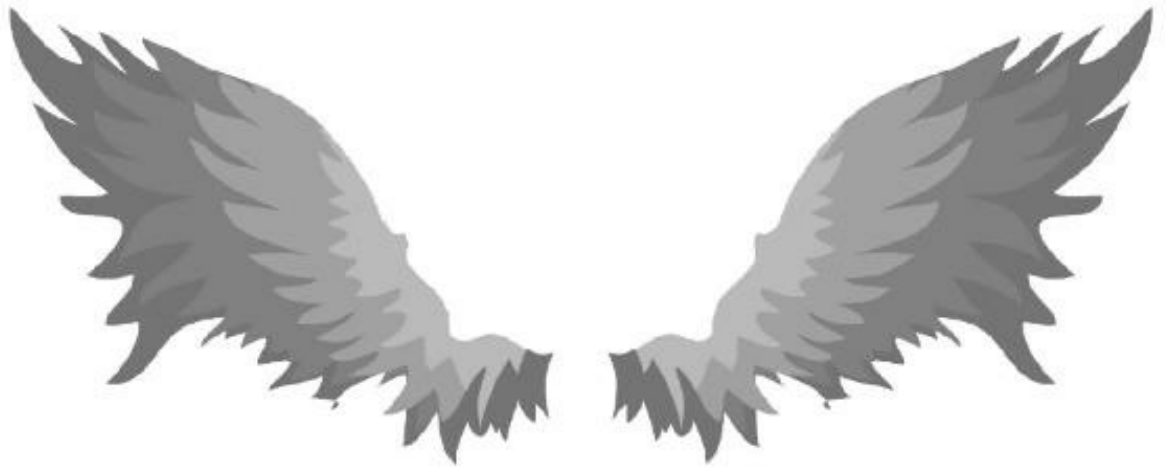
—Pues algunos tejemanejes. Pero son rumores y ella nunca dijo nada. A lo mejor no son ciertos. Pero te diré una cosa. Ella tenía que venir a cenar con nosotros, y la encontraron en la roca de la Luna, un poco lejos del pueblo.

—¿Tú podrías enseñarme el lugar? —dijo de repente el periodista.

Muriel miró a Samantha que volvía a la mesa con la tetera. Esta asintió.

—Está bien. Pero ahora está anocheciendo y va a caer una buena tormenta. Deberás ponerte ahora de camino. Vuelve mañana.

Jorge se levantó de inmediato como si tuviera un resorte en las piernas. Fue hacia la puerta y salió. Al volverse vio una sonrisa traviesa en la bonita cara de la bruja.



Capítulo 6: Excursión al bosque

La tormenta había descargado con fuerza toda la noche. Por suerte se largaron del pueblo antes de que cayese una terrible nevada con ventisca, truenos y relámpagos. Como si en algún momento, Bóreas, el dios del viento del norte, se hubiera enfadado con el mundo.

Al día siguiente, Samuel se despertó a las doce. Desde que no comía carne ni bebía sangre, podía salir a la luz del día cuando estaba nublado y lo estaba disfrutando. Anastasia y él daban largos paseos por el bosque, y se estaban planteando hacer un viaje. Cuando acabase todo este lío. Ambos habían comprado un décimo cada uno por lo que contarían con más de trescientos mil euros en su poder. No necesitaban mucho dinero en general. De hecho, desde que vivían juntos, habían convertido la casa de Samuel en un alojamiento rural, lo que también les daba beneficios.

Quizá ahora Anastasia quisiera tener un bebé. A él le hacía mucha ilusión. A lo largo de su larga vida nunca había dejado su semilla en ninguna mujer. Pero cuando la vio, supo que había nacido la mujer que estaba destinada a él. Cuando llegó al pueblo espero hasta que cumpliera los diecinueve, y luego se le declaró. Ella aceptó, según le confesó, siempre había estado secretamente enamorada de ese misterioso artista que solo salía de noche y al que una vez al año venían desde París a recoger sus pinturas y a pagarlas muy bien. No tardaron ni dos años en vivir juntos, sobre todo desde que la madre de Anastasia se fue del pueblo, sin ella y sin casi despedirse. Dijo que tenía que luchar contra las injusticias, y como una buena amazona que era, se largó por el mundo, buscando los lugares donde consideraba que sería necesaria. Comenzó con Brasil. De vez en cuando recibía una postal para decirle que seguía viva. Anastasia la echó de menos al principio, aunque nunca fue una madre como el resto. La adiestró de forma militar y le enseñó idiomas, geografía, orientación, como si estuviera entrenando a una superviviente. Y eso era Anastasia. Y por eso, y por muchas otras cosas, Samuel la amaba profundamente.

La historia de Samuel era mucho más oscura, y nunca la había llegado a contar del todo a nadie. Probablemente Rómulo sabía algo, pero no por él.

Provenía de una estirpe de hechiceros oscuros, aliados de la Mano Blanca, la organización que perseguía a todos aquellos que tenían dones. Sin embargo, su padre, Angus, un irlandés de más de cuatrocientos años, se enamoró de una mujer normal y le hizo un hijo. Después, él huyó de todo y fundó junto con otros habitantes, el pueblo de Escondido ya hace más de doscientos cincuenta años. Angus permitió que Samuel creciera normal y feliz, desarrollando sus dones de hechicero, la persuasión, la manipulación de mentes, de los elementos, y hacía unos cuarenta años, falleció. Samuel pensó en marcharse del pueblo, pero una bruja, la madre de Samantha, le vaticinó que aquí encontraría el amor. Que llegaría una joven fuerte que le haría feliz, y tras esperar tanto tiempo, un día apareció Amanda, la madre de Anastasia, embarazada y sola, y se asentó en el pueblo. Cuando Anastasia tenía quince años, ya se había enamorado de ella. Decidió entonces dejar de comer carne y beber sangre y por ello comenzó a perder sus dones. Pero no le importó. Ella se convirtió en todo para él.

Ahora quería algo más. Quería tener un hijo o una hija. Quizá pudieran contratar a alguien para la tienda, a pesar de Anastasia.

La mano blanca era algo casi olvidado. Su padre siempre le había advertido. «Ellos nunca olvidan, mantente oculto.» Así durante todo el tiempo que lo acompañó. Pero desde que él tenía la edad suficiente de recordar, no habían tenido noticias de ellos. Tal vez se habían disuelto.

Cuando fundaron el pueblo, llegaron muchos seres extraordinarios: brujas, sirenas, cambiadores, hadas y enanos, gnomos, y otros muchos que ni siquiera se identificaban. A partir del año 1900 empezaron a venir menos, y últimamente apenas llegaban. «Eso será porque son libres de estar donde quieran. La Mano Blanca se ha debido disolver y no tienen necesidad de esconderse», pensaba de forma optimista.

Y a pesar de ser libres de marcharse a cualquier lugar, ni Anastasia ni él tenían ningunas ganas de salir de Escondido. Solo cuando veían algún anuncio en la televisión o en Internet de viajes y ciudades maravillosas es cuando les apetecía salir. Tal vez un crucero, tal vez le gustaría visitar París. Su agente artístico insistía en que fuera a alguna presentación de sus cuadros, pero a él no le interesaba la fama. El dinero sí que le venía bien, para tener lo suficiente para vivir pues su vida sería todavía muy larga a pesar de seguir sin comer carne o sangre. Era prácticamente inmortal. Instalaron un repetidor que

pagaron para que todos los jóvenes del pueblo tuvieran conexión directa con el satélite y tenían Internet y televisión por cable. Y la compartían generosamente con sus amigos.

Samuel salió de la cama. Anastasia hacía horas que se había ido a trabajar y él se estiraba perezosamente recordando una noche de amor y sexo muy placentera. El móvil sonó.

—Hola Muriel.

—Hola Samuel. Siento molestarte. Estaba esperando que te despertases. Me gustaría que me acompañases a la roca de la Luna. Tengo que llevar a Jorge, al periodista.

—Pero, niña ¿por qué le vas a dar información a la televisión? —Samuel preguntó sorprendido.

—Es necesario. Y quiero que me ayudes a clasificarlo. Hay algo en él... no sé. Necesito tu consejo porque Samantha no ha querido decirme nada.

—¿También lo ha visto Sam?

—Sí. El chico me siguió hasta su casa. Y le invitó al té de la verdad. Fue algo normal, pero sigo pensando que tiene algo.

—Está bien. ¿Cuándo viene?

—En treinta minutos. Te espero en el Amazonas. León ha abierto al final.

—De acuerdo.

Samuel se vistió rápido y abrigado. La tormenta de ayer había azotado bien el pueblo y dejado una capa de hielo en el suelo. Ahora no nevaba, pero el frío era intenso, con una temperatura de un grado.

Los niños seguían jugando en la plaza. Había media docena de adolescentes sentados en el borde de la fuente helada echando humo; no se distinguía si era de algún cigarrillo o de frío. Algunos hombres cargaban con bolsas y acompañaban a las mujeres en la compra de las últimas cosas para la cena de Nochebuena. El pequeño supermercado y la carnicería-pescadería-panadería estaban a reborar. Se veía un pueblo con vida. Después de la lotería, que había tocado a bastante gente, y a pesar del asesinato, una cierta alegría se había extendido por Escondido. Las noticias malas se olvidaban pronto.

En el fondo le daba pena. Una chica joven, apenas treinta años, con toda la vida por delante. A pesar de que era completamente idiota, no se merecía esto. Quizá su tía sí, por muchas razones, pero la sobrina no.

León estaba detrás de la barra con semblante serio haciendo unos cafés. Al parecer había venido más gente de otros medios periodísticos, pero nadie

les había atendido o hablado con ellos. La alcaldesa estaba en su casa sin salir y no habían conseguido que nadie declarase. Rómulo se sentaba en una mesa, con un café con leche y un croissant. Sonrió al entrar Samuel.

—¿Una buena noche? —Rómulo sonrió detrás de sus gafas. Cuando había gente que no era del pueblo, siempre se ponía sus gafas oscuras, para no impresionarles con sus ojos blancos.

—¡Cómo lo sabes! Soy muy afortunado —Samuel se sentó mientras le guiñaba el ojo a Leia. León le llevó un café solo.

—¿Qué tal? —León se sentó un momento con sus amigos.

—¿Qué tal tú? —contestó Samuel dándole una palmada amistosa en la espalda.

—Estoy bien, recuperándome. Además, llega la luna llena. Tengo que estar fuerte para sujetarme.

—No te preocupes, lo estarás —Rómulo también le puso la mano encima.

—León, tengo que contarte algo. El periodista de ayer, ¿recuerdas? —el joven asintió— resulta que Muriel ha quedado con él hoy para enseñarle la piedra de la Luna.

León se envaró.

—Dice que tiene que hacerlo. Ya sabes, cosas de brujas.

—Sí, tiene que hacerlo —Rómulo también convino en ello.

—Pues si tiene que hacerlo, no soy yo quién para decir que no vaya — León se levantó algo enfadado y se fue a la barra.

Samuel se fue a levantar detrás de él, pero Rómulo lo paró.

—Déjalo. Tiene que pasar por ello. De todas formas, no hay nada allá. Estuve ayer. Sentí algo, muy tenue, pero espero reconocerlo si lo vuelvo a sentir. Había maldad allí. Mi corazón se enfrió. Pero con la tormenta de ayer, supongo que ya no habrá nada de nada.

—¿Qué crees que será el chico?

—No llegué a verlo. Siéntelo a ver. Creo que se avecinan acontecimientos grandes, no sé si buenos o malos y lo de Soledad fue el principio.

—Espero que te equivoques. Quisiera estar tranquilo, la verdad —Samuel echó el azúcar en el café pensativo.

—Y formar una familia... ¿qué piensa Anastasia de ello?

—No piensa en ello, directamente —Samuel sorbió el último trago de café sin querer ahondar más en ese tema. De todas formas, Rómulo lo sabía todo. Siempre.

La puerta se abrió dejando pasar a Muriel. Emanaba tanta luz que todos

los clientes del bar se volvieron para mirarla. Se acercó a la barra y saludó a León quien le devolvió la sonrisa sin poder evitarlo. Ella era así. Puro amor y dulzura. León le puso un té y ella se sentó con sus amigos.

—Hola guapos. ¡Qué buena noche, Samuel! Rómulo, qué tal —Muriel sonrió de oreja a oreja.

—¿Lo tengo grabado en la cara? —Samuel se mofó de sí mismo.

—Nooo, —rio Muriel— es que acabo de ver a tu chica y tenía la misma cara de felicidad que tú. Me alegro, de verdad.

—Así que el periodista, ¿eh? —Rómulo intervino en la conversación, también sonriendo.

—Sí, bueno. Es que tiene algo. No sabría qué. Si quieres, puedes analizarlo, está por llegar.

—Si te vas a emparejar con él, desde luego que lo voy a analizar, a fondo —contestó Rómulo.

—Uy no sé —Muriel se sonrojó— acabo de conocerlo.

—Ya viene —canturreó Rómulo.

La puerta se abrió dejando entrar al joven periodista que esta vez venía solo, sin cámara. Buscó con la mirada a Muriel y la encontró rápidamente. Como un imán se fue directo a ella que se levantó para recibirle. Le dio dos besos rápidos y se dispuso a presentarlo a sus amigos mientras León miraba de reojo con semblante serio.

—Rómulo, Samuel, él es Jorge, periodista de Huesca. Quiere saber la verdad.

Jorge sonrió mientras sentía como de nuevo, era desnudado con la mirada, a pesar de que el que parecía observarle era invidente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. La verdad. De pronto recordó. La anciana le había preguntado si quería saber su verdad. En ese momento no pensó, pero de repente ahora le venía a la mente.

—¿Jorge? ¿Qué quieres tomar? ¿Un té?

—Sí, gracias.

El asintió sin saber muy bien lo que decía. Se sentó junto a los dos hombres. Rómulo, era más bien bajo y delgado y tendría unos cuarenta años. Llevaba un bastón de invidente y un grueso jersey de lana. Era de rasgos algo exóticos con la piel de color oliva y labios gruesos, con el pelo negro muy rizado. Samuel era alto y delgado, muy pálido y con el pelo largo. Al parecer era un artista muy cotizado. Tenía un atractivo algo salvaje y el contraste de sus ojos claros y el pelo oscuro llamaban mucho la atención. A su lado, se

sentía corriente y normal, de alguna forma.

Muriel regresó con el té.

—Le he dicho a Samuel que nos acompañe, si no te importa. Él conoce muy bien esa zona. Tómame el té, es de flores, te gustará.

—Así que periodista. ¿Por qué estudiaste periodismo?

—Rómulo comenzó el interrogatorio.

—Siempre quise saber la verdad. Desde pequeño. Y me pareció que era la profesión más adecuada.

—¿Y a tus padres, les gustó que estudiaras periodismo? —Rómulo continuó. Jorge negó con la cabeza.

—Ellos deseaban que siguiera el negocio de mi padre, que tiene una empresa de arreglos. Pero decidí estudiar periodismo y discutíamos a menudo, así que me fui de casa —se sintió asombrado de estar confesándose con esta gente que ni conocía.

—Oh, lo siento —Muriel puso su mano consoladora en el brazo del joven y ambos se estremecieron ligeramente.

—No te preocupes. Fue hace muchos años. Ya pasó —Jorge empezaba a sentirse incómodo. Terminó su té escaldándose ligeramente— ¿Te parece que vayamos ya?

—Sí, vamos.

Los tres se levantaron y se despidieron de Rómulo que se quedó pensativo. León se acercó a retirar las tazas.

—¿Qué opinas? ¿es peligroso?

—Es un chico con una gran dualidad. Tiene una sombra en su alma, pero está escondida, controlada por su luz. Es raro. No es un ser especial, creo, ni tampoco tiene dones, pero sí hay algo que todavía desconozco. Curioso.

—Sí lo es. Es raro que tú no sepas algo. ¿Te traigo otro café? —León puso su manaza en el hombro de Rómulo.

—Sí, gracias. El sargento vendrá enseguida. Últimamente pasan cosas que yo no sé. Debo de estar perdiendo facultades —se dijo para sí mismo más que para su amigo.

Justo al llevarle su segundo café, esta vez descafeinado con leche de soja, entró el sargento.

—León, ¿podemos hablar? ¿Rómulo, te unes?

—Por supuesto. Le estaba esperando.

Los tres se sentaron en la mesa apartada donde estaba el joven. Leia le trajo un café doble al sargento. El cabo se había quedado en la barra,

tomándose un cortado. Siempre que hablaba con ellos se retiraba de la conversación. Claro que, el cabo era una persona normal. Del todo.

—Mira, León. Te vas a salvar solo porque confío en Rómulo, y en tus amigos. Pero las garras eran de un felino o de un animal muy similar. Los médicos forenses piensan que fue un lince grande, o un lobo, aunque no les cuadra en realidad. Sé que tú cambias en felino, pero lo haces como yo, en luna llena. Por eso no te he detenido.

—Por eso y porque sería difícil de explicar, ¿no? —Rómulo sonrió irónicamente.

—Sí, claro —el sargento se removió incómodo en la silla— si supiera que habías sido tú, te pegaba un tiro, chaval. En mi zona nadie se pasa de la raya. Dicho esto. Si no has sido tú, ¿sabes de algún otro felino en la zona? ¿Alguien con garras?

—No, la verdad. —León parecía sincero— no tengo ni idea. No quise ni acercarme a la piedra de la Luna por si olía algo...

—Yo fui. Y algo noté, pero tan sutil que no lo he identificado — interrumpió Rómulo algo disgustado.

—Hazme saber si recibes algo, Rómulo. Me voy para el cuartelillo. La alcaldesa está insoportable y quiere soluciones ya. Así que mejor que no me vea. Lo dicho, avisadme si hay algo.

—Eso está hecho.

El sargento se retiró con un saludo rápido y se llevó a su compañero que guiñó un ojo a Leia. Un joven entró en el bar tropezando con el cabo, que dejó de mirar a la chica, para abroncar al recién llegado.

—Perdón, cabo. —el chico sonrió burlesco.

—Hola, Tobías —Leia saludó coqueta.

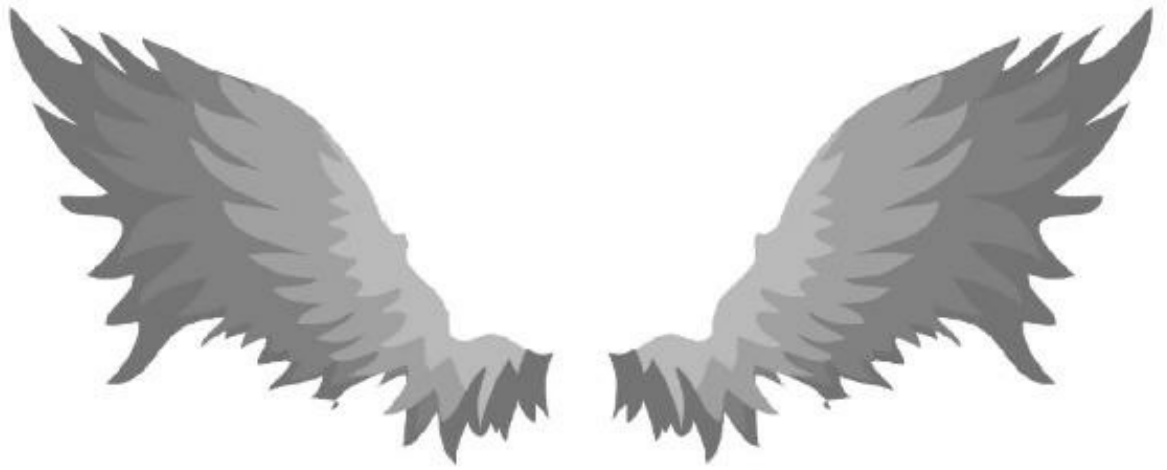
—Hola, preciosa —la sonrisa del joven rubio deslumbró a la chica — acabo de llegar de mi viaje, y veo que el pueblo está revolucionado.

Leia miró al chico. Se sentía fuertemente atraída por él, aunque era demasiado joven. Si quisiera, podría ser modelo de pasarela, era alto, rubio y llevaba el pelo largo y ondulado. Una vez le enseñó sus alas, y fue la experiencia más alucinante de su vida. Tobías descendía de un ángel caído, que llegó al pueblo cuando se fundó.

Ella no sabía muy bien a qué se dedicaba, porque solía desaparecer con frecuencia. No tenía necesidades humanas, aunque sí podía comer y dormir. Vivía en el hostel de Samuel, en la buhardilla, con una preciosa ventana por la que salir a volar por la noche. Ahora coqueteaba con Leia, aunque ella sabía

que, siendo un ser inmortal, no tenía nada que hacer.

Leia descendía de una de las brujas del aquelarre de Samantha. Su madre y su abuela vivían en el pueblo, pero nunca habían conseguido tener tanto poder como ella. No le importaba. Un día se iría del pueblo a buscar la fama y la fortuna. Y ahora que tenía casi doscientos mil euros en el banco, podría cumplir sus sueños. Quizá él quisiera acompañarla. Y pasar un tiempo juntos, aunque no fuera una relación simple.



Capítulo 7. La piedra de la Luna

Los pálidos rayos del sol se reflejaban en cada una de las gotas de agua que había en las hojas de los pinos convirtiéndolas en pequeñas perlas de luz.

La nieve crujía bajo las botas de los tres seres que caminaban en línea a través del bosque y cruzando el río. Llegaron al claro donde las vacas seguían pastando ajenas al frío y a la cantidad de personas que últimamente estaban pasando por allí. La piedra de la Luna estaba allí, muda y sobria, testigo de un terrible asesinato. Samuel se quedó esperando mientras Muriel y Jorge se acercaron a la roca.

El plástico amarillo había desaparecido, quizá obra de algún vecino que se negaba a estropear el paisaje o a consecuencia de la terrible tormenta de ayer.

El periodista miro a todos los lados. Ni siquiera se veían los rastros de sangre. Todo había sido cubierto y lavado por la tormenta. Un vaporcito salía de la entrada de una cueva. Jorge se volvió curioso hacia Muriel, señalándola.

—Es la cueva del amor —sonrió ella— aquí se escapan algunas parejitas a pasar un buen rato. Se está calentito.

—Y tú, ¿la has probado? —el chico parecía molesto.

—Una pregunta muy indiscreta. ¿Quieres entrar para ver el calorcito que da?

Muriel entró sin esperarle. Samuel sonrió desde fuera al ver al joven entrar en la telaraña de esa pequeña arañita dulce y amorosa.

La entrada se abría a un espacio amplio con el suelo arenoso. No había nada más en la cueva, pero la temperatura había subido unos veinte grados y el suelo estaba cálido y limpio, invitando a echarse allí. Entraba algo de luz por algún hueco del techo y por la entrada, pero el ambiente era de penumbra. Invitaba al amor. A Jorge desde luego lo estimulaba y si no fuera porque Samuel estaba fuera y porque temía que ella le rechazase, la hubiera intentado seducir.

Ella se acercó despacio y apoyó las manos en su pecho. Levantó la vista y la fijó en sus ojos color miel. Una corriente eléctrica les traspasó y Jorge se

inclinó hasta alcanzar los rosados labios de la chica. Sus labios se enredaron en un mar de deseo. El chico la atrajo hacia él acariciando su espalda por debajo del anorak. Ella le abrazó y todavía se acercó más a él. De repente se soltó.

—Samuel está fuera y va a entrar —Muriel sonrió.

Jorge pareció confundido, pero se apartó de ella con gran pena. Ambos salieron de la cueva y se encontraron de bruces a Samuel.

—¡Pensé que os ibais a quedar ahí dentro, disfrutando del calorcito, pero yo me estoy helando! —protestó.

—No seas malo, Samuel. Solo le estaba enseñando el interior. Y bien, Jorge, ¿quieres ver algo más?

—No hay mucho que ver. Me preguntó por qué Soledad vino aquí. No es muy normal que alguien venga por la noche sin motivos. ¿Crees que tenía otra relación? —Jorge estaba en modo periodista de nuevo.

—No creemos. Salía con León y según creo, él es un gran amante. No creo que tuviera esas necesidades. Debió ser otra cosa—contestó la chica—. Hay algo más.

—¿Revisaron su móvil?

—Imaginamos que si la guardia civil lo tiene lo habrá mirado. De todas formas, ellos piensan que fue asesinada por un animal. Así que pronto cerrarán el caso.

—¿Y vosotros no? Dicen que le desgarraron la garganta. Eso no lo puede hacer un humano.

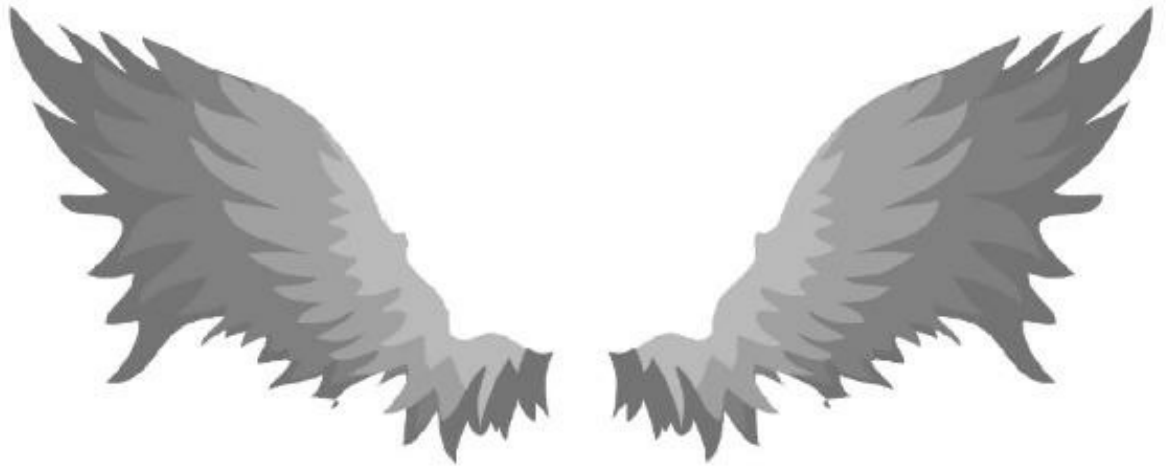
—Por supuesto, debió ser algún lobo. Quizá un lince, hace unos meses me pareció ver uno paseando por el monte —Samuel advirtió a Muriel con la mirada —¿Nos vamos? Empieza a congelárseme el cuerpo, y a Ana no le gustará que coja frío.

Comenzó a caminar sin esperarles y Muriel fue detrás. Jorge se quedó un minuto mirando alrededor, como si quisiera de alguna manera visualizar lo que había pasado hace dos días. Por supuesto, sin resultado. Pero sí, le pasaba como a Muriel, no entendía lo que había pasado. Cómo es que una chica joven, a la que esperaban a cenar, se había ido hasta el bosquecillo apartado, a una hora en la que la noche había caído. ¿Por qué fue allí? ¿Con quién quería reunirse? ¿Qué la atacó?

Movió la cabeza y miró a la bella Muriel. Su beso había sido maravilloso. Hacía mucho tiempo que no sentía algo tan profundo como lo que había sentido hace unos minutos.

Un vapor gris se escapó de la piedra donde Soledad falleció. La forma difuminada de la mujer avanzó un poco hacia el hombre que se había quedado algo retrasado. Ella continuaba allí, y por el remolino que estaba formando, no estaba en paz. No se iría hasta que consiguiera vengarse. Sí, había visto la luz, claro, pero le daba igual. Ahora ella tenía el poder de ir donde deseara. Sabía que no podía entrar en ningún habitante de Escondido, ya lo había intentado sin éxito. Eran muy fuertes, pero a este joven lo había rodeado sin que él se diera cuenta, y había encontrado un resquicio en su aura, un rincón oscuro donde se acomodó.

Jorge sintió un escalofrío interno, una sensación de urgencia, de que debía irse, y después una incomodidad tremenda, como quien se calza un zapato de un número menor. Al final siguió a la chica, sin darle más vueltas al asunto.



Capítulo 8: La médium

Sonia miró el billete de autobús hacia Huesca. Todavía no sabía por qué narices había dejado Madrid, por qué tomó el tren a Zaragoza y después un autobús a Huesca. Estaba a cincuenta kilómetros de la estación de autobuses y se regañaba a sí misma por haber hecho caso. Después le quedaría un trayecto de unas dos horas hacia el pueblo perdido en el monte que se había presentado en sus sueños a través de su abuela. Escondido. Buen nombre para desaparecer.

Tenía planes de marcharse a Irlanda, donde su amiga Patty le daría alojamiento por el tiempo que desease. Después de pasar por tres ciudades en un año estaba realmente cansada. Pero había notado que alguien le acechaba y en sus sueños una mano blanca le aplastaba, así que estaba claro que se trataba de ellos. Sus padres le habían advertido. Ellos no viajarían de momento, su abuela estaba muy enferma. De todas formas, ellos no eran los especiales, no habían heredado el don de su abuela, como le había pasado a ella. A menudo era perseguida por vivos y no vivos. Los vivos la querían atrapar. Los no vivos la necesitaban para comunicarse con sus familias, o solamente, para entrar en ella y volver a tener sensaciones físicas. Sí, verdaderamente estaba hasta las pelotas si tuviera.

Arregló su flequillo en el baño de la pensión y se miró al espejo. Ahora era morena y con el pelo corto y liso. Se maquilló un poco sus ojos, que eran gris claro, cambiantes, según el día. Gracias a la comida basura de estos últimos meses, se había engordado un poco. Según su madre, ahora estaba muy guapa porque antes era un palo. De todas formas, para qué le servía arreglarse y ponerse mona o conocer gente. Total, en cuanto llevaba un mes o dos en la ciudad, los desencarnados se ponían tan pesados que no la dejaban en paz y como empezaba a hablar con ellos, la gente la miraba raro, se apercebían de su don, contactaban con ella, e incluso la acosaban; un círculo vicioso que acababa con ella largándose de la ciudad o el pueblo donde estuviera.

Si su abuela no estuviera en coma podría aconsejarle, pero no estuvo el tiempo suficiente con ella. Su don despertó cuando su abuela cumplió setenta y

cinco, hace casi cuatro años. Hasta entonces, era una chica normal, feliz...

Estuvieron estudiando juntas un año y unos meses. Pero el invierno pasado su abuela cogió frío. Ese frío interno desembocó en una neumonía y una grave infección que la llevó al coma. Entonces, se interrumpió su enseñanza, justo cuando comenzaba a avanzar. Ella se fue de casa. No podía soportar ver cómo se consumía. Vagó por diferentes ciudades, pero hace unos días, sintió que su abuela la llamaba. Seguía en coma, pero escuchó claramente el mensaje. Debía viajar a Escondido. Sus padres le explicaron cómo ir, pues la abuela procedía de allí. Sonia dudó. Realmente no quería ir. Tenía un mal presentimiento.

Casi había aprendido a defenderse de las presencias y a librarse de ellas. Necesitaba a su abuela. La sentía muy débil y no sabía cuánto aguantaría. Quizá cuando trascendiera podría ayudarle. Mientras tanto, no le había quedado otro remedio que viajar a Escondido, un pueblo remoto de los pirineos. No le había dicho por qué, pero solía escuchar y obedecer a su abuela, así que iría para allá.

Cerró los ojos y se puso los cascos escuchando la música de Alanis Morissette, y sin darse cuenta llegó a Huesca. En la estación de autobuses se encontraba un hombre con un cartel con su nombre: Sonia Markof. Se sorprendió pues no esperaba que la recibiera nadie. ¿Quién habría avisado?

—Buenos días, señorita Markof, me llamo Horacio y soy el panadero de Escondido. Me envían a buscarla y a llevarla al pueblo.

Sonia miró al hombretón que la esperaba en la estación de autobuses. El tipo iba bien embutido entre abrigo y gorro y solo le faltaba llevar barba blanca para parecerse a papá Noel. Ella aceptó de inmediato. Desconocía qué hacer a continuación, así que quizá su abuela le había enviado una ayuda. Se montó en la furgoneta que olía a pan y a magdalenas de verdad, de esas que se hacen con ingredientes naturales y se cuecen en un horno de leña. Empezó a sentirse cómoda y bien acogida.

—¿Su primera visita, señorita?

—Llámeme Sonia, por favor. Sí, es la primera vez que vengo por aquí. Mi abuela era de un pueblo de al lado, pero ella está enferma y no me ha podido contar nada —Sonia desvió la vista hacia el paisaje, no podía evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al pensar en su abuela.

—Le gustará mucho, es un pueblo pequeño y ahora está cubierto de nieve. Estamos en un pequeño valle precioso, rodeado de montes poblados por árboles, muy cerca de la estación de esquí y del balneario de Panticosa.

Tenemos un poco de todo, y ahora que nos tocó la lotería, quizá se abra algún negocio más.

—¿Ah sí? No lo sabía. Qué suerte. A mi me gustaría encontrar trabajo.

—Sí, me lo dijo el señor Rómulo, que es quien me envió a buscarla. Es un poco raro, e invidente, supongo que es amigo suyo.

—No, ciertamente no lo conozco. Pero me encantará conocerle. ¿Cree que encontraré trabajo en un pueblo tan pequeño?

—Seguro que sí. Hay un bar, un par de tiendas, y bueno, ahora se ha quedado un puesto vacante en el ayuntamiento. Asesinaron a una chica, una fiera del monte. Quizá un lince, no sabemos —el hombre quitaba la vista de la carretera cada vez que se dirigía a ella lo que a Sonia le asustaba más que cualquier otra cosa. La carretera era demasiado peligrosa como para no mirar alrededor y el precipicio lateral profundo y amenazante.

De alguna forma, sentía que tenía que estar allí, poco a poco fue entendiendo por qué su abuela le había enviado allí. Puede que tuviera que ver con la chica asesinada. Quizá ella pudiera comunicarse y descubrir quién o qué la mató. Tal vez cuando llegase allí comenzara a comprender.

El panadero era un hombre muy hablador. Empezó a contarle la vida y milagros de todos los habitantes de Escondido. El viaje era largo y se entretuvo describiéndole a sus amigos. Quizá ella era demasiado rara para encajar allí. Esperaba que nadie se enterase de que podía ver a los muertos y hablar con ellos. Siempre acababa por ser un problema.

Al principio pensó que dos horas de camino se le harían interminables, pero acabaron siendo muy agradables gracias a Horacio, un encantador compañero de viaje. La dejó en la Plaza Mayor del pueblo y la joven se despidió del hombre que regresaba a la panadería, no sin antes aconsejarle que se pasara por el bar Amazonas. Allí es donde estaría Rómulo.

Hacía mucho frío allí, tan cerca de montañas nevadas, pero el panadero tenía razón. El paisaje era arrebatador. Las copas de los árboles caían pesadas hacia un lado por la nieve acumulada y las montañas estaban tan cargadas de hielo que se confundían con el cielo gris. La plaza del pueblo estaba muy animada para ser tan pequeño, con niños jugando a tirarse bolas y a hacer muñecos de nieve. La fuente central se había helado y las dos tiendas de la plaza tenían bombillas que animaban mucho el lugar. Incluso había algo de iluminación en varios árboles.

Pero nada como el bar Amazonas, ahí los propietarios habían, como se decía «echado el resto». Aquello parecía una tienda de bombillas, en lugar de

un bar. El dueño era León, según le dijo Horacio. El mismo que recibió una noticia buenísima y otra terrible el mismo día.

Rodó su maleta por el hielo hacia el bar, arrastrando los pies para no resbalarse. La tarde empezaba a caer y se preguntaba dónde pasaría la noche. Entró en la bacanal de luces intermitentes digna de cualquier calle céntrica de capital. Allí había pocas personas. Un par de mesas de señores mayores jugando a las cartas y tomando cafés. Un grupo de jóvenes se sentaba en la mesa más alejada y tras la barra un hombre muy atractivo. Era alto y fuerte, con el pelo muy corto y a pesar del frío que hacía en la calle, llevaba una camiseta de manga corta enseñando sus muscudos brazos. A Sonia le temblaron las piernas solo con verlo. Además, tenía un aura muy particular, era roja anaranjada, como si tuviera mucha energía de fuego. El chico se quedó mirando a la joven que había entrado con curiosidad y le sonrió. Sonia permaneció de pie sin moverse, hipnotizada por esos dientes perfectos. O por esa cara perfecta. O por ese cuerpo.

—Hola, ¿qué tal? —una jovencita pecosa se acercó interrumpiendo tan gloriosa visión—. Soy Leia. Bienvenida a Escondido. ¿Buscas a alguien?

—Sí, gracias, me gustaría hablar con un hombre llamado Rómulo — gracias a Dios había reaccionado. El chico pensaría que era tonta.

—Eso es fácil, ahí lo tienes, es el del bastón. Es invidente, pero vamos, como si no lo fuera. ¿Quieres tomar algo? —la dicharachera chica la llevó hasta la mesa donde estaban sentados Rómulo, dos chicas y un chico.

—Un té, por favor. Hola. ¿Rómulo? —preguntó timidamente.

—Hola Sonia. Siéntate por favor. Bienvenida al pueblo. Te presento a Muriel, Anastasia y Samuel, amigos y habitantes de este maravilloso lugar — la jovencita les sonrió sin sentarse todavía.

—Quería preguntarte... gracias Leia —la chica le trajo el té y finalmente se quitó la cazadora y se sentó—¿Cómo...?

—¿Cómo sabía que ibas a venir? Me lo dijo un pajarito —sonrió encantador.

—Rómulo sabe muchas cosas, es así, no te extrañes —Muriel sonrió también, produciéndole una sensación de calorcito en el corazón.

Sonia se quedó mirando a la chica. Muriel, según Horacio era aprendiz de bruja, pero decían que solo hacían hierbas y cremas, nada serio. Sin embargo, ella tenía el aura dorada, como de sanadora. Samuel tenía el aura oscura, de color azul y Anastasia también tenía el aura rojiza. Sin embargo, Rómulo, nada. No tenía aura.

—Necesitarás una habitación para dormir. Samuel puede ser tu casero. Y mañana te buscaremos un empleo si vas a estar una temporada aquí —Rómulo soltó todo con su misma sonrisa calmada, como si organizar todo fuera algo natural en él y disponer de la vida de los demás un simple juego divertido.

—Sí, gracias, ¿qué pajarito te lo dijo? —insistió Sonia.

—Tu abuela, por supuesto. Vamos, Samuel, tengo que hacer un recado, si quieres acompañarnos, Anastasia. Luego Muriel te acompaña a la casa rural, ¿verdad que sí, pequeña?

—Claro, Rómulo —Muriel sonrió. Estaba acostumbrada a que les organizase. No lo hacía a todas horas, solo cuando él pensaba que era necesario rectificar la trayectoria de los acontecimientos. Y esta chica habría venido para algo, seguro.

Los tres se marcharon dejando a Sonia y Muriel tomando un té. Sonia observó el local. Aparentemente no había allí ningún descarnado. Tal vez había algún tipo de protección. La verdad que se sentía fenomenal, sin dolor de cabeza. Leía les trajo unas galletas.

—Son caseras, las hace Horacio, el panadero.

—Sí, lo conozco. Fue él quien me trajo. Están exquisitas. Nunca había probado algo tan bueno, y el té es delicioso, ¿de qué marca es?

—No es de ninguna marca —rio la camarera— lo coge León del monte. Es té de roca. Pensé que te gustaría.

—Has acertado, desde luego.

Sonia agradeció las atenciones y se volvió hacia Muriel que la miraba atentamente. Siguiendo un impulso la pelirroja le preguntó.

—¿Querías conocer a Samantha? Ella me enseña acerca de las hierbas, y otras cosas.

—¿Sois brujas?

—Bueno, es una forma de llamarlo. Todas las mujeres que se dedican a la sanación, o que conocen de hierbas y plantas, que aman a los animales o que tienen una gran intuición son brujas. Tú también lo eres, supongo —Muriel se había puesto un poco seria.

—No te enfades conmigo, por favor, no quise ofenderte, y, además, ojalá fuera bruja. No lo soy.

—Era broma, mujer, estoy acostumbrada a que me llamen eso como mínimo. A saber lo que dirán a mis espaldas —una amplia sonrisa dulcificó su rostro.

—Gracias, Muriel, me había asustado. No me apetece mucho empezar en

el pueblo con mal rollo —Sonia mordisqueó una galleta detectando el delicioso sabor a canela.

—Y dime ¿por qué has venido?

—Mi abuela me lo dijo. Como a Rómulo.

—Ah, la conoce entonces. ¿Es de por aquí?

—Creo que vivía por la zona, sí. La cosa es que... mi abuela está en coma. Desde hace varios meses.

—Oh. Vaya. ¿Y cómo? Lo de Rómulo lo entiendo, él es especial. ¿Tú eres especial también?

—Supongo. Todos somos especiales, ¿no? Como tú dices —evadió la respuesta.

Muriel sabía que había algo más. Tal vez con el tiempo la chica se sincerase, cuando comprendiera que la mayoría de las personas que vivían allí eran más que especiales, eran raras, únicas, con dones y talentos que no se encontrarían en ningún lugar. Rómulo la había traído, así que ya se vería.

Sonia se acercó a la barra a pagar su té. León se presentó.

—Hola, bienvenida, ah no —el chico devolvió los dos euros a la chica en su propia mano, lo que le produjo un poco de ansiedad—. La primera consumición va por cuenta de la casa. Veo que conoces a Rómulo, ¿no?

—Pues más bien lo conocía mi abuela. Y ya me ha instalado en la casa rural del otro chico, Samuel —León sonrió ante la cara cariacontecida de la chica.

—Sí, Rómulo es así. Espero verte por aquí pronto.

—Supongo que me verás. Aquí se está muy bien.

Muriel y la nueva habitante de Escondido se dirigieron hacia la salida. El frío aire se arremolinaba a sus pies y como ya había caído la noche, no se veía a nadie más en la plaza. Se alegró de que la acompañara Muriel, porque las nubes grises se acercaban. De momento, fingiría no verlos, pero tarde o temprano, ellos se darían cuenta de que sí era capaz de percibirlos y comenzarían a molestarla.

La casa rural estaba en una de las bocacalles de la plaza. Llegaron tras cinco minutos de resbalones y tropezones en el hielo. La alcaldesa había puesto luces nuevas ese año, le explicó Muriel, para que los turistas pudieran ver dónde estaban la casa rural, pero el resto de las calles se sumían en la oscuridad.

El edificio tenía un portón de madera, antiguo y oscuro, con herrajes de hierro. Encima de la puerta, un estrecho balcón cubierto de nieve dejaba ver

tres ventanas y en la parte superior parecía haber otras dos. La fachada era de piedra y del tejado a dos aguas caían churretones de agua helada. Samuel llegó al mismo tiempo que las chicas.

—Pasad dentro, ¡casi no llego!

—Es una casa preciosa. Estaba admirándola.

Samuel les abrió la puerta que se abría a una estancia con bancos de piedra y cojines en ellos. Una estufa de leña calentaba a los viajeros que podían desprenderse de las botas y los abrigos en un enorme armario de pino barnizado. Dejaron allí los anoraks y Samuel les mostró la casa. Los otros huéspedes estaban en las habitaciones. Allí también se estaba tranquila. No había ningún tipo de niebla gris, afortunadamente.

El salón era una estancia muy acogedora, con una gran chimenea con un caldero enorme de bronce al lado lleno de leña. Dos sofás de piel color marrón desvaído la rodeaban y una mesa de comedor de estilo castellano y color nogal oscuro se situaba al fondo, rodeada de pesadas sillas. Los cuadros de la casa no eran los esperados en una casa de pueblo. Eran muy modernos, abstractos y llenos de color. Había alacenas por toda la sala con libros o vajilla, e incluso mezclados. Era encantador.

—Me gusta mucho el salón, me siento bien recibida —dijo Sonia casi sin advertirlo. Samuel y Muriel se miraron asintiendo.

—Ven, te enseñaré tu habitación —le indicó Samuel.

—Bueno chicos, yo me voy —cortó Muriel— Mañana te vengo a buscar. Es Navidad. Comerás con nosotros.

—No te preocupes, yo, puedo comer cualquier cosa...

—Ah no, insisto. Mañana nos vemos en el Amazonas, sobre las doce, ¿te va bien esa hora?

—Sí, claro. Adiós.

—Verás que la gente es así en este pueblo —sonrió Samuel—. Todos quieren dirigir tu vida. Pero tienes el derecho a decir que no cuando quieras. —Se giró hacia su vecina— Adiós, Muriel, hasta mañana.

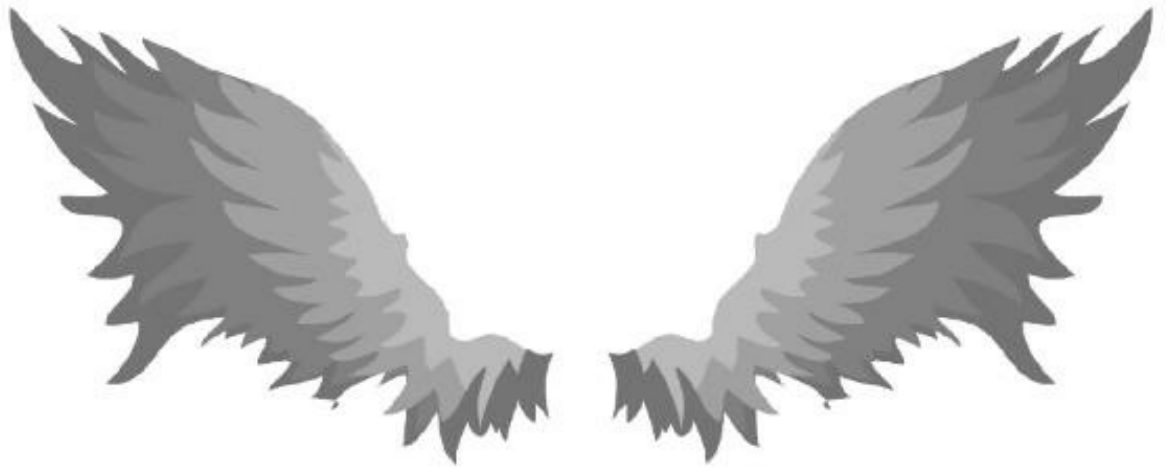
Muriel sonrió y salió por la puerta. Samuel comenzó a subir las escaleras de madera. Había más cuadros en el descansillo.

—¿Quién ha pintado estos cuadros? ¡Son preciosos!

—Gracias, son de Anastasia, mi novia. Ya la conocerás mañana. Ella es toda una artista. Hace cuadros preciosos y artesanía que vende en su tienda. Y también online, es toda una empresaria, mi chica. Yo también pinto, pero mi estilo es más clásico. El cuadro que está en tu habitación lo hice yo.

Samuel la acompañó hasta la habitación tres, en el primer piso. Era muy bonita y sencilla, con una cama de matrimonio y un escritorio. El baño era pequeño, pero tenía todo lo que necesitaba. Un cuadro con un precioso paisaje colgaba sobre la cabecera de la cama, mostrando la zona, las montañas, los árboles y parte del pueblo, con un exquisito detalle. Samuel la dejó sola para que se instalara. Hoy cenaría allí, con los demás huéspedes, y mañana con sus nuevos vecinos. La bienvenida había sido excepcional, mejor de lo que esperaba. Llamó a su madre para decirle que había llegado bien. Su abuela seguía igual, sin cambios.

Lo cierto es que el sitio era raro. En algunas zonas, las nubes grises se arremolinaban alrededor de las personas, de las cosas, incluso había visto como caminaban casi en su forma humana por la plaza. Pero en el bar Amazonas y en la casa rural, nada. Como si no fuera capaz de ver, o como si los lugares estuvieran de alguna forma, protegidos.



Capítulo 9: la comida de Navidad

—¡No sé cómo podéis celebrar la Navidad con mi sobrina casi de cuerpo presente! Y sobre todo tú —la alcaldesa apuntó a León con su uña pintada de rojo.

—Señora alcaldesa: nadie lo siente más que yo. Pero tengo que atender a mis clientes. Es Navidad, señora alcaldesa —repitió. León intentaba calmar a la excitada mujer. Los otros clientes del bar la miraban incómodos. De todas formas, ni ella ni su sobrina cayeron bien en el pueblo.

—Sargento Lagunas, ¿usted también? —se volvió hacia el nombrado, incomodándolo también.

—Señora alcaldesa, es Navidad y hoy tengo libre. Otras personas están de guardia. Creo que tengo derecho a estar con mi familia, ¿no cree? —la miró con cierta irritación.

Un corro se había formado ante el grupo y la alcaldesa, que como una heroína del pueblo, se había dirigido al bar Amazonas con la intención de castigar a los desgraciados que se atrevían a celebrar la Navidad. Ayer habían enterrado a la pobre Soledad, en Zaragoza, en el panteón familiar, nada de usar el viejo cementerio del pueblo, donde los metían en horribles nichos de cemento.

El padre Joaquín entro en el bar. Ya no era cura, nadie sabía por qué, pero todo el mundo lo tomaba por tal. Arrugó el ceño y se dirigió a la alcaldesa.

—Doña Manuela, déjeme acompañarla a su casa. Rezaremos por su sobrina en la capilla del ayuntamiento.

Finalmente, todos respiraron pues la mujer salió del bar. León sacó una botella de cava aragonés para celebrar la tranquilidad de librarse de semejante mujer.

—Invita la casa, Leia, saca copas para todos.

Leia asintió y sacó una docena de copas, que era el número de parroquianos más o menos que había en el local. Abrió la primera botella con sorprendente fuerza en sus delgados brazos y comenzó a llenar copas.

Rómulo y Anastasia también estaban allí y los demás seguramente de

camino. Samuel traería a la nueva vecina. Muriel había invitado a Jorge, que pasaría una semana en Escondido aprovechando sus vacaciones de invierno. Al final, iban a estar muchos más de los que normalmente se reunían. Se unirían también Tobías, Horacio y la maestra, Saturna.

Hace unos años, todos los que no tenían amigos o familia con los que juntarse en Navidad, decidieron comer todos juntos. El año pasado estaba Soledad, este año, pocos sentirían su ausencia. En el fondo, no era una chica muy popular y apreciada.

El ambiente festivo se respiraba en el bar, pues todos los que estaban allí habían sido agraciados con la lotería. Era el mismo que se podía encontrar en cualquier bar donde hubiera personas deseosas de celebrar las fiestas, aunque dichas personas fueran un tanto distintas.

El sargento Lagunas estaba con su esposa. Revisaban un folleto de viajes. En verano harían ese crucero con el que tanto había soñado. Los señores que jugaban habitualmente a las cartas se tomaron una copa de cava y se retiraron a sus casas. Este año las propinas a los nietos serían bien abundantes. Poco a poco los que tenían que marcharse se fueron y los que tenían que venir llegaron. Sonia estaba un poco apartada, aunque sin darse cuenta se fue integrando. Una sombra casi negra rondaba en el exterior, pero no había conseguido entrar. En ese lugar, por el motivo que sea, se estaba a salvo.

Samantha se acercó a la joven, que en ese momento bebía distraída una copa de cava mientras miraba otro de los cuadros claramente pintado por Samuel. Se veía su estilo minucioso en cada pincelada. Esta vez era un cuadro de unas rocas, con un pequeño lago alrededor.

—Es la roca de la luna. Un sitio precioso que deberías visitar, si no te molestan demasiado —Samantha sonrió a la sorprendida chica.

—¿A qué se refiere?

—Querida, aquí no tienes que esconder tu don. Se ve a la legua que eres médium. Tal y como miras con disimulo a los que están fuera. Imagino que no quieres que sepan que los puedes ver, para que no te molesten —la chica asintió sin contestar—. Tranquila, aquí estas a salvo. Me he encargado de realizar protecciones para los principales edificios del pueblo. Eso sí ten cuidado en la calle, porque allí no hay protección. Si quieres, pásate por mi casa mañana y te daré un amuleto.

—Muchas gracias —sonrió Sonia, más aliviada.

—Aquí no todo el mundo es lo que parece. Hay muchas cosas que tendrás que aprender si quieres estar un tiempo por aquí. Y la primera es a protegerte.

—Mi abuela me enseñó algunas cosas, pero por su enfermedad, no llegó a completar mi aprendizaje. Me dijo que mi don era fuerte, ¿sabes?, que era un regalo, pero yo creo que es una maldición.

—Tu abuela tiene razón. Poder comunicarte con los desencarnados es un don muy poderoso, pero tienes que protegerte porque pueden poseerte e incluso obligarte a hacer cosas que no quieres. Además, los desencarnados que hay en este pueblo en vida fueron personas con ciertos dones, por lo que son mucho más poderosos, tienen una gran energía, y algunos están muy enfadados.

Sonia tragó saliva. Ya había notado ciertas presencias en la calle y había salido casi corriendo hacia el bar. ¿Cómo podría vivir aquí si continuamente era asaltada por entes terribles?

—Querida, todos somos susceptibles de ser atacados por entes y otros seres que ni podrías imaginar —Samantha pasó su brazo protector sobre la chica—. Acabas de llegar a un lugar mágico, un vórtice de energías muy poderosas. Ni siquiera yo sé qué consecuencias puede tener para nuestras vidas. Hasta ahora vivíamos en calma, pero presiento que algo va a cambiar. Quizá por eso estés aquí. No lo sé. En cierto modo, estoy ciega acerca de las circunstancias presentes.

Samantha se apartó pensativa y dejó a Sonia con mil preguntas en su mente. Lo que sí tenía claro es que pasaría a por uno de sus amuletos mañana mismo.

Leia tocó con un cuchillo una copa llamando la atención de todos. Ya era la hora de comer y la mesa estaba preparada. El ambiente era muy alegre. De todas formas y a pesar de todos los acontecimientos tristes, ¡era Navidad!

Rómulo se sentó en la cabecera de la mesa. Sonia lo miró. Deseaba hablar más con él, pero siempre estaba rodeado de unos u otros. A su lado, Samuel, luego Anastasia, Muriel y ella. Muriel la había tomado bajo su ala como si fuera un perrito abandonado. En el otro lado, Leia con Tobías, Horacio, Saturna y León, enfrente de Sonia. En la segunda cabecera se sentó Samantha. Eran las dos personas que dirigían el pueblo, sin acritud, por supuesto.

La mesa estaba llena de platos especiales. La lotería cambió ligeramente el menú ya que Leia había viajado a Huesca para comprar aperitivos muy deliciosos. Desde delicados langostinos de Vinaroz, ostras, langosta, foie, y demás delicatessen que no tomaban habitualmente. O nunca. El vino y el cava corrían a raudales por toda la mesa, excepto por ambas cabeceras. Ninguno de los dos probaba el alcohol, aunque sí picoteaban la comida.

León observó por primera vez a la silenciosa chica de ojos grandes.

—Y dime, Sonia, ¿qué te trae por aquí? —León rompió las reglas de no preguntar, pero de alguna manera, quería saber de ella.

—Mi abuela, me dijo... me dijo que viniera. Y la verdad, me alegro. Es un sitio muy bonito. No sé más, lo siento.

Sonia se metió un pedazo de pan en la boca para no poder hablar más. Estaba ligeramente colorada porque él le había prestado atención.

—Ah ya veo. Me alegro de que hayas venido. Todo el mundo es bienvenido. Creo que te gustará. Es verdad que a veces pasan cosas, pero no es lo habitual.

León bajó la cabeza hacia su plato. Nunca había sido un tipo muy hablador y ahora se sentía medio culpable, medio aliviado por la desaparición de Soledad.

—Lo entiendo, gracias. Yo desearía vivir en paz.

—Vamos chicos, hay que animarse —Muriel sonrió a ambos— ¿un poco más de cava?

La cena fue desperezándose como un caracol hacia el sol, acabando con un éxito total. El comedor del Amazonas brillaba con la energía de alegría de los invitados. Las sombras rondaban envidiosas las cristaleras del bar. Ninguna había podido pasar, ni siquiera aquella que se había pegado al aura de Jorge. Sus ojos encendidos miraban con furia desde fuera del cristal, espantando a las demás sombras, que miraban desde un rincón la poderosa energía oscura.

Rómulo procuraba no prestarles mucha atención, y Samantha hacía lo mismo. Estaban en alerta, por si alguno conseguía traspasar la barrera, pero sin mirarlos fijamente. Hacían como si no supieran que estaban, para no darles más importancia y más energía de la que robaban a los vivos. La alegría y las almas puras de muchos de los comensales eran como luces que hipnotizaban a las sombras. Y cuanto más oscuras eran las sombras, más se sentían atraídas. Ambos habían hablado sobre una nueva sombra oscura. Sospechaban que pudiera ser Soledad, pero cuando ella estaba viva, no había atisbo de maldad absoluta, como la de la sombra. Era una chica egoísta y malcriada, pero no mala. Quizá se hubiera escapado alguien del vórtice. En cualquier caso, una médium era justo lo que necesitaban ahora. Rómulo recordó la conversación que había tenido con Samantha antes de cenar.

—¿Qué te parece la nueva chica? —le había preguntado la anciana.

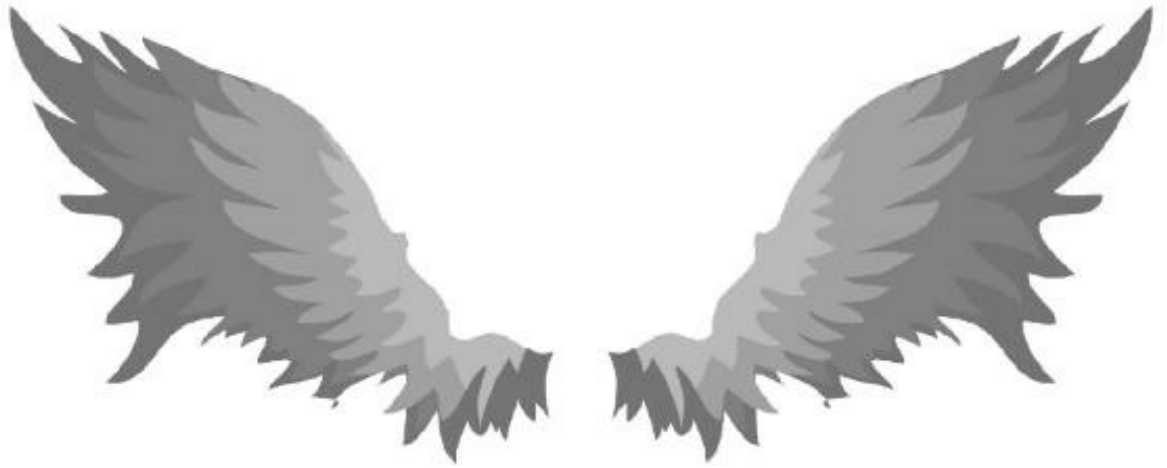
—Es demasiado joven. Tenía que haber venido su abuela —contestó Rómulo preocupado.

—Quién sabe —le dijo Samantha— a veces las chicas aparentemente débiles tienen en su interior un gran poder, aunque no lo sepan.

Rómulo volvió a la comida y a la conversación sobre ideas y sueños que les había dado la lotería a todos.

Recogieron todo entre los comensales y se retiraron hacia sus casas. Rómulo se quedaría en casa de León, Muriel y Samantha volvieron hacia su casa, acompañadas de Jorge. Samuel, Anastasia y Sonia caminaron juntos hacia la casa rural, donde también vivía Tobías, aunque él primero acompañó a Leia que sonreía satisfecha como una colegial a quien han puesto un diez por su examen. Horacio acompañó a Saturna, y con cada uno de ellos, casi por costumbre, les siguió una nube gris de las más claras, y la más negra siguió a Jorge, intentando volver a introducirse en su aura, pero la bruja Samantha extendió su mano recitando un antiguo salmodio de protección y la hizo chocar con una barrera invisible.

No importaba, tenía paciencia, y mucho tiempo. Todo el tiempo del mundo.



Capítulo 10: La primera vez

Detrás de la casa donde Samantha vivía se encontraba la de Muriel. Tras dejar a su maestra dentro, Jorge y la aprendiz de bruja se dirigieron hacia allá. Pensaban pasar la noche juntos, y esto, unido a las copas de cava, les hacía soltar risitas tontas de vez en cuando.

Muriel abrió la puerta y pasaron. Era una casita de dos plantas, construida en piedra, más grande de lo que parecía por fuera. Estaba decorada con muebles de los años sesenta o incluso más antiguos.

Ella se dirigió hacia la chimenea para encenderla. Hacía frío en estas casas, no como fuera, por supuesto, pero carecían de calefacción. Solo las casas rurales y alguna un poco más lujosa se habían puesto radiadores eléctricos. Quizá ella podría ahora. El fuego chisporroteó enseguida y entraron en calor, por lo que la ropa comenzó a desaparecer. El sofá de delante de la chimenea podía ser un buen lugar para entregarse a la celebración no de la Navidad, sino de la fiesta más agradable y satisfactoria para cualquier ser humano: el sexo sin compromiso.

Jorge era un amante cuidadoso y atento y ella, al principio tímida, desató su energía interna y se entregó al amor con todo su ser. Ambos cabalgaron juntos durante horas, sin ser conscientes de ello, hasta que casi dormidos por el agotamiento, se cubrieron con la vieja manta de punto, y se abandonaron totalmente al sueño, sabiendo que allí estaban seguros.

Los ojos de la ventana no habían perdido detalle y rabiaban terriblemente, convirtiendo su color en una oscuridad horrorosa.

La mañana los encontró abrazados. Jorge acarició la melena suave de Muriel y siguió el contorno de su rostro y brazo. El sofá era bastante amplio y habían dormido muy bien. Muriel abrió los ojos.

—¿Tienes hambre? Prepararé un desayuno estupendo, aunque también podemos bajar al Amazonas. León hace unos cruasanes de lujo. ¿Te apetece? Aquí solo tengo cereales, la verdad.

—Me gustaría, lo que tú quieras —el hombre miraba como hipnotizado a

la joven.

Ella se sentó frente a él y suspiró. De nuevo había vuelto a pasar. El chico estaba total y absolutamente supeditado a ella. Y Muriel no quería eso. Algo pasaba cuando hacían el amor por primera vez. Le pasó con Marcos y apenas pudo con ayuda de Samantha revertir el conjuro. Total, para que él se acabara marchando del pueblo. Ni siquiera le había escrito desde que se fue. Nada. La había olvidado totalmente.

—Jorge, mírame, por favor —el joven le miró obedientemente— quédate un momento ahí, sentado, ¿de acuerdo?

El joven ni rechistó. Se quedó mirando embobado a la joven que buscaba su grimorio con las anotaciones que hizo cuando ocurrió lo de Marcos. Esperaba que le saliera bien, si no, tendría que llamar a Samantha. Tomó su athame y cortó ligeramente la yema del joven. Llevó la sangre a un pequeño papel donde había escrito *ut libero*. Comenzó a repetirlo. Yo te libero, *ut libero, ut libero*, hasta que la sangre comenzó a volverse transparente y echó el papel a la chimenea. El joven cerró los ojos y se deslizó en el sofá.

Decía Samantha que este conjuro no tenía muchas secuelas, pero casualmente fue a la semana que lo hizo cuando Marcos se fue. Tal vez lo liberó «demasiado». Quién le mandaría encapricharse de otro chico tan pronto. Esperaba que Jorge estuviera bien.

—Jorge, despierta, ¿nos vamos a desayunar al bar?

El joven parecía algo atontado, pero ya no tenía esa mirada sumisa, ahora ya miraba de forma normal. Muriel sonrió satisfecha. Se vistieron tras asearse y se fueron hambrientos hacia la cafetería. La joven caminaba deprisa delante de Jorge, que de nuevo se sentía mareado, algo había cambiado, y una parte de él, esa que siempre había mantenido oculta, estaba llamando a su puerta, como aquel ex amigo que después de hacerte la vida imposible, vuelve contrito a suplicarte perdón, a sabiendas que no ha cambiado, que nunca cambiará, y que en cuanto tenga ocasión, volverá a jugártela. Tenía que irse cuanto antes.

S onia se cruzó con Muriel y Jorge que bajaban la cuesta que llevaba a casa de Samantha. Estaba claro que habían pasado la noche juntos con diferentes resultados. Ella sonreía, él parecía preocupado, quizá atormentado. No pensaba que pasar la noche con una bruja fuera tan malo. Una nube gris los seguía, pero ella no quiso mirarla. Como si no fuera con ella. Saludó a la parejita y subió hasta casa de la bruja. Necesitaba ese amuleto ya. Su abuela poseía uno, pero cuando salió de viaje, no se atrevió a cogerlo. Tal vez ella lo necesitara en el mundo de las sombras donde estaba ahora.

Samantha abrió la puerta antes de que ella llegara a llamar. Se le veía preocupada y ojerosa.

—Pasa, Sonia, pasa.

—Gracias, Samantha, es muy amable por proporcionarme un amule...

—Déjalo ya. Siéntate. —la mujer parecía enfadada ahora— Mira, niña. Esperábamos a tu abuela, sinceramente. Pero tengo fe en ti y veo tu potencial. Eso sí, tendrás que hacerme caso, porque están sucediendo cosas extrañas y terribles. Una tras otra.

—Bueno, siento no ser mi abuela. Ella está en coma, ya sabe —Sonia contestó molesta, metiéndose las manos en el bolsillo. No sabía si marcharse o echarse a llorar.

—Lo siento, Sonia. Estoy muy nerviosa porque no soy capaz de ver lo que pasa. Necesito tus capacidades. Siéntate, por favor. ¿Has desayunado?

Ella negó con la cabeza y se sentó en la mesa redonda. La mujer puso el agua caliente en la mesa en una vieja tetera de hierro que cogió con un paño y sacó dos tazas de la alacena. Puso también una caja metálica que abrió. Contenía galletas caseras que Sonia miró con hambre. No había desayunado en la casa rural, todos estaban durmiendo y no había querido molestar. Pensaba acudir al Amazonas, pero aceptaría gustosa un té y una explicación.

Samantha sirvió el té que olía deliciosamente a menta, justo lo que necesitaba. La menta siempre despejaba su mente, como si cerebro obtuviera más sangre, cosa que necesitaba ahora para pensar. Suponía que la bruja lo sabía. Ella sonrió como si adivinara su pensamiento. Ambas sorbieron el té endulzado con miel de eucalipto que traía Horacio para su panadería. Sonia esperó que los efectos del té despejaran su cabeza. En realidad, también tenía algo de resaca.

—Bien, niña. Te voy a contar una historia que quizá desconozcas. Hace muchos años, una antepasada de Muriel llegó a este lugar. Fundó, junto con otras personas, digamos, especiales, este pueblo. Fueron atraídos como moscas a la miel, pues aquí se encuentra un lugar especialmente energético. ¿Sabes qué son las líneas Ley? —Sonia negó— hay ciertas estructuras, iglesias, monumentos muy antiguos, que están unidos por esas líneas. Se les llama también vías espirituales. Son líneas energéticas, para que me entiendas, como si fueran las arterias y venas de la tierra. Justo en este punto, aquí donde estamos, se supone que no hay nada, ninguna pasa por aquí. Pero es porque hasta ahora, nadie nos ha visitado. Digamos que este lugar es un punto intermedio entre la línea que pasa por Roncesvalles y la Seo Urgel.

Samantha hizo una pausa para saber si Sonia se estaba enterando, y la chica la escuchaba atentamente, tomando una de sus galletas de la verdad.

—¿Y entonces? —Sonia la animó a seguir.

—Las líneas ley se trazan desde ciertos monumentos y lugares con gran energía, por ejemplo, tú conocerás el santuario de Lourdes —la chica asintió— y muchos más que no voy a enumerar. Lo que descubrió la antepasada de Muriel es que aquí se encuentra uno de los centros de energía más potentes de Europa. Y que se mantiene cerrado con un delicado equilibrio. Equilibrio que está desestabilizándose en estos momentos.

—¿Y eso por qué?

—No lo sabemos. Somos muchos los que cuidamos de que no pase nada, pero ahora mismo estamos ciegos a lo que está ocurriendo.

—¿Qué pasaría si se abriera ese vórtice?

—¿No te lo imaginas? Tú has visto esas sombras oscuras, cuánta maldad hay en ellas. ¿Qué piensas que podría ocurrir si lo que se haya retenido, saliera?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sonia y comenzó a temblar pensando en todas las consecuencias que podrían producirse en el mundo. Hace tiempo, cuando empezó a trabajar con su don, una sombra gris la tomó de rehén durante una semana. Su abuela no quiso hacer nada, no quiso liberarla; debía ser fuerte y vencerla por sí misma. Ella hubiera agradecido una ayuda, pero al final, comprendió que ella y solo ella debía luchar contra aquellas sombras que intentaban poseerla y aprovecharse de su cuerpo mortal.

—Ya veo que sabes qué podría pasar. Por eso necesitamos unos ojos como los tuyos, aunque tengas poca experiencia. No debes dejarte influenciar por las sombras. Como te dije, en el pueblo hay de todo, pero multiplicado por mil. Muriel y yo protegemos el lugar, somos las brujas del pueblo y nadie hará algo que no deba en él. Además, hay otros que lo protegen.

—¿Rómulo?

—Sí, y Tobías. Sin embargo, sus esfuerzos han resultado inútiles. Se ha producido un asesinato, quizá influenciado por esencias surgidas del lago. No lo hemos visto venir y, sin embargo, ya está aquí.

—¿Quién?

—El Mal.

Sonia se quedó callada. Estaba realmente asustada. Samantha fue hacia un armarito donde tenía varios adornos, colgantes y piedras. Pasó la mano sobre todas y al llegar a una de color negro, el colgante se despegó del armario y se

acercó a su mano. Lo descolgó y se dirigió hacia la encimera donde encendió un sahumero. Pasó el colgante por encima del humo recitando unas palabras en latín en voz baja. Tras el ritual de purificación, se acercó a la joven.

—Me imaginaba que la piedra adecuada sería la turmalina negra, pero está confirmado. Llévala sobre tu piel, necesita calor para que funcione. Y si notas que decae su energía, la pones en un vaso con sal toda la noche. Si puedes, cárgala con la luna llena.

Sonia asintió y se puso el colgante de cuero negro con la piedra negra atada con una especie de cordón fino de plata. Era muy bonito.

—Tendré que pagarte algo, es un collar muy fino, yo no puedo permitir...

—Tranquila, ya me lo cobraré —interrumpió Sam—. Pasado mañana empezarás a trabajar en el ayuntamiento y necesitaré que escuches y mires. Y me cuentas. Creo que hay algo allí que no me cuadra.

Ella asintió sorprendida. No sabía qué iba a ser de su vida y Samantha ya le había dicho que iba a trabajar en el ayuntamiento. Parecía que habían planificado su vida.

—Ahora, vamos al Amazonas. Allí estarán todos. Y yo tengo que hablar con Muriel. Esta chica ha vuelto a hacer de las suyas.

Volvieron a ponerse los abrigos y gorros. Sonia llevaba una cazadora de esquí de segunda mano que resultaba muy apropiada para no pasar frío. El gorro de punto le cubría toda la cabeza, casi hasta los ojos. Era un poco más bajita que Samantha. Ella caminaba a muy buen paso por la nieve como quien lo hace por un jardín. Ni siquiera llevaba gorro y su chaquetón de piel vuelta estaba abierto, enseñando su jersey fucsia y sus pantalones vaqueros. Menos mal que al menos llevaba botas. Bajaron por la calle que llevaba a la plaza en pocos minutos.

El bar Amazonas estaba animado. Todo lo animado que puede estar cuando había menos de dos mil habitantes en el pueblo. Pero era veintiséis de diciembre y las personas estaban alegres porque sí. La televisión mostraba un refrito de los especiales de Navidades, con actuaciones de famosillos y cantantes a punto de la jubilación que como siempre eran fieles a todas las fiestas. Aunque era solo una música de fondo. Nadie hacía caso de ellas. Todos estaban disfrutando del chocolate caliente que había preparado León, especialmente indicado para las resacas, cocinado según su receta secreta, llevaba algo de ron, agua de coco y menta.

Samantha y Sonia entraron en el café olisqueando el delicioso aroma del chocolate y los cruasanes recién hechos, que hicieron que el estómago de

Sonia se estremeciera de emoción.

Había también un par de mesas ocupadas con los mayores del pueblo, como siempre jugando a las cartas. También se habían animado a tomar chocolate, y por supuesto, la mesa de Rómulo, que nadie se atrevía a ocupar, porque siempre estaba allí. Sonreía a las recién llegadas. Estaba acompañado de Muriel y Jorge que devoraban una gran taza de chocolate.

León las saludó con un gran abrazo de oso. Como siempre, iba en manga corta, dejando ver esos brazos suavemente velludos, tallados en mármol, que hicieron que a Sonia se le fuera el hambre de chocolate. Ahora quería probar otra cosa.

—Me alegro de verte, Sonia. Veo que has sobrevivido a mi cena.

—Yo también me alegro mucho de verte —ella sonrió tontamente. ¿Por qué había dicho eso? Se puso colorada y se sentó junto a Muriel.

Samantha sonrió. Sus galletas eran increíbles. Hacían que todo el mundo dijera la verdad, quisiera o no. León les llevó un gran tazón de chocolate humeante, sin que ellas lo solicitaran. En la mesa ya había multitud de galletas y bollos caseros, así que comenzaron a mojarlos en el delicioso y cremoso brebaje. Muriel sonrió a Sonia y evitó la mirada de su maestra. Seguramente sabía lo que había pasado, pero al final lo había arreglado. Jorge parecía estar bien, como antes de hacer el amor. Quizá estaba un poco más serio, pero tampoco era algo raro. Aunque sí le había dicho que tenía que salir esta misma tarde hacia Huesca, una compañera estaba enferma y tenía que sustituirla.

Un pequeño huracán entró en el bar. La alcaldesa finalmente se había decidido por continuar sus visitas diarias al Amazonas. Porque era el bar más cerca del ayuntamiento, y porque León nunca le cobraba. En el fondo, era pura rutina. Sin embargo, esperó hasta que Leia le atendiera. No quería saber nada del tipo grande. Leia le sonrió cortesmente y le puso un café con leche con una magdalena.

—Oye, Leia, ¿tú no tendrás alguna amiga o conocida que quiera trabajar en el ayuntamiento? Necesito alguna joven ya sabes, para sustituir a mi sobrina. Se me acumula el papeleo y no tengo tiempo de nada.

Samantha se acercó silenciosamente, sobresaltando a la alcaldesa.

—Manuela, una prima mía ha venido a la ciudad, y puede que se quede unos meses. Ella podría ayudarte, si te parece —se giró hacia Sonia— Sonia, ¿puedes venir un momento?

La chica se acercó y Samantha se la presentó a la alcaldesa, que la miró con ojo crítico.

—Bueno, depende un poco del currículum que tengas, ¿sabes usar un ordenador?

—Sí, señora. He trabajado en una asesoría durante dos años y antes en un despacho de abogados.

Sonia evitó decir que ella era abogada. Aunque apenas había ejercido, por todos los contratiempos que le daba su don. Quería ese trabajo, para pagar su amuleto de alguna forma y, por otra parte, los ahorros desaparecerían un día de estos. Todo el tiempo que se quedase en Escondido, al menos que le sirviera para conseguir algo de dinero.

—Ah, eso es una buena noticia, tener una ayudante que tenga experiencia en oficinas es perfecto. Mañana empiezas. Estarás quince días a prueba, por supuesto. ¿Sabes dónde está el ayuntamiento? —Sonia asintió— De acuerdo, mañana a las nueve allí.

—Muchas gracias, señora alcaldesa.

—Oh, por favor, llámame Manuela —pero se ruborizó satisfecha ante el trato de respeto que le había otorgado la chica. En el fondo, había dado en el clavo.

—Muy bien, pues todo arreglado. Sonia, vamos a terminarnos el chocolate, que se enfría —Samantha se la llevó de nuevo a la mesa.

Se volvieron a sentar mientras la alcaldesa acababa su magdalena y se dirigía al ayuntamiento felicitándose por su suerte.

—Enhorabuena, Sonia —Rómulo, callado hasta ahora, felicitó a la joven. Ella le miró sonriendo. Todavía le intimidaba un poco.

—Gracias —dijo tímidamente.

Jorge y Muriel se fueron a pasear un ratito, de hecho, la joven estaba deseando salir de la mirada inquisitoria de su maestra. A pesar de que ahora era un sitio casi macabro, quería enseñarle la piedra de la luna a la luz del día y quizá estar dentro un ratito.

Samantha y Rómulo se quedaron mirando a la joven que terminaba el chocolate.

—¿Y bien? —dijo Samantha.

—Bien, ¿qué? —Sonia levantó la vista haciéndose consciente que estaba con los dos más altos personajes del pueblo.

—En realidad, nos gustaría que nos contases qué has visto hasta ahora. Aprovechando que estamos solos —contestó pacientemente Rómulo.

—Ah, eso. Bueno, la verdad he visto muchas sombras grises de distinto tonos. Algunas blancas, y también he visto una negra.

—Ya veo —Samantha se acarició la barbilla pensativa —¿Puedes describir a la sombra negra?

—No la quise mirar. No quise que supiera que la veía. Solo la miré de refilón, pero no estaba muy definida. Cuando veo las sombras, si no las miro directamente —Sonia comenzaba a ponerse nerviosa— no veo nada más que un humo gris. Solo cuando la miro donde estaban los ojos es cuando veo a la persona que fue. Y no quiero mirar esa sombra negra.

—Querida, tendrás que hacerlo —Rómulo le cogió de la mano infundiéndole valor— Sam te ha contado que algo malo ha llegado al pueblo y debemos averiguar qué es y por supuesto, echarle. Pero para eso necesitamos saber quién o qué se esconde tras la sombra negra. Deberás ser valiente. Nosotros te vamos a proteger.

Sonia comenzó a temblar recordando sus malas experiencias con las sombras. Agarró la turmalina y comenzó a calmarse un poco. Samantha asintió.

—Eso es, muy bien. Cuando tengas miedo, toma la piedra entre tus manos. Además, eso que temes no puede ocurrir mientras la lleves puesta. No solo es turmalina, sino que tiene un ritual muy fuerte de protección. Nadie volverá a poseerte, excepto claro, que tú quieras —miró de reojo a León sonriendo. Sonia se sonrojó.

—¿Por dónde la has visto? —Rómulo siguió con la conversación.

—Por la calle. Y el otro día, ayer por la noche, estaba tras el cristal. Sentía su odio muy fuerte.

—Sí, nosotros también lo sentimos, pero no fuimos capaces de verla. Apenas una leve oscuridad —contestó pensativo Rómulo.

—Es una sombra bastante grande, como de unos dos metros de alto por metro y medio de ancho. Densa en el centro, algo más clara en lo que le rodea. Es todo lo que he visto.

—De acuerdo, Sonia. El ayuntamiento no está protegido, por lo que allí puede que encuentres otras sombras. No las mires. Solo céntrate en la negra. ¿Tienes móvil? —ella asintió— dámelo, te hago una llamada y así tienes mi número. A veces falla la cobertura, pero por lo general, suele ir bien.

—No te preocupes —insistió Rómulo— llevo protegiendo este pueblo durante muchos años, y podían haber pasado cosas muy graves, que ni Samantha conoce. Igual te protegeré a ti.

Ella asintió y miró con ojos tristes hacia León que en ese momento estaba abriendo una lata de conservas con su sonrisa perenne. No es que se hiciera ilusiones con ese chico, seguramente no sería para él, pero ahora con esto,

cuando todo se complicase, tendría que irse.

—Creo que voy a dar un paseo. Necesito bajar el chocolate —Sam y Rómulo asintieron mientras la chica salía del bar. Caminó sin levantar la cabeza mientras las sombras la rodeaban sin llegar a tocarla. Al menos la turmalina funcionaba.

—¿Qué opinas? ¿Podrá hacerlo? —Samantha miró a Rómulo que reposaba el café en silencio.

—Es muy joven, como te dije. Hubiéramos necesitado alguien con más experiencia, como su abuela. Pero si ella nos la ha enviado, será por algo. Es una mujer muy sabia, como sabes. Aunque no te cayese bien en su momento.

—Bueno, fueron cosas de los aquelarres. En ese momento había mucha rivalidad, ya sabes. Éramos jóvenes y se decían muchas tonterías. Yo siempre respeté que Teresa se fuera a la ciudad. Hay personas que no están preparadas para vivir en el campo.

—¿Y qué ha pasado esta noche con tu aprendiz?

—Esta chica... tiene una maldición con sus amantes. Cada vez que se acuesta con un hombre, en la primera vez, su energía es tan fuerte que les fríe el cerebro. Pero creo que lo ha arreglado. Espero que no tenga consecuencias, como con Marcos.

—Menuda maldición. —Rómulo se quedó pensativo— Ese chico, Jorge, tiene algo que no me convence.

—Lo sé, pero comió mis galletas. Y no pareció peligroso. Ya veremos.

Samantha se despidió de todos y se dirigió hacia su taller. El aire frío había cambiado de dirección y soplaba del norte, trayendo el hedor de la laguna. Se estremeció al recibir una visión de fuego y destrucción. Sintió que su cuerpo se debilitaba y se apoyó en un muro. Allí fue donde la encontró Muriel, que subía sola la cuesta hacia la misma dirección.

—Sam, ¿estás bien? —la joven se acercó a su maestra y la sostuvo hasta que se recuperó.

—Sí, he tenido una visión, borrosa, pero terrible. Ya se ha pasado —Sam dio unas palmaditas en la mano de Muriel.

—Vamos, te haré un té en casa.

—¿Dónde está Jorge? ¿Se ha ido?

—Sí, tenía cosas que hacer. Creo que la he fastidiado, Sam. Se quedó tan pillado que tuve que hacer el mismo conjuro que con Marcos. Y con el mismo resultado. Se ha ido.

—Tranquila, si es para ti, volverá. Y si no vuelve... no vale la pena que

sufras.

—Ay, Samantha, ¿es que nunca podré tener una relación normal? Tal vez tendría que hacer como mi madre y marcharme del pueblo.

Samantha miró tristemente a la joven. Entraron en casa y ella se puso a hacer el té. La maestra la miró con cariño. Cuando su abuela murió, su madre se fue del pueblo. Ella siempre se sintió atrapada aquí, y una vez que su madre, que era el único pariente vivo que le quedaba se fue, no tenía ninguna razón para quedarse, por mucha tradición que tuviera. Se había quedado embarazada de un turista italiano, dijo, pero el turista la abandonó. Solo quería pasar un buen rato. No le importó porque tuvo a su pequeña Muriel. Pero cuando ella cumplió los cinco años ya no aguantó más y se fue. Viajó hasta Pamplona y allí trabajó durante muchos años en una tienda de ropa. La madre de Muriel era muy bonita. Se casó con el propietario cuando Muriel tenía nueve, y para ella fue su verdadero padre. Pudo comenzar a estudiar biología. Siempre le habían encantado las plantas, aunque no supo nada de su verdadera naturaleza hasta que un cáncer de pecho se llevó a su madre. Sam acudió al entierro y le contó por qué debía volver al pueblo de sus ancestros. Su padrastro no estaba a favor, pero ella tenía curiosidad de saber algo de sus orígenes. Su madre jamás le contó nada. Así que un verano viajó a Escondido, de eso ya hace más de cuatro años, y ya no volvió a su casa.

—¿Le has dado una turmalina a Sonia?

—Sí, la va a necesitar. Y Muriel, tenemos que hablar. Llevas conmigo unos cuatro años como aprendiz, sabes usar las plantas, y preparar rituales y hechizos. Pero no has desatado tu verdadero poder. Y necesito que estés preparada.

—¿Cómo? Yo pensé que... —la joven se veía confusa.

—No, cuando eras pequeña, tenías muchas capacidades, pero pensé, pensamos, tu abuela y yo, que quizá no podrías sobrellevar todo a la vez. Por eso decidimos atar algunas de tus capacidades, para que no te sobrepasaran.

Muriel se echó hacia atrás con mala cara. ¿Era eso posible?

—Explícame eso, ahora —la chica estaba molesta.

—Lo siento, lo hice por ti. Lo hicimos para que tuvieras una vida más o menos normal. Rómulo también pensó lo mismo.

Ella se levantó y se fue hacia la chimenea, a azucar el fuego. Tomó un palo y golpeó las brasas enfadada. Se sentía engañada y algo decepcionada.

—Lo siento —repitió Samantha— ahora puedo desatar todo lo que até. Tu abuela sabía que tenías un gran poder. Me dijo... me pidió que te protegiera.

Que hiciera todo lo posible porque estuvieras a salvo. Y es lo que hice.

—Está bien —Muriel se giró hacia ella— ¿Qué es lo que me has quitado?

La maestra no pudo evitar un rictus de tristeza. Le indicó que se sentara de nuevo junto a ella.

—En luna llena. Dentro de dos días, te devolveré todos tus poderes. Pero escucha bien —Sam tomó las manos de su querida aprendiz— lo que tienes dentro es muy grande. Es más de lo que yo podría soñar para mí. Y es importante que aprendas a controlarlo, que no te domine. Porque si esa fuerza te dominase, te podría consumir hasta matarte. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo, pero ¿tan débil me crees que no pueda llevar algo que se me ha dado por naturaleza? Tú siempre dices que la vida no te da nada que no puedas llevar. Me has robado algo que me pertenecía.

Muriel retiró las manos de su maestra.

—Te veré en dos días.

Salió de la casa acalorada y muy enfadada. El día de hoy había sido uno de los peores de su vida. Incluso más que cuando Marcos se fue. Esta mañana, cuando fue con Jorge a la roca de la Luna, se negó a entrar en la cueva, dijo que se sentía incómodo, y después todo fueron excusas hasta que finalmente se había ido. Ella sabía que le mentía y sin embargo no pudo hacer nada. Y ahora se enteraba que Samantha le había estado engañando todo este tiempo. Su madre le había contado que había personas que le envidiarían. Ella, en ese momento no comprendía por qué, pero ahora sí.

Bajó la cuesta casi corriendo y se dirigió sin ser consciente hacia la laguna. Era un sitio al que muy poca gente acudía. Sus aguas solían estar estancadas y siempre había moscas y mosquitos que acudían al barro y restos de animales despistados que iban a beber allí y acababan envenenados. La superficie era como un espejo, quieta y oscura, pero nadie pescaba o se bañaba allí. Muriel se apoyó en uno de los negruzcos árboles que la rodeaban. Sus pasos la habían llevado hasta allí. Gritó desahogándose y los pocos pájaros que había en la zona salieron volando. La ira se apoderó de ella y su cabello comenzó a cargarse de energía. Alzó las manos hacia el cielo mientras una corriente eléctrica la rodeaba, erizando su piel y extendiendo su melena a su alrededor como si de un halo se tratara.

Pensaba que podía explotar, ella siempre había sido una persona pacífica y alegre y ahora sentía crecer en su interior una ira inusitada.

Una bruma comenzó a formarse encima de la superficie. Una bruma gris y espesa avanzaba hacia ella, que seguía de pie, con los brazos extendidos y los

ojos cerrados, con un salvaje grito interior. Las pequeñas chispas que la rodeaban se iban convirtiendo en más frecuentes y grandes. Pero ella estaba descontrolada, no podía pararlo. Una mano se puso en su hombro y por fin la electricidad y el ambiente cambió y se fue disipando, al igual que la bruma, que volvió al lugar de donde había salido.

Muriel se desmayó y el hombre la cogió en brazos, y a pesar de ser más alta que él, la llevó como si fuera una muñeca. Subió la cuesta que llevaba al taller. Samantha ya los esperaba con la puerta abierta.

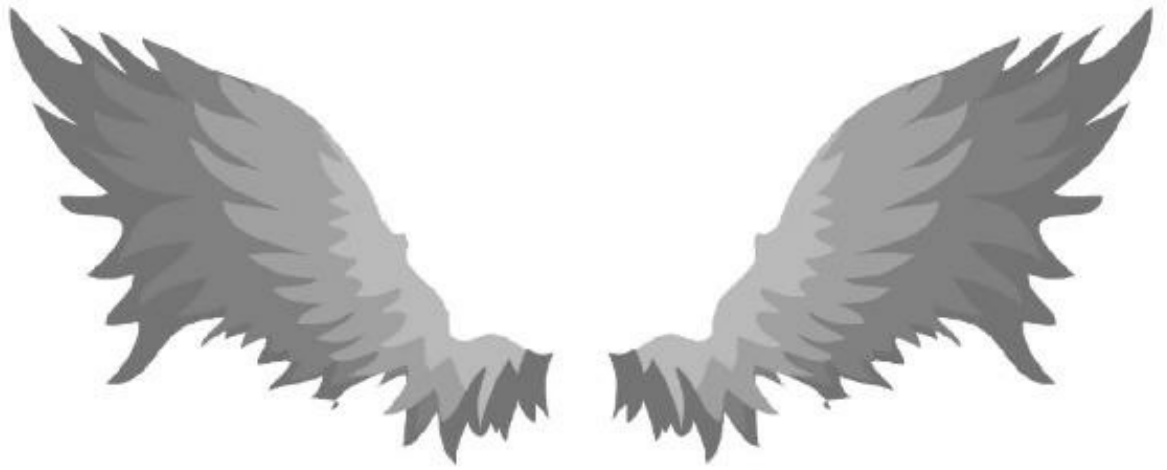
—Gracias a la diosa, Rómulo. Has llegado a tiempo.

El hombre depositó a la desmayada joven en la cama de la habitación.

—Llamó a la bruma, Sam. ¿Estás segura de querer desatarle los poderes?

—Se lo debo. Y ella es buena de corazón, de eso estoy segura. Creo que si aprende a controlarlos será una gran aliada para lo que viene.

—Está bien, confío en ti. Como siempre. Avísame cuando despierte. Creo que dormirá unas cuantas horas.



Capítulo 11: Las sombras

Sonia se levantó muy animada; empezar a trabajar, aunque fuera con Manuela, la alcaldesa que pensaba que ese pueblo era su propio corralito, le hacía ilusión. Le daba una sensación de normalidad que hacía tiempo no sentía. A las ocho y cuarto ya estaba tomando en el Amazonas, un café con leche y dos bollos. Era la primera cliente del bar y León la atendió con toda amabilidad. «Solo es amable, igual que con todos», se recordó ella.

Desayunó mirando las noticias que como siempre, no había nada bueno.

—Así que, en el ayuntamiento, ¿eh? —León se sentó con un café a su lado. Ella se sonrojó.

—Sí, eso parece. Siento... siento lo de tu novia. Sé que ella trabajaba allí.

León miró con tristeza a la joven pecosa. Tenía unos bonitos ojos tristes, grises como el cielo de tormenta.

—No te preocupes. La vida sigue. Y alguien tiene que ayudar a Manuela. Solo ella y un empleado en el ayuntamiento no dan abasto. Seguro que puedes contribuir.

—Gracias, León. Si hay algo que yo pueda hacer, solo dímelo.

—Está bien. Y por supuesto quiero que sepas que, para los habitantes de Escondido, los menús son más baratos. Puedes venir a desayunar, comer y cenar por una cantidad fija. Hasta que quizá alquiles una casa. ¿te vas a quedar? —el pensamiento de León llevaba su curso.

—Em, pues no lo sé. No tengo claro cuánto tiempo me quedaré, mi vida es complicada.

—Aquí todos tenemos una vida complicada, si yo te contara...

—Quizá algún día, León. Me gustaría mucho que me contaras. Pero son casi las nueve y no quiero llegar tarde en mi primer día de trabajo.

—Por supuesto, ¿te veré en la comida?

—Cuenta con ello.

Sonia salió del bar con una gran sonrisa. Anastasia se cruzó con ella y la saludó alegremente. Se paró antes de entrar en el bar mientras la joven entraba en el ayuntamiento.

—Hola León, buenos días. Quiero un café como el que le has dado a nuestra nueva vecina.

—¿Qué dices, Anastasia? Es el café que os doy a todos —el joven sonrió inocentemente.

—Entonces, esa sonrisa de oreja a oreja que llevaba, ¿no es del café? — Anastasia se aguantaba la risa.

—No seas mala, Ana, es una chica muy agradable. Me cae bien. Nada más. Ahora mismo quiero descansar. Y ella tiene un pasado, tiene algo.

—Sí, creo que es médium. Me pareció escucharlo a Samantha. Bueno, cada uno tenemos nuestras cosas.

León asintió y le preparó un café con leche bien caliente. A Anastasia le iban más las proteínas, así que le hizo un bocadillo de jamón. Además, como Samuel no probaba la carne, cuando se escapaba al Amazonas, solía tomar lo que se privaba con él.

Anastasia era una mujer muy fuerte, quizá incluso tanto como León, que era el hombre más fuerte del pueblo. Cuando llegó, era una niñita joven, muy bonita. Vino con su madre a instalarse en el pueblo. Compraron una bonita casa que estaba en mal estado y la arreglaron entre las dos. Cuando Ana cumplió los diecinueve, su madre dijo que se iba. Que la necesitaban en otra parte. Concretamente, en Brasil. Y se negó en rotundo a que su hija la acompañase. Le dijo que su deber era estar allí. Y le hizo jurar que se quedaría a proteger el pueblo. De todas formas, ya se había enamorado de Samuel y tampoco tenía interés en irse.

Anastasia no conocía a su padre, pero lo que sí sabía era que su madre era descendiente de Amazonas. Unas guerreras místicas con fuerza y agilidad increíbles, y con el don de poder utilizar cualquier arma con facilidad. La sangre pura de las Amazonas se había diluido a lo largo de los años, y ahora ella era muy fuerte, pero no capaz de realizar las proezas que su madre le contó durante años. De hecho, estaba luchando contra los contrabandistas y narcotraficantes de la selva del Amazonas, ella sola, sin ayuda. De vez en cuando recibía una llamada, o un correo electrónico, solo para confirmar que estaba viva. Nunca fue una madre al uso, pero ella la quería.

Contempló la superficie de la mesa de madera y el plato ya vacío. Se había comido el bocadillo sin darse cuenta. Mejor, porque Samuel estaba entrando por la puerta. Aunque decía que no le molestaba, prefería no tentarle.

Samuel sonrió a su chica. El día estaba muy nublado y había salido a dar un energético paseo. Olió la comida, pero no dijo nada. Besó la frente de su

chica.

—¿Qué tal se presenta el día, León?

—Estupendo, como siempre —el joven sonrió de una forma franca y directa, como era habitual en él.

—El grandullón tiene a la nueva vecina encandilada —Anastasia sonrió mientras el susodicho se sonrojaba.

—León, ¿tienes un minuto? —Samuel le indicó que se sentara. Como Leia ya había llegado, los pocos clientes estaban atendidos.

—Claro, ¿qué ocurre?

—Es un poco incómodo comentar esto —comenzó Samuel— pero ahora que no está Soledad, ¿has encontrado una solución para lo tuyo? Dentro de dos días hay luna llena y he olido tus hormonas.

León se puso colorado y miró nervioso a Anastasia que no puso ninguna cara rara, al contrario, estaba atenta y seria.

—Pues, la verdad, no lo había pensado mucho. Tal vez pueda no sé, bajar a la ciudad. O quizá pueda quedarme en el sótano un par de días —el chico se encogió de hombros.

—¿Y si lo haces con Sonia, creo que le gustas? —se le ocurrió a Anastasia.

León se levantó bruscamente, pero Samuel lo volvió a sentar.

—No te enfades con Ana, es una buena solución y a ella parece gustarle de verdad. Lo he olido. Ya sé que es pronto, pero si se lo dices, puede que...

—¡Acabo de conocerla! ¿Cómo le voy a decir que se acueste conmigo porque si mi nivel de testosterona es demasiado alto me convertiré en una fiera salvaje? —siseó el chico a sus dos vecinos.

—Pues algo hay que hacer —contestó Samuel — y las mujeres disponibles son cada vez menos —pasó el brazo por los hombros de Anastasia para demostrar que ella no estaba disponible.

—Quizá Muriel quiera...

—¡No! Ella está interesada por ese chico, Jorge.

—Pues entonces Sonia es la solución. Tienes dos días para conquistarla —Anastasia concluyó con la que para ellos era la mejor solución. Se lo quedó mirando mientras el joven apretaba las mandíbulas.

Se levantó sin decir nada. En verdad que iba a tener un problema. Con todo lo que había pasado en lo que menos había pensado era en él. Pero sí, lamentablemente tenía que hacer algo con sus hormonas. Repasó la lista de mujeres del pueblo. Leia tampoco contaba, era su amiga y empleada, y apenas

tenía veinte años. Él ya tenía treinta y dos así que se sentiría muy mal. Las demás mujeres del pueblo eran o muy jóvenes o mayores. En verdad que la única en edad de acostarse con ella era Sonia. La joven le parecía muy bonita, pero ¿entendería que sus ojos fueran amarillos en pleno acto? Si es que llegaban a ello. ¿Debería decírselo?

Entró a la barra tropezándose, algo totalmente inusual en él, pero estaba muy preocupado. Si llegaba sin descargar, tendrían problemas. Si con la masturbación sirviera, estaría todo el día como los monos. Pero la última vez que lo hizo así, apenas pudieron contenerle en el sótano entre Anastasia, su madre y Samuel. La madre de Ana resultó herida, pero era muy fuerte. Ahora ya no estaba. Ni con la magia de Samantha y Muriel juntas podrían. Menos mal que no era tan fuerte siempre. Pero esta luna sí lo iba a ser.

Rómulo entró en el bar. Parecía muy serio. Se dirigió hacia la mesa donde estaban la pareja. Le hizo una seña a León y se acercó. Se sentaron junto a él.

—Tememos problemas —León miró a Samuel— y no solo por tus hormonas, León. Es Muriel. Ella se ha desatado.

—¿Cómo? —preguntó Ana a Rómulo —¿está bien?

—Está dormida ahora, y lo estará durante el día de hoy. Creo que desconocéis que cuando era pequeña, antes de irse con su madre, Samantha ató parte de sus poderes porque eran incontrolables. Ella se enteró ayer y llamó a la bruma, aunque sin querer.

Samuel se echó para atrás de la impresión. Posiblemente era el único que conocía las consecuencias reales de ello.

—¿Qué significa eso? —preguntó León preocupado. Ana también estaba muy seria.

—Significa que puede abrir la puerta al Caos, y que puede suponer el fin de todo —explicó Samuel simulando una explosión con sus brazos.

—Eres un poco dramático, Samuel, pero sí, básicamente es así —terminó Rómulo.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Anastasia ya estaba preparada para entrar en acción, fuera lo que fuera que hubiera que hacer.

—De momento está dormida. Cuando despierte hemos decidido con Samantha que desate completamente sus poderes, ella tiene un gran corazón, todos la conocéis. Dudo que se pase al lado oscuro. O al menos lo espero. —Rómulo se quedó pensativo, observando el infinito.

—¿Y si no razona o si decide abrir la puerta? —Samuel preguntó serio a

Rómulo.

—En ese caso, antes de que lo abra tendremos que matarla.

Anastasia palideció. Muriel era su mejor amiga. León se quedó con la boca abierta. No esperaba eso de Rómulo y Samuel asintió. Los peligros que podrían venir con la bruma eran mucho mayores que el valor de una persona, fuera quien fuera. Y, de todas formas, si lo que había tras la Bruma salía, todos morirían. O peor.

León se levantó a traer un café a Rómulo. Apenas podía hablar. Tobías entró por la puerta y se dirigió directamente a Rómulo.

—¿Qué ha pasado? ¿Lo has sentido? —el joven rubio, que apenas aparentaba dieciocho años excepto por sus ancianos ojos, mostraba un rictus serio.

—Sí, lo he sentido y de momento, lo he evitado. Ha sido Muriel. Se enfadó —Rómulo se encogió de hombros como si no tuviera la importancia que antes había contado a los demás.

—Sabes lo que hay que hacer en estos casos, y será ahora. —por las pupilas de Tobías pasó un rayo dorado.

Rómulo miró al hijo de ángeles sin mirarlo. El chico era impetuoso a pesar de tener dos o tres mil años. Se supone que era el guardián de la puerta, pero ni siquiera estuvo allí cuando la pobre chica gritó desesperada. Nadie sabía dónde se metía. Ni siquiera sabía si tenía alas, aunque él sí había reconocido el espíritu en él. Diluido, como todos los habitantes de Escondido.

—No —Rómulo negó con firmeza— primero tenemos que ver si tiene la voluntad de abrirla o por el contrario fue un momento de debilidad e inconsciencia.

—Bajo tu responsabilidad —señaló Tobías con el dedo— si ella intenta abrirla, la fulminaré.

Tobías se marchó sin decir nada más. Quien diría que ese chico rubio con vaqueros rotos y botas desgastadas, fuera un verdadero ángel exterminador.

—¿Lo haría? —preguntó preocupada Anastasia a Rómulo.

—Sin duda. Tenemos que controlar a Muriel. ¿Crees que ayudaría que viniera ese chico que le gusta?

—Me parece que no —Samuel se adelantó a Ana— los vi discutir ayer. Creo que entre todos podremos convencerla. Ana, ¿verdad que podrás? es tu amiga —ella asintió. Tenía los ojos rojos, aunque jamás derramaría una lágrima en público— iremos a verla mañana, cuando despierte. Y ahora tenemos el problema de León. Le sugerimos que se acostara con Sonia, pero él

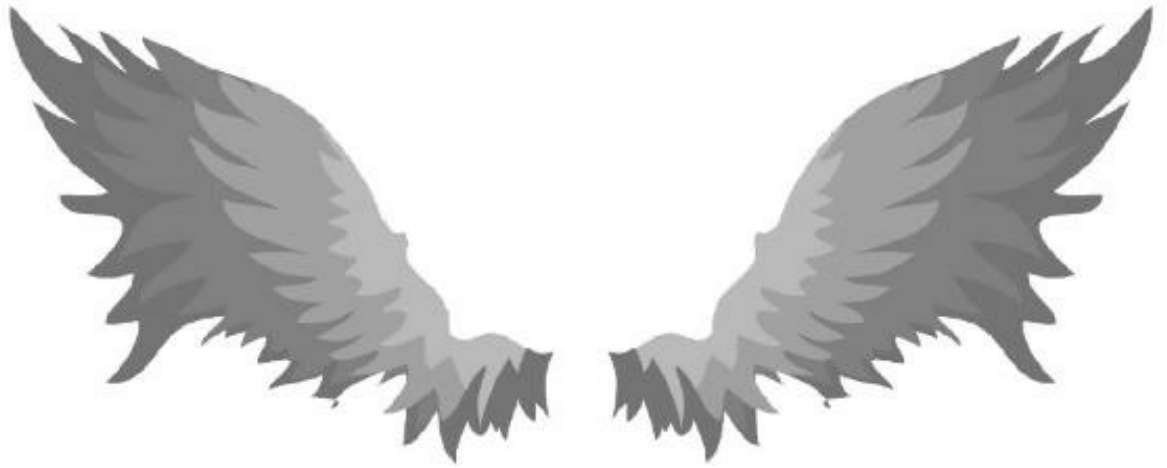
no se siente bien por ello.

—Sonia ha venido al pueblo por muchas razones; necesitábamos una médium —Rómulo se rascó la barbilla—. Puede ser por eso que su abuela la enviara a ella. No creo que León se acostara con una anciana. ¿Cuántos años tiene la chica?

—Tiene veintisiete, lo vi en la ficha de la casa rural. Está en la edad.

—Sí, cierto. Hoy en la comida hablaremos de ello, por mucho que no quiera León.

Anastasia se fue a su taller, acompañada de Samuel. Volverían a la hora de comer.



Capítulo 12 Amenaza

Rómulo salió de paseo hacia la laguna. Debía asegurarse de que realmente no había conseguido abrirla. Llegó sin tropezar, como siempre, y se encontró con Tobías que oteaba el horizonte de las fétidas aguas. A ninguno parecía molestarle el olor.

—¿Crees que se ha abierto? —Rómulo se dirigió al chico que ni se volvió. Sabía que era él.

—No estoy seguro. No me parece ver ninguna brecha, pero hasta que no despeje la zona no estaré tranquilo.

—No parece haber nada, Tobías. Seguramente la cogí a tiempo.

—¿Por qué esa bruja directamente no le quitó todos los poderes?

—Sabes que eso no es posible. Ella es así y si los hubiera retenido se pudrirían en ella desde el interior y se convertiría en una arpía. La han criado como una buena chica. Ahora tiene que ser consciente de quién es.

—Sabes cuál es mi deber, Rómulo. Así ha sido durante miles de años y nada me va a parar.

—Lo sé. Solo quiero que le des una oportunidad.

—Una sola.

Rómulo asintió y se fue hacia la casa de Samantha. Tobías miró los alrededores y después oteó la laguna. Se quitó la cazadora quedando con el delgado torso desnudo. Nunca llevaba nada debajo. Mucho más práctico para sacar las alas. Se retorció de dolor y un par de alas grises comenzaron a salir de su espalda. La maldición de ser un descendiente de ángeles y humanos hacía que cada vez que quería volar se le destrozara la espalda y le doliera como si se rompieran todos los huesos del cuerpo. Por eso no lo hacía a menudo. Pero ahora necesitaba volar a ras de la laguna, revisar cada centímetro y vigilar que nada ni nadie se hubiera escapado.

Rómulo escuchó desde lejos el crujir de los huesos y se estremeció. Pocas cosas le inquietaban, pero la compañía de un ángel siempre lo hacía. Subió deprisa hacia la casa de Samantha. Aún no eran las doce y el cielo comenzaba a despejarse. Las nubes dejaban pasar un pálido sol de invierno, que apenas

calentaba. Por lo menos la luz del día hacía menos siniestro todo.

Samantha le esperaba, como siempre, en la puerta.

—¿Duerme? —le preguntó mientras pasaba dentro.

—Sí, además de tu «mano», le di una infusión que la mantendrá tranquila todo el día. ¿Qué ha dicho Tobías?

Rómulo negó con la cabeza. Ella se lo temía. Si el ángel veía algún signo de maldad querría destruirla. Ella no lo permitiría. Muriel era como su hija. Aún recordaba cuando llegó al pueblo, con su madre. Era una preciosa chica con pecas y el pelo castaño, inconsciente de su poder. Ojalá su abuela hubiera podido explicarle algo. Ella era una gran bruja. Aunque no se hubieran llevado bien, se respetaban.

—¿Cómo lo plantearemos? —Samantha había envejecido cinco años desde ayer y su rictus preocupado era permanente en su rostro.

—Creo que tienes que desatarle del todo —ella dio un respingo— aun con las consecuencias que conlleve. Ella estará de nuestro lado, ya verás. Y la vamos a necesitar. No auguro buenos tiempos.

—Ayer se enfadó muchísimo. Si se enfada con todos sus poderes, puede destrozarse el pueblo, quizá abrir la puerta...

—Tobías lo sabe. Si llegara el caso, la fulminará. Pero creo que no será necesario. Ella razonará, ya verás.

Muriel se revolvió en la cama y Samantha le dio a beber el contenido de la taza, volviéndose a calmar.

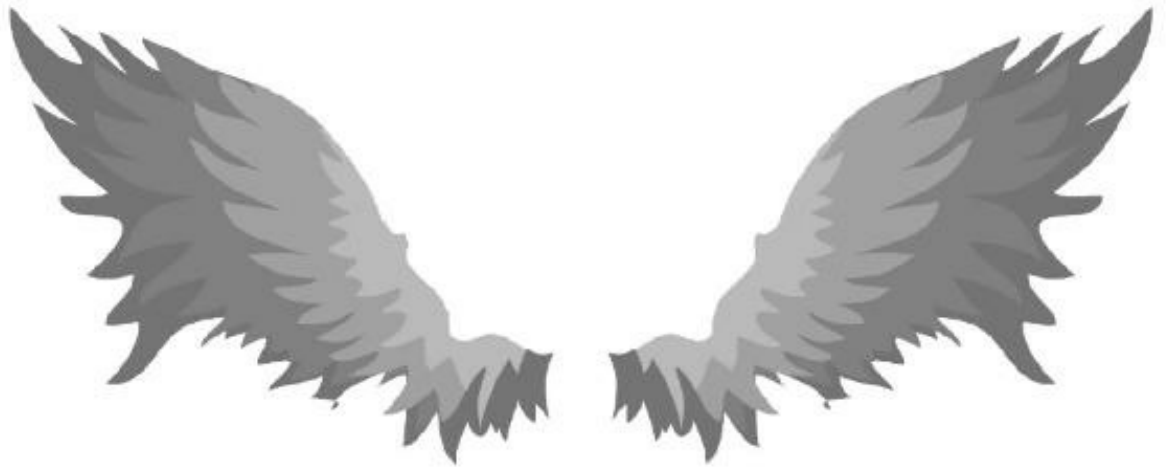
—Es mucho más fuerte de lo que pensamos —Sam miró preocupada a Rómulo que asintió —la mantendré dormida todo el día. En luna llena lo haremos.

—Tenemos también el problema de León. Quizá puedas darnos algo para que el cambio no sea tan fuerte.

—Sí, lo voy a preparar. No lo evitará del todo, pero si encuentra una chica... puede que sea suficiente.

Rómulo se tomó el té que le ofreció la mujer y esperó pacientemente que preparase el bebedizo para el cambiante. Sin embargo, no sería suficiente. La luna era roja, luna de sangre. Mucho más potente que las lunas llenas de los meses normales. Apoyó su cabeza en las manos y suspiró. Había sentido que algo había cambiado en el pueblo, y el asesinato sin resolver de Soledad fue el primer paso. Todavía no comprendía qué había sucedido. No sabía quién había desgarrado su garganta. No es que le importara tanto la chica, pero sí que hubiera un asesino -o asesina- sueltos.

Con el bebedizo en el bolsillo se fue para el centro del pueblo. Deberían comenzar un cortejo en el Amazonas.



Capítulo 13 El cortejo felino

León estaba de los nervios. Tenía la doble presión de sus convecinos de pasar a la acción con esa pobre chica y sus hormonas empezaban a tocarle las pelotas, y nunca mejor dicho.

Hoy había preparado para comer pasta con setas de la zona y de jamón de Teruel picado que le traía un proveedor al mes. Estaba en la cocina con el segundo plato, un guisado de conejo con patatas y zanahorias que olía de maravilla. A él se le hizo la boca agua pensando en otra cosa. En verdad que estaba muy necesitado, aunque lo primero que hacía todas las mañanas era descargarse en la ducha. Al principio se sentía incómodo, pero su elevado nivel de testosterona era insoportable si no lo hacía. A veces tenía que subirse a casa un par de veces, sobre todo si la luna llena se acercaba o no había estado con Soledad. La luna roja era lo peor. Por suerte era más o menos cada dos años.

Recordó con cierto afecto a la joven. Todavía no sabía si estuvo enamorado, pero sí la apreciaba. Y ella disfrutaba mucho en la cama, eso estaba claro. Siempre le decía que con ese cuerpo debería estar haciendo películas de acción, como Chris Rock o Jason Momoa. Él se reía siempre. Se preguntó quién habría acabado con su vida y por qué.

Movió la cabeza y metió el bizcocho al horno. En verdad le encantaba cocinar. Su padre era cocinero en un restaurante de Jaca, cuando conoció a su madre, la que le «regaló» su gen cambiante. A pesar de todo, él la amó incondicionalmente. Ella pensó que no le pasaría su maldición, ya que solo se transmitía a mujeres de la familia. Pero por algún extraño juego del destino, o de los genes, él había heredado esa maldición y con mucha más fuerza que ella misma. Se fueron a Escondido cuando él mostró su fiera cara, justo cuando cambiaba en la pubertad. Después, su padre murió de una neumonía, y su madre le siguió pronto. Murió de amor. Él solo tenía diecinueve años y muy poca experiencia en controlarse. Por suerte, Rómulo le ayudó y le indicó cómo tenía que hacer. Llegando la luna llena, visitaba a todas las mujeres que podía, aunque eso lo convirtiera en una especie de ligón de medio pelo. Aunque ellas

estaban bastante dispuestas. Sin embargo, ninguna de ellas quería ni oír hablar de vivir en un pueblo casi deshabitado. Cuando conoció a Soledad, pensó que quizá la relación podría asentarse. Tampoco había tenido suerte con eso.

Había estado mirando el reloj toda la mañana. Hasta Leía lo miraba extrañado. Los comensales habían empezado a llegar. Habitualmente comían en el Amazonas una docena de personas, a veces quince. A veces un par de turistas si se perdían por el pueblo. Ahora en Navidades, tenía unas veinte personas. La pareja de la guardia civil también solía venir. Aún seguían mirándolo de forma sospechosa, pero no se resistían a sus exquisitos guisos. Incluso la alcaldesa si no quería cocinar, pasaba. Tenía un don especial para la cocina.

Sonia acudió al bar Amazonas. En verdad que deseaba ver a León. No sabía por qué, pero tenía un algo que le atraía. Samuel le hizo señas para que se sentara con ellos. Nadie más lo hacía, ni siquiera la alcaldesa. De alguna forma se sentía privilegiada con tal trato.

—¿Qué tal con la nueva jefa? —preguntó Anastasia con sorna mientras se tomaba una copa de vino blanco.

—Bien, supongo. Es bastante mandona, pero creo que, si le dices que sí a todo, no hay problema —Sonia sonrió tímidamente.

—Chica lista —contestó Rómulo que se sentaba junto a ella entonces. Ella le sonrió más confiada.

—Tenemos hoy un menú delicioso, pasta con setas y para el que coma carne, conejo guisado —Samuel parecía muy amable también.

Sonia entrecerró los ojos y miró su alrededor. Las auras de Samuel y Anastasia estaban de color ligeramente anaranjado, y Rómulo seguía sin aura. ¿Era imposible? Sin embargo, algo le llamó la atención en la barra. León. Su aura era de color rojo brillante. Ella ladeó la cabeza mirando extrañada al joven que se acercaba a la mesa.

—Hola, Sonia, ¿qué tal en el trabajo? —traía un par de platos de pasta y una ensalada vegetal para Samuel.

Ella salió de su ensimismamiento y le sonrió.

—Bien, estoy contenta. El trabajo no es excesivamente difícil. He hecho cosas peores —se arrepintió nada más que lo dijo porque los demás le miraron interrogantes— quiero decir, he trabajado en sitios más complicados.

—Nos encantaría que nos contases algo de ti, Sonia —Ana le miró amablemente— León, ¿Por qué no te sientas? Seguro que Leia puede servir a los que quedan.

El chico, contrariamente a lo que esperaba Sonia, se sentó, justo enfrente de ella, sin perderla de vista, lo que hizo que enrojeciera. Ana le dio una patadita en la espinilla y él reaccionó.

—Bueno, poco puedo contar. Ya sabéis lo que... lo que veo. Simplemente tuve que venir aquí. Cuando se recibe una llamada, hay que acudir —ella se encogió de hombros. Leia le trajo un plato de pasta y miró de reojo a su jefe que se estaba olvidando de que tenía que trabajar.

Sonia agradeció a Leia y comenzó a comer. Así no tenía que hablar.

—Esto, Sonia. Tal vez nos podías ayudar en algo —Anastasia comenzó a hablar haciendo que León se pusiera colorado hasta las orejas —te va a sonar muy fuerte lo que te vamos a decir, pero si no fuera necesario, no te lo pediríamos. Es cuestión de vida o muerte.

—¡Qué dramática eres, Ana! —sonrió Rómulo —pero sí, niña, tu ayuda se requiere en este momento.

Sonia dejó de comer al instante y los miró a todos alternativamente. Ana medio sonreía, Samuel estaba serio, León no le miraba a los ojos y todavía seguía sonrojado y Rómulo la miraba como un hermano mayor.

—Sonia, es mejor que te lo diga yo, a solas —pidió León y todos asintieron —¿te importa venir un segundo a mi despacho? Te calentaré luego la comida en el microondas.

Ella asintió y siguió al hombretón a su despacho. Hoy llevaba una camiseta verde que hablaba de palmeras y playa y se imaginó al hombre en bañador, en alguna playa del Caribe con ella, tomando el sol. Suspiró. Ni en sueños lo conseguiría.

—Siéntate, por favor —León le indicó una de las sillas de delante de su mesa.

Él se sentó enfrente y comenzó a frotarse las manos, sin mirarla a la cara. Así pasaron dos minutos. Al final ella comenzó a hablar.

—Esto, León, yo...

—¿Quieres acostarte conmigo?

León subió los ojos mientras una asombrada mujer le miraba atónita.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Lo siento, no sabía cómo decirlo más suave —el hombre tenía las orejas rojas.

—No, si ya veo que suave no ha sido. Supongo que hay una razón por la que me has pedido esto. Tal vez puedas explicármela —ella puso la mano sobre la del hombre que se tranquilizó bastante. A veces, ella podía conseguir

ese efecto.

—No sé si sabes qué soy, pero te lo explico. Yo soy un cambiante y lo hago con la luna llena, a menos de que mi nivel de testosterona baje. Y para ello necesito... un desahogo... y no me vale un desahogo propio, ya sabes. Necesito una mujer. Quizá un par de días. Entenderé que me digas que no.

—Oh. Vaya. O sea que me estás pidiendo que sea tu desahogo.

—Básicamente —el chico bajó de nuevo el cabeza avergonzado.

Sonia se quedó pensativa mirando los fuertes hombros del chico, los brazos musculados que sobresalían de su camiseta. Recordó sus labios carnosos y supo entonces que lo deseaba. Él también la olió y levantó el cabeza esperanzado.

—¿Cuándo tendría que ser?

—Si puedes esta tarde, quizá por la noche, si no te es molesto, mañana también. De verdad que puedes decir que no. Intentaré bajarme a Huesca o contratar a alguien... yo me siento fatal.

—Pero ¿tú quieres acostarte conmigo o te da igual cualquier mujer? —ella parecía ligeramente molesta.

—Preferiría contigo, sin duda —el chico pudo arreglarlo— pero quiero que sepas que tienes la total libertad de elegir, y que...

Ella se abalanzó sobre él y lo besó. Sorprendido, él respondió a su beso. Por suerte, habían cerrado la puerta, porque ahí mismo, y en la mesa, la tomó por primera vez de muchas. El dulce olor de la excitación se extendió por el local, aunque solo un par de personas lo pudieron oler. Samuel sonrió sorprendido a Rómulo que hizo un gesto de victoria con los dedos. Anastasia formó una perfecta O con la boca y luego todos se echaron a reír.

La mesa crujió ante los fuertes empujones de un ejemplar en total forma y que exudaba sexualidad por todos sus poros. Sonia jamás, jamás, había sido follada de tal forma y con tanta energía. Él cambió ligeramente sus ojos al amarillo, y trató de esconderlos, pero ella lo atrajo hacia su rostro.

—No te escondas —susurró.

Eso hizo que él se excitara tanto que descargó su orgasmo y sus hormonas junto a ella que andaba ya por el segundo, o tercero, ni importaba.

Se separaron tras el fulgurante encuentro sexual sudorosos y calmados. La palmera de la camiseta de León estaba cuajada por la mitad, aunque los pantalones de él habían sobrevivido. La ropa interior de Sonia no había corrido la misma suerte. Las medias y las braguitas estaban en un rincón hechas un trapo. Ella se acomodó la blusa y la falda y sonrió ampliamente a su

amante salvaje. Entre cerró los ojos y vio que su aura era de un anaranjado ligeramente rojizo. Así pues, había funcionado.

Él se acercó y la besó apasionadamente.

—¿Te parece que esta noche cenemos? Es lo menos que puedo hacer. Y quizá...

—Sí, me gustará cenar contigo y seguir hablando con tus hormonas. Ha sido, bueno, supongo que te lo habrán dicho muchas, pero yo nunca...

León sonrió poniéndose otra camiseta.

—No te mentaré diciéndote que otras mujeres no se han sentido satisfechas, pero sí te diré que para mí ha sido especial. Volvería a empezar de nuevo. Solo por placer.

Ella se sonrojó. También volvería a empezar, pero tenían que salir.

—¿Tú crees que lo sabrán?

—Sin duda. Tienen buen olfato. Pero a la vez se sentirán aliviados y agradecidos. Has hecho mucho más de lo que piensas.

—Ha sido un verdadero placer —Sonia guiñó el ojo a León y salió hacia el baño. Sus partes íntimas estaban demasiado mojadas y llenas. Podría resbalarse al sentarse.

León salió a la cocina, se lavó las manos y la cara y fue hacia el comedor.

—Wow, León, ha sido el polvo más fácil de convencer que he visto en mi vida —soltó Samuel.

—No te metas con ella —amenazó medio en serio, medio en broma León.

—Cierto, y no avergoncéis a la chica —contestó Anastasia dándole un golpecito a su novio— que ya es uno de nosotros.

Rómulo sonrió mientras ella volvía del baño. León le traía la pasta recalentada del microondas y acarició su cuello haciendo que ella se estremeciera.

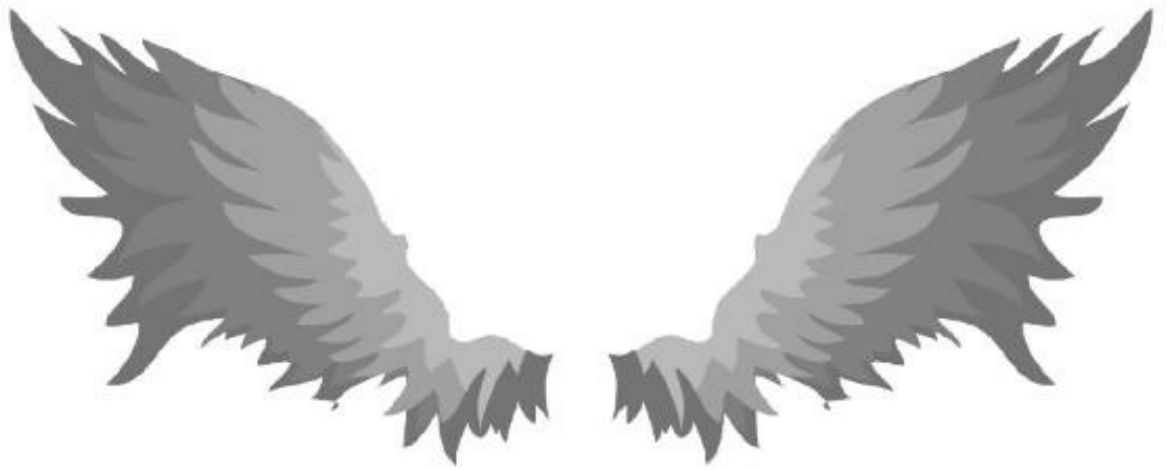
—Gracias, Sonia. Has hecho algo bueno para el pueblo —dijo Rómulo tan serio que al final todos acabaron por reírse. Incluso los nuevos amantes, al principio avergonzados, soltaron la carcajada.

—Bueno chica, te espera un par de días en los que apenas podrás sentarte, si lo que dicen sobre León es cierto —bromeó Samuel, recibiendo un puñetazo de León que llegaba en ese momento con los segundos platos.

A Sonia no le importó. Estaba deseando que llegase la tarde y la noche para entonces hacerlo algo menos salvaje, y acariciar su torso desnudo. Oh, Dios, él parecía oler su excitación, porque la miraba intensamente.

La alcaldesa acabó con su calor apareciendo en la mesa.

—Sonia, tenemos que volver, queda mucho papeleo de retraso.



Capítulo 14: Nuevos descubrimientos

Sonia se levantó y se despidió de todos. Se dirigieron hacia la alcaldía mientras Manuela hablaba por los codos. Apenas la escuchaba, todavía alucinando de lo que acababa de pasar. Su abrigo no le protegía sus partes desnudas, y en lugar de estar molesta, eso le excitaba mucho más. Ir sin ropa interior y medias era una experiencia distinta a todo lo que había hecho hasta ahora.

Las sombras de la calle no se acercaron a ella. La turmalina negra parecía que hacía efecto. Incluso había dejado de ver la sombra negra. Y eso era extraño, porque las sombras, no viajan. Se quedan allí, hasta que hacen lo que tienen que hacer. E incluso rondan a sus parientes vivos. Pero no se van.

Llegaron con algún resbalón que otro al edificio donde estaba la casa consistorial.

El ayuntamiento era una casa de piedra bastante bien decorada. Había que reconocerlo. Manuela era insoportable, pero tenía mucho gusto. Parecía una de esas cabañas americanas de lujo, con las paredes pintadas de claro y sólidos muebles de madera artesanos. El edificio tenía dos pisos, aunque el de arriba se dedicaba básicamente a almacén y archivo. Abajo, había dos despachos, uno más grande, el de la alcaldesa, y otro, por si había algún concejal, que, en Escondido, nunca se dio. Ella tenía su mesa delante del despacho de la alcaldesa, rodeada de plantas altas y después estaba el portero/jardinero/hombre para todo, Julián, que tenía una silla y una mesa diminutas, donde escuchaba la radio siempre que no estuviera haciendo recados para la alcaldesa. En el edificio adjunto a la alcaldía había una especie de sucursal bancaria mixta. Es decir, los lunes, miércoles y viernes, el empleado era de Ibercaja. Los martes, de la Caixa y los jueves, del Banco de Santander. Así los habitantes siempre podían sacar dinero el día que su banco venía de visita. Y habían puesto incluso un cajero. El día veintitrés de diciembre, cuando tocó la lotería, los empleados casi se pegaban por estar allí para ingresar los décimos premiados. Al final, el sargento Lagunas tuvo que poner orden y tres mesas para que todos pudieran trabajar con su banco. Así

eran ellos.

—Sara, —gritó la alcaldesa confundiendo su nombre—busca en el archivo el expediente de la torre del señor Benito. Estará en la B.

Sonia suspiró y subió al oscuro desván. Tenía luces, pero estaba lleno de oscuridad y rincones. A ella no le gustaba mucho. Todos los papeles del pueblo estaban ordenados en viejos armarios y la alcaldesa le había encomendado que los ordenase todos. Se ve que a su predecesora no le gustaba nada el orden y el archivo era más bien caótico. Ella se sentía cómoda organizando, calmaba su mente. Lo único que necesitaba era un poco más de luz.

—Sara —gritó desde abajo la alcaldesa confundiendo de nuevo su nombre —me voy a Jaca, que me han llamado de mi partido —a saber qué partido era — quédate ordenando y cualquier cosa o duda que tengas me llamas.

—De acuerdo —gritó en respuesta ella. El primer día y ya la dejaba sola.

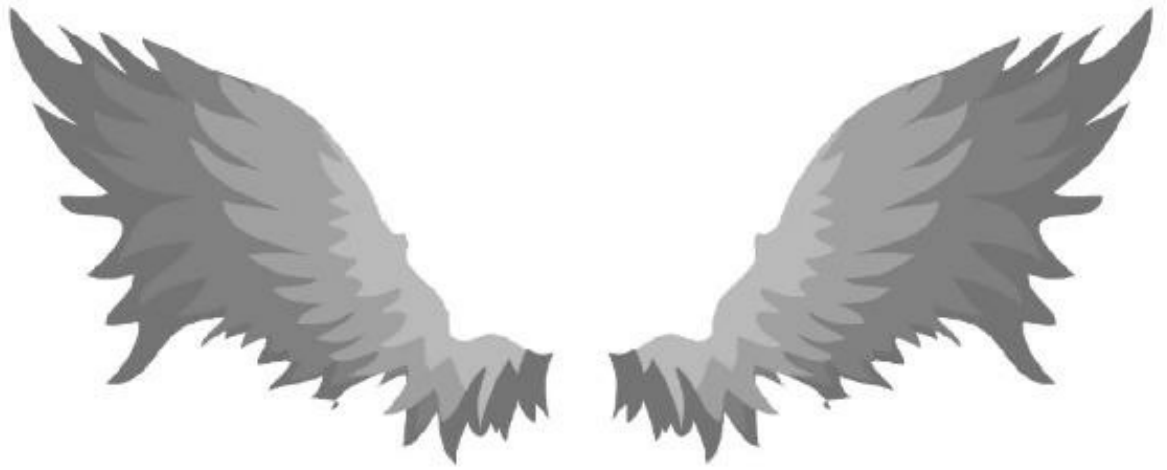
Se escuchó la puerta cerrarse y a continuación Julián subió la radio. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, algo sordo pero la alcaldesa no le dejaba ponerse la radio más alta. Sonia se alegró de sentirse acompañada. Aun le quedaban varias horas de trabajo así que decidió ponerse manos a la obra. Encendió todas las luces para borrar los rincones y dio un vistazo general decidiendo por donde empezaba. Siempre se fiaba de su intuición, al menos para las cosas importantes. Ordenar un archivo no lo parecía y, sin embargo, algo le hizo acercarse a uno de los armarios más nuevos, uno metálico. Abrió la puerta que no estaba cerrada con llave y pasó la mano por la cantidad de legajos y papeles que había allí.

Cuando pasó la mano por encima de un sobre anaranjado sin tocarlo, comenzó a picarle la palma y los dedos y lo cogió. Se sentó en la silla que había justo enfrente, dejando el sobre en la mesa. ¿Debía abrirlo? Sin duda.

Al principio no entendió nada de lo que estaba leyendo. Parecía una especie de proyecto, una urbanización. Sí, eso era. Una pequeña urbanización de unos veinte chalés al lado del pueblo. La alcaldesa era ambiciosa, sin duda. Tampoco es que hubiera nada malo en ello. Seguramente León se alegraría, tendría más clientes. Un escalofrío la recorrió al pensar en él. Estaba deseando que se pasaran las horas.

Sacudió la cabeza y siguió leyendo. Parece que el propietario del terreno era o había sido un tal Tobías Sky. Ella no lo conocía. Bueno esto parecía normal, un proyecto y nada más. Metió de nuevo los papeles en el sobre y cayó una foto. Era de un lugar gris y pantanoso. Le dio escalofríos. Metió la

foto y el sobre en el armario y comenzó con el más viejo de los archivadores.
Ese que tenía la historia de Escondido.



Capítulo 15: Escondido, un pueblo singular

Sonia empezó a sacar los archivadores y a ponerlos encima de la mesa. Había registros desde el año 1897, cuando se fundó el pueblo y el primer alcalde comenzó su mandato, bajo el auspicio de la regente María Cristina de Habsburgo, que ofreció una dispensa real de impuestos y otros favores reales, a cambio de tratamientos y rituales mágicos para el mayor beneficio del rey y su reino, sobre todo porque se temía que se levantaran contra ella, por la corta edad de su hijo varón.

El alcalde entonces, uno de los fundadores del pueblo, fue un tal Praxímedes Bernard; junto a él, Bianca, la abuela de Muriel, Angus, un antepasado de Samuel y una tal Luna, de la que no había mucha información.

Ellos cuatro llegaron al pueblo de diferentes lugares y en distintas fechas y se hicieron con el control de los pocos habitantes. En realidad, solo era un grupo de pastores que habían construido cuatro cabañas en un lugar donde manaba agua clara. Ellos llegaron allí, con sus bolsas y sus grandes maletas, montados en burros o caminando. Comenzaron la construcción de las casas piedra a piedra, y en pocos años llegaron una veintena de personas, todas «especiales». Por supuesto, en ningún papel ponía eso, pero se intuía por la forma de explicarlo. De repente, alrededor de 1900 dejaron de venir personas.

Fundaron una iglesia católica, una pequeña escuela y otros comerciaban con las ciudades más próximas, se encargaban de obtener provisiones y otros materiales necesarios. Se repartieron las tierras, quedando Tobías Sky a cargo de toda la zona de la Laguna y sus alrededores, unas doscientas veinte hectáreas.

Los alcaldes se fueron sucediendo, y la población creció. Hubo un repunte de habitantes para la guerra del treinta y seis, cuando llegaron más de cien personas, huyendo de las batallas y de la hambruna. Así que, en cuestión de diez años, y a pesar de guerras y disputas, hubo una especie de baby boom y la población pasó a cuadruplicarse. Las casas comenzaron a construirse alrededor de la plaza, con bonitas calles empedradas, jardines y reservaron

ciertas zonas para cultivar. Una bonita historia, la verdad.

Sonia ordenó los papeles de forma que fueran más fácil de consultar. Aún estaba pensando en el primer sobre que encontró. De todas formas, lo comentaría en el Amazonas. Miró su reloj y vio que ya era hora de marcharse. Había pasado una tarde entre interesante y aburrida, y leído mucho acerca del pueblo. Probablemente supiera más que alguno de sus habitantes. Recibió un mensaje de su ahora amante. La esperaban allí.

Dejó todo tal cual lo había ordenado para terminarlo en otro momento y bajó al piso inferior. Julián dormitaba apoyado en la pared, con la boca abierta. Una sombra gris estaba sentada junto a él. Era de un color gris claro, así que se atrevió a mirarla. La sombra se dibujó como una anciana que tejía un jersey interminable. Ella le sonrió. Seguramente sería su esposa.

Despertó al hombre para decirle que se iba y salió de prisa. Estaba deseando ver a «su» León.

Se abrigó y tocó por unos momentos su colgante. Se sentía muy protegida con él. Salió con el gorro puesto y llegó en un momentito. Casi corriendo. El Amazonas estaba bastante animado, con todos preparados para cenar. Ella entró dirigiendo su mirada a la barra, donde no estaba León. Miró alrededor buscándolo y como no lo encontró, se dirigió a la mesa donde estaba sentado Rómulo.

—¿Qué tal, leoncita? ¿todo bien? —el hombre sonrió.

—Estoy muy bien —ella le devolvió la sonrisa— ¿Sabes?, he encontrado unos informes muy interesantes sobre ciertos terrenos. Tal vez deberíais tener conocimiento de ello.

—¿De qué iban? —Rómulo se acercó a ella y bajó la voz.

—Se trata de un proyecto en unos terrenos de Tobías Sky, creo que la alcaldesa pretende construir unos chalés allí. Cuando descubrí el sobre, me llamó mucho la atención.

Rómulo empalideció y se quedó callado.

—¿Puedes repetirlo? —Sonia se asombró de que tuviera que repetir algo a Rómulo. Lo hizo. Todo lo que había leído.

En esos momentos llegaron Samuel y Anastasia y León salió de la cocina. Sonia se olvidó de los papeles para centrarse en su chico.

—Hola, Sonia, me alegro de verte —León se quedó un poco cortado, se vio la intención de darle un beso, de darle una palmada, de tocarla... y se quedó en un amago muy gracioso. Ella estaba paralizada.

—Sentaos, hay algo un poco más urgente que tus hormonas, León —

Rómulo estaba más serio que de costumbre.

Los cinco se sentaron alrededor de la mesa y Rómulo hizo repetir a Sonia el hallazgo de los papeles sobre la nueva urbanización. Parece ser que la fecha de entrega era en unos dos años y medio, por lo que las obras deberían empezar ya.

—Si no han empezado ya, lo harán pronto —calculó Samuel.

—¿Y si han hecho alguna prospección en la Laguna y eso ha causado que escape algo oscuro? —preguntó Anastasia seria.

—Podría ser —Rómulo parecía distraído ahora, como en otro mundo— si «algo» hubiera salido de la bruma gris, podría haber poseído a cualquiera. Incluso podría haber sido el asesino de Soledad.

El semblante de León cambió de expresión y Sonia puso la mano sobre la suya.

—Pero el terreno es de Tobías Sky, ¿es pariente del Tobías que viene por aquí? —preguntó Sonia inocentemente.

—Técnicamente es el mismo —le contestó Anastasia— lo que no entiendo es por qué cree la alcaldesa que puede hacer una urbanización allí, en la Laguna. Ese terreno pertenece a Tobías, no lo puede expropiar. O eso creo.

—Podría investigar algo más. Yo trabajé en un despacho de abogados. Si no es legal, no puede hacerlo. Nadie puede quitar un terreno a menos que sea... —Sonia se quedó pensando— si tienen algún motivo de peso y consigue convencer a todo el mundo que es bueno para el pueblo, quizá lo consiga.

—¡Pero es un error! La Laguna es una entrada a la oscuridad —Samuel estaba muy alterado— Si la secan, si quitan la barrera acuática a la entrada, dejarán entrar en nuestro mundo cualquier horror.

Samuel y Rómulo eran muy conscientes de lo que podía pasar si ocurría ese desastre y era a quienes estaban mirando el resto, asustados de su propio miedo.

—Deberemos informar a Tobías y parar a la alcaldesa. Pero quizá en el orden contrario. Si avisamos primero, puede que haga algo «fulminante», ya sabéis cómo se las gasta —Rómulo pensaba en voz alta— quiero hablar también con Samantha, ella quizá pueda crear algún hechizo para que la alcaldesa cambie de opinión. Eso, por supuesto, si Muriel no abre la Laguna con sus poderes desatados.

—Se acumulan los problemas, ¿verdad? —León sonrió tristemente.

—Vamos a organizarnos —la mente analítica de Anastasia ya se había puesto en marcha— Sonia y León estarán ocupados y tienen que solucionar ese

primer problema —Sonia se sonrojó al pensarlo— Rómulo y yo iremos a hablar con Samantha. Esta noche hará la ceremonia para desatar los poderes de Muriel, así que necesitará a alguien, solo por si acaso.

—¿Y yo? —preguntó Samuel.

—Tú localiza a Tobías, pregúntale si tiene los papeles de propiedad de la laguna, dile que se han escuchado rumores y que Sonia, que es abogada, va a mirarlos. No le digas nada de la urbanización de momento. La luna llena afecta a mucha gente de Escondido y es mejor que luego nos vayamos a casa. Si es que Muriel no ha acabado con todos, claro.

—¿Tan peligrosa es? —preguntó Sonia— parece una chica muy agradable.

—Lo es, pero de alguna forma, la mentira de alguien en quien confiaba ciegamente la llenó de furia. Supongo que, en algún momento de su vida, alguien le mintió y ella ha sacado ese dolor de entonces —concluyó Rómulo levantándose—. Vamos, cada uno a lo suyo.

Se levantaron como un solo ser y comenzaron a actuar según el plan de Anastasia. Leia se quedó cerrando el bar, conocía el problema de León y se alegraba de que pudiera solucionarlo, así que subieron a su piso a encerrarse y estar toda la noche metidos en la cama.

Samuel se fue a buscar a Tobías, donde quiera que estuviera y Rómulo y Anastasia se abrigaron bien para subir a la casa de las brujas.

—¿Crees que Muriel se recuperará? —preguntó Anastasia cogiendo del brazo a Rómulo. Sabía que no se tropezaría, pero igualmente le agradaba ir agarrada a él.

—Espero. Sospechaba algo, es decir, siempre detecté que ella era mucho más de lo que parecía, pero no sabía que la causa era que Samantha la hubiera atado. En fin, sus razones tendrían.

—No entiendo muy bien por qué hacen eso. ¿Es necesario? Quiero decir, quizá es mejor aprender a usarlo bien en lugar de quitarlo. Imagínate que a Superman le hubieran colgado un colgante de kriptonita y de repente un día se lo quitase —Anastasia era muy expresiva con las manos y Rómulo disfrutaba mucho de su conversación original— cuando diera un paso o saltara, ¡volaría! Sería todo un shock para él, uno para el que no estaría preparado.

—Cierto, pequeña, tienes razón.

El resto del camino ambos estuvieron callados, pensativos, y pronto llegaron a la única casa que tenía flores en pleno invierno. Samantha estaba allí dentro de su sala, removiendo el caldero. Por una vez en su vida, no había salido a recibir a sus visitantes. Recitaba un antiguo salmodio mientras echaba

algunas plantas que cocían en un agua turbia y de olor amargo.

Ella les indicó que se sentaran alrededor de la mesa. Había montado su altar allí, con las velas, el tetragrámaton y su athame, además de otros elementos propios que iba a usar para el ritual de la liberación de poderes de Muriel. Ella dormía en el sofá de Samantha con un sueño inquieto, pero al menos estaba inconsciente gracias a los bebedizos que su maestra le había estado dando.

Luna llena, martes, el día de la diosa Morrigan, no era un buen auspicio para desatar unos poderes ocultos. Pudiera ser que Muriel lo tomase mal y acabase con todos los allí existentes. Pero Morrigan también era la diosa de la justicia y si la joven bruja dormida entendía que lo hecho fue por su bien, tal vez no ocurriera un desastre.

Colocaron una vela en cada punto cardinal de la casa, y un círculo de sal y hierbas variadas para contener el poder si era necesario.

Rómulo tomó en brazos a la joven como si fuera una pluma. Anastasia siempre se preguntaba de dónde sacaba esa fuerza inusitada para un cuerpo tan pequeño. La puso en el centro del círculo sobre unos cojines que había preparado Anastasia y comenzó el ritual.

—Diosa Morrigan, concédenos lo que es justo para esta joven bruja que yace aquí. Ayúdala a comprender el motivo de la decisión que tomé hace años. Ayúdame a desatar sus poderes para que pueda servirte a ti y a las diosas con el corazón puro y las intenciones nobles.

Samantha encendió un sahumero de sándalo y lo pasó por encima de Muriel que se revolvía inquieta todavía en el sueño inducido.

Una leve corriente de aire movió las llamas de las velas sin apagarlas y se arremolinó en el círculo. La corriente recorría el círculo en sentido de las agujas del reloj. Samantha se salió del círculo y dejó que el ritual hiciera su efecto. Rómulo y Anastasia miraban desde un lateral, sin molestar ni intervenir en ello.

Durante unos diez minutos el viento fue aumentando hasta parecer una columna difusa que impedía ver el interior donde estaba Muriel todavía inconsciente.

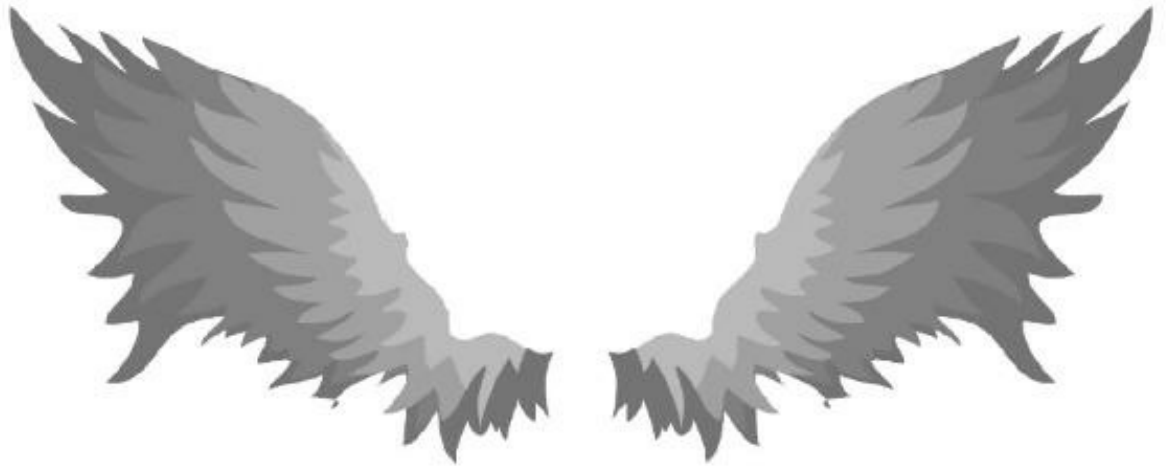
Poco a poco, la corriente fue amainando y la respiración de la joven también se calmó. Ahora parecía solo dormida. Anastasia intentó acceder al círculo, pero Sam le paró. Le pidió con la mirada que esperase.

Una tensa calma se apoderó de la habitación y Muriel comenzó a abrir los ojos. Se incorporó lentamente y miró a su alrededor hasta que localizó a Sam

y la observó fijamente. Después pasó la mirada hacia sus amigos. Sus ojos miraban vacíos. Anastasia y Rómulo se miraron alarmados.

De repente, Muriel pestañeó y sacudió la cabeza. Cuando volvió a abrir los ojos, ya tenía otro aspecto, ya era ella de nuevo. Se levantó sin usar las manos, solo con su voluntad, dejándolos sorprendidos y ligeramente aterrados.

Sam preparó su agua de sal por si la necesitaba, pero ella salió del círculo de sal como si nada, confirmando que ningún demonio o ser oscuro habitaba en ella.



Capítulo 16: la mano blanca

Jorge se sentó en la mesa de su cocina y se tomó dos ibuprofenos. Le dolía muchísimo la cabeza y de nuevo había tenido pesadillas. Soñaba que le asesinaban, veía un ser oscuro, con ojos brillantes que desgarraba su garganta de repente, sin mediar palabra, sin esperárselo. Entonces, se levantaba sudoroso y aterrado y en ese momento cambiaba su humor para todo el día. Furioso, caminaba por la calle como si todo el mundo fuera su peor enemigo.

En la oficina no era mejor. Había conseguido que desde el lunes cuando se presentó en el trabajo, dejaran de hablarle todos y cada uno de sus compañeros. Incluso su cámara, amigo desde hace años, apenas le dirigía la palabra.

Se levantó y se miró en el espejo. Enormes ojeras cruzaban su cara y tenía los ojos inyectados en sangre. Se agachó para lavarse la cara. Al levantarse, ya no era él quien se reflejaba en el espejo, sino una hermosa joven, hermosa de barbilla hacia arriba, pero con un enorme desgarró en la garganta que dejaba asomar los músculos del cuello y la tráquea. Ella lo miraba con ojos furiosos.

Él saltó hacia atrás del susto, pero la reconoció. Ella era la muerta. Jorge nunca había sido un tipo miedoso, aunque esto le superaba. Sin embargo, se sentía atraído hacia el espejo, como si fuera un imán. Ella se inclinó hacia delante y él no pudo evitarlo, sus frentes casi se tocaron y de repente, una fuerza vital oscura le invadió el cuerpo, se metió en su interior y se integró de forma que ya no era algo extraño, sino un parásito que comenzó a carcomerle por dentro.

Una idea se instaló en su cabeza. Debía volver a Escondido, a ese pueblo extraño donde vivía el asesino que le desgarró la garganta. Se tocó la piel. Esa estaba intacta. Recogió sus cosas en una pequeña bolsa y envió un mensaje a Muriel, diciéndole que volvía. Ella no le contestó, pero tampoco le importó. Iría igualmente.

Mientras terminaba de empaquetar sus objetos de aseo llamaron a la puerta.

Jorge no esperaba a nadie y menos a quien entró cuando él abrió.

—Hola, Jorge.

—Padre... —el chico se quedó parado sin saber qué decir.

—¿Puedo pasar? —preguntó pidiendo permiso, pero ya estaba dentro.

Jorge dejó el neceser que llevaba en la mano en la mesita de centro y se sentó en el sofá. Su padre era experto en darle aburridos discursos sobre cualquier cosa que se le cruzara por la mente. Pero hoy su semblante era mucho más serio de lo normal. Se sentó frente a él sin decir nada, solo frotándose las manos, nervioso.

—Tú dirás.

—¿Te ibas de viaje? —preguntó su padre mirando la bolsa.

—Sí, voy a visitar a mi novia. A pasar el fin de semana. ¿Ocurre algo? ¿está mal mamá?

—No, todo está bien. Antes de que te vayas, tengo que hablarte sobre un legado.

—No tengo tiempo de historias familiares y cuentos de viejos —terció Jorge con la intención de levantarse— Tengo que marcharme.

—No, no te vas a ir. Nuestra familia siempre ha tomado parte en esto y tú no vas a ser menos. Así que ni te muevas —le dijo su padre con una amenaza velada.

Jorge se sentó más adentro en el sofá y se quedó parado, porque el tono de su padre no admitía réplica.

—Verás —el padre carraspeó para comenzar a soltar todo su discurso— nosotros pertenecemos a una antigua familia con procedencia romana. Es decir, conocemos a nuestros antepasados desde el siglo I —el padre hizo una pausa dramática por ver si su hijo se impresionaba, pero al no conseguirlo, prosiguió—. Pertenecemos a una organización llamada «la Mano Blanca», que se encarga de salvaguardar el mundo de aquellos seres *anormales*, es decir, fuera de la normalidad, que existen en muchas partes del mundo.

Esta vez Jorge y su huésped se inclinaron hacia delante. El padre por fin había captado su atención.

—En estos momentos yo ocupo el cargo de *Canciller de la Caza*, un puesto muy honroso que solo se concede a aquel que ha conseguido cazar a más de tres seres. Cazar y dar muerte, por supuesto.

—¿Matas a personas? —se extrañó Jorge. No se imaginaba que su padre fuera capaz de dañar a nadie, aunque siempre hubiera sido muy severo con él.

—No son personas, Jorge. Son gentuza. Hay brujas, hechiceros, gente que

cambia de forma, son aberraciones de la naturaleza y hay que exterminarlos — ahora sí vio al asesino en él, y también al furioso extremista.

—Pero si no hacen daño... —Jorge recordó a Muriel que era todo corazón, incapaz de dañar una mosca.

—Al final todos acaban dañando a los seres humanos. Y bueno, tú sabes que ya tengo una edad, y que pronto llegará el momento de pasarte el testigo. Quiero que vengas a una reunión esta noche y que te inicies en nuestra asociación. No te preocupes —siguió diciendo— al principio te enseñaremos cómo distinguirlos y luego... cómo matarlos. Es una labor para ayudar a la humanidad.

—Pero, padre, yo, creo que no podría matar a nadie —titubeó Jorge— y, además, parece una secta. Y brujas, hechiceros, ¿eso no existe!

Jorge se levantó y caminó nervioso hacia la cocina. En el fondo, se estaba dando cuenta de que allí, en Escondido, había muchas personas raras y que lo que le estaba pasando a él, con lo de esa mujer del espejo, quizá era por culpa de ellos. Esas ideas ajenas de culpabilidad y falsa moral se le fueron introduciendo en la cabeza, de modo que, en menos de diez minutos, ya estaba convencido de cazarlos.

Volvió al salón donde su padre lo esperaba impaciente. Él sonrió, pero no fue una sonrisa alegre, sino retorcida como un palo seco.

—Iré a la reunión. Mañana puedo salir a ver a mi novia, sin problema.

El padre le dio dos palmaditas en la espalda y tras coger sus cazadoras, salieron hacia la calle. El coche cuatro por cuatro estaba aparcado enfrente de la puerta y ambos se montaron sin decir palabra. El padre condujo a las afueras de Huesca, y tras diez minutos de autovía, se desviaron por un camino forestal hacia una casa dentro de una gran propiedad.

—Por algún motivo, los seres se sienten atraídos por esta zona del Pirineo, así que hace bastante tiempo instalamos aquí una sede desde la que nos movemos por todo el norte de España.

El padre explicaba sin mirar apenas a su hijo. El camino estaba lleno de baches y era un poco peligroso. Lo mantenían así para no tener visitas curiosas.

—Así que nos reunimos una vez al mes para compartir nuestras investigaciones. De hecho, quería hablar contigo. Sé que no estás entrenado, pero hace poco estuviste en Escondido, un pueblo al que no hemos ido todavía, y no sé bien por qué. ¿Notaste algo raro?

—Como tú dices, padre, no estoy entrenado. Si había algo extraño, no lo

noté. Es cierto que recientemente hubo un asesinato, pero fue un animal del bosque —su huésped se removió provocándole una palpitación en la cabeza — De todas formas, ahí es donde vive mi novia. Puedo investigar.

—¡Qué buena idea! Vas a ser un miembro destacado. Si consiguieras desenmascarar a alguno de los seres que pudieran estar allí, ascenderías rápidamente en la sociedad.

Jorge miró el rostro rubicundo y orgulloso de su padre. Por una vez en su vida, se sentía unido a él. No estaría tan mal pertenecer a la secta, entonces.

La puerta se abrió automáticamente. Había cámaras de seguridad en ambos lados que se movían enfocando a cualquiera que se acercase a la reja. Unos fieros perros negros se acercaron al coche. Olisquearon sin ladrar. Ya conocían el vehículo.

Sebastián, el padre de Jorge, condujo despacio hasta un garaje al aire libre donde ya había otros coches. El chico contó ocho.

Bajaron del coche y los perros se acercaron gruñendo a Jorge. Sebastián los apartó.

—Vamos, vamos, es amigo, ¡largaos! —gritó a los perros.

Se marcharon bastante rápido, seguramente ya habían recibido algún palo que otro y no esperaron a recibir el siguiente. Ambos caminaron por el sendero de baldosas desgastadas hacia la casa. Era la típica construcción pirenaica de piedra con las ventanas de madera. No era nada moderna ni se veía lujosa, «quieren pasar desapercibidos, está claro», pensó Jorge. Se limpiaron los pies en la alfombrilla de la entrada y pasaron sin llamar.

En la entrada había varias perchas. Algunas ya estaban ocupadas por gruesos abrigos de hombre —y también de mujer— así que colgaron los suyos en la última libre. Entraron en el salón donde la temperatura era bastante cálida. Una enorme chimenea la hacía acogedora y menos conspiradora. Porque en verdad, a los que estaban allí sentados alrededor de una mesa, solo les faltaba una capucha blanca.

Todos se volvieron a mirar a los recién llegados mientras Jorge hacía un barrido profesional clasificándolos. Tenía muy buen ojo para categorizar a la gente de un primer vistazo. Había diez personas, ocho hombres y dos mujeres. Los hombres se dividían en adultos, como su padre y jóvenes, como él. Las mujeres eran las dos jóvenes. Por lo visto no iba a ser el único iniciado.

Parecía que habían estado discutiendo, porque los rostros aparecían serios, o es que ya venían así de fábrica. Jorge no lo sabía. Se callaron al entrar ellos.

—Buenas tardes, querida sección ocho.

El padre se sentó en la cabecera de la mesa, donde le guardaban sitio y Jorge a su derecha. Al parecer, era el mandamás del lugar. Eso le agradó. Algunos les saludaron amigablemente, casi de forma servicial.

—Buenas tardes y bienvenidos a los nuevos iniciados de la iluminada y grandiosa sección ocho de la Mano Blanca.

Los adultos más mayores inclinaron la cabeza con respeto.

—Hoy estamos reunidos para iniciar a Jorge, mi hijo, Vanessa, Marina, Pedro y Julián. Chicos, sois un orgullo para nuestras casas.

Los nombrados sonrieron orgullosos, pero Jorge todavía no sabía en qué lío sectario se había metido, así que permanecía a la expectativa.

Sebastián comenzó a explicar la historia de la sección, y al parecer llevaban unos sesenta años en esa casa. Se notaba. El abuelo de Sebastián fue el primer comisario de la zona, por lo que el cargo era hereditario. Se encargaban básicamente de rastrear seres sobrenaturales. Los otros cuatro parecían saber mucho más que Jorge, y asentían a casi todo que comentaba su padre. Lo más importante de hoy era la iniciación, así que el comisario se detuvo un rato más en explicarles.

Tras indicarles lo que tenían que hacer, pasaron a una habitación sin ningún mueble en ella. Pusieron a los cinco jóvenes en medio. Ellos se miraban con cierto nerviosismo. Vanessa se reía en bajito de forma algo histérica. Como Jorge era el menos informado de todo, estaba muy tranquilo.

Los adultos los rodearon elevando las manos y con un cántico en latín. Se movían con un ritmo cadencioso que de alguna forma hipnotizaba a todos los presentes. Finalmente, cada uno de los jóvenes tuvo que recitar un juramento en latín escrito en un papel que ofrecía Sebastián en cada turno. El adulto que lo presentaba colocaba una banda blanca al presentado y le daba dos besos.

Tras un segundo cántico, la ceremonia se dio por finalizada. En el fondo, Jorge estaba un poco decepcionado. No había sido más que una fantochada, aunque sus compañeros estaban emocionados.

Tras la ceremonia, había una merienda «¡una merienda!, como si estuviéramos en una fiesta de cumpleaños. ¿Cuándo viene la acción?», se dijo Jorge. Él tenía sed de algo, ¿de sangre? ¿de caza? Un instinto se había despertado en él.

Había tortillas de patatas y bocadillos de jamón, croquetas, cerveza, vino, lo típico que le preparaba su madre cuando invitaba a sus amigos a merendar. Todos comían y hablaban, ya más relajados y satisfechos.

—Mi hijo Jorge conoce a alguien de Escondido —dijo de repente su padre— nunca fuimos a ese pueblo, es uno de los pocos que nos queda por investigar. Necesitará una clase rápida de detección de aberraciones. ¿Agustín?

El tal Agustín asintió con la cabeza y se levantó esperando que Jorge le siguiera. Éste dio un último bocado a la tortilla de patatas y se levantó. Lo llevó a otra habitación, un pequeño despacho con una mesa y dos sillas. Había muchos libros en la estantería del fondo; la mayoría se veían muy usados e incluso antiguos. Una vitrina cerrada mantenía a salvo de polvo o miradas curiosas los que estaban realizados con piel. Jorge se los quedó mirando. Había uno abierto, apoyado en los otros, donde una escena familiar se representaba. Tres cruces, dibujadas en tinta negra o marrón muy oscura, con tres hombres crucificados.

—¿Tenéis una Biblia, o algo así?

—No es una biblia —sonrió Agustín sentándose en el sillón de la mesa— es el Memorandum Plenis, el mejor libro de torturas y castigos de la Santa Inquisición, que es nuestra Casa, de donde sale la Mano Blanca. Está fabricado con pieles de seres aberrantes y escrito con sangre de brujas. Desde antes de los romanos, ya nos encargábamos de cazar a los seres aberrantes, como al que llamaban Jesucristo, que no era sino un hechicero. ¿Cómo si no se explica los milagros que hizo?

Jorge enarcó las cejas sorprendido. Pensaba que estaban basados en el cristianismo, pero esto le chocó.

—Verás, Jorge. Nosotros creemos en Dios, pero no en el que dicen que fue su hijo. Los sacerdotes de la Iglesia Católica y de otras religiones están unidos en esta cruzada para desterrar de la tierra a estos demonios, pues esto es lo que son —Agustín hizo un discurso enfervorecido y bien aprendido— y ahora tienes que aprender a reconocerlos.

Sacó una caja de unos quince por veinte centímetros de ancho y unos doce de alto de debajo de la mesa y la colocó con gran cuidado encima. Tomó una llave que guardaba en un cajón y la abrió. Era como un antiguo neceser con pequeños compartimentos con botellitas de diferentes colores y contenidos.

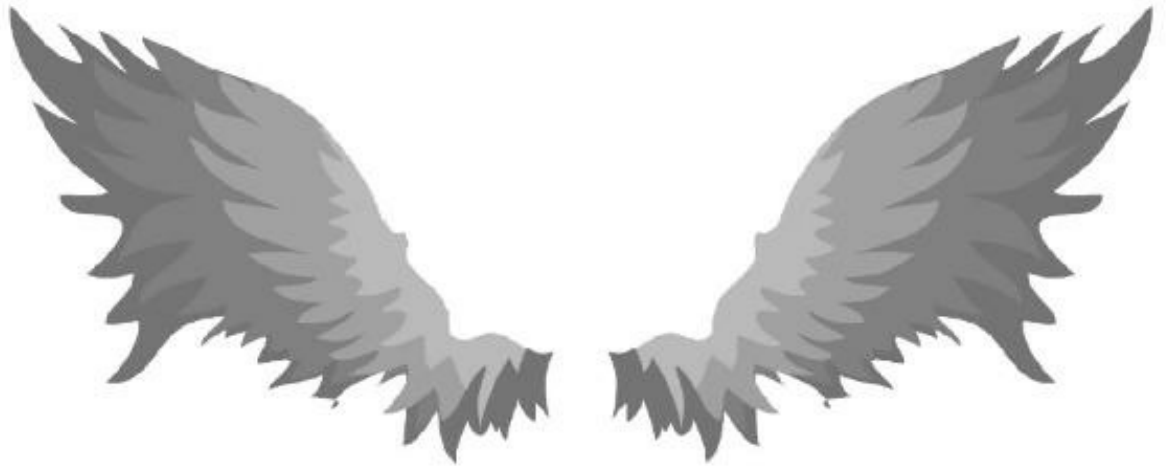
—El set del iniciado —extendió la mano como mostrando un gran tesoro — normalmente no lo damos hasta el mes de haber estado estudiando, pero tu padre confía en ti, y por eso te voy a explicar todo lo que contiene. Deberás ser muy cauto y no enseñárselo a nadie, porque los seres aberrantes se esconden muy bien, y cualquiera puede tener la sangre contaminada.

Jorge asintió y comenzó la explicación. Había seres de muy distintos tipos y cada uno tenía algo que les descubría. Menos mal que incluía todo un manual con las explicaciones, porque si no iba a ser imposible aprenderse todo eso.

Las hadas temían el hierro, a las brujas, hechiceros y magos, les salía un sarpullido en la cara si se les echaba agua bendita, vinagre y sal. Los que cambiaban de forma se volvían locos si tocaba un silbato especial que sólo podían escuchar ellos, había seres terrestres a los que si les echabas azúcar mezclado con bicarbonato se les disolvía la piel... y así hasta veinte cosas más.

Jorge tenía ganas de reír por momentos. El tal Agustín se tomaba las cosas tan en serio y a la vez era todo tan absurdo que parecía irreal. Una voz en su interior le reprendió. «Los monstruos existen y son ellos quien me asesinaron. Es tiempo de vengarse.»

Así que atendió y memorizó todo lo que pudo, y cuando se marcharon hacia su casa, había aprendido al menos diez modos de reconocer aberrantes, e iba armado con una pistola de balas de plata, hierro y sal, capaces de matar a cualquiera de los seres. ¿Sería capaz de ello? Todavía no lo sabía.



Capítulo 17: Una vuelta y una desaparición

Muriel sorbía su té caliente como si no hubiera pasado nada. Su expresión en estos momentos era indescifrable, pues tenía los ojos cerrados; no como la de sus amigos que se sentaban junto a ella y deslizaban entre ellos miradas de soslayo.

León y Sonia parecían dos incómodos amantes, Samuel y Anastasia se sentaban uno a cada lado de su poderosa amiga, y Rómulo sorbía su café tranquilo en la cabecera de la mesa del restaurante Amazonas.

Incluso Tobías había acudido y estaba hablando con Leia en la barra, sin perder de vista a la bruja. Samantha también había bajado de sus dominios y se sentaba con Saturna, hablando de sus cosas y por supuesto, vigilándola.

Había una calma tensa con un sonido bajo de televisión y algunas conversaciones casuales.

Finalmente, Muriel dejó la taza en la mesa y levantó la vista hacia sus amigos. Sonrió ampliamente a todos y cada uno de sus queridos acompañantes.

—Estoy bien, no volveré a hacerlo. Fue un mal momento, ya lo sabéis — miró a Rómulo que asintió con la cabeza.

—Por supuesto, Muriel —aseguró Anastasia cogiéndola del brazo— todos podemos enfadarnos.

—Claro que no todos podemos despertar a la Bruma y abrir una brecha que casi nos cuesta la vida —Tobías se había acercado a la mesa y se apoyaba con los puños cerrados, mirando furibundo a la joven.

—Querido Tobías, Muriel es una mujer muy dotada y accidentalmente hizo algo que ha prometido no repetir. Creo que podemos dar por zanjado el tema —Rómulo se incorporó y se enfrentó al medio ángel.

—Está bien, pero, y siento decirte eso, si en algún momento vuelves a acercarte a la Laguna con esas intenciones, te fulminaré. Con cariño.

La sonrisa terrible de Tobías asustó a todos menos a Rómulo y Muriel. El chico era realmente adorable, pero terrible cuando se enfadaba. Como solo podía ser un ángel exterminador.

—Por cierto, Tobías, antes de que te vayas a patrullar tu zona, quería

preguntarte, ¿has firmado la continuidad de la propiedad de tus terrenos? — Anastasia se recuperó de la impresión de verlo enfadado, y esto era muy importante.

—¿Por qué lo preguntas? —esta vez, su rostro fue más amable.

—Porque hay un proyecto en el ayuntamiento para construir una urbanización en la zona. Yo lo vi —contestó Sonia un poco amedrentada.

—¿Cómo? ¿En la laguna? —de nuevo Tobías mostró su rostro terrible.

—Quizá no fuiste al notario hace mucho, ¿puede ser?

Tobías frunció el ceño pensativo.

—Revisaré mis papeles.

Se fue tan silencioso como vino y todos suspiraron. Para parecer un chico sacado de cualquier película americana de estudiantes universitarios, el tipo acojonaba.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Muriel, solo por cortesía, porque sabía perfectamente todo. La mente de Sonia era realmente sencilla de leer, aunque la de Anastasia era un libro abierto. Samuel tenía sus propias barreras y desde luego, a Rómulo ni lo había intentado. En cuanto a León, no había mucho interesante salvo las preocupaciones hormonales y de su negocio.

—Sonia encontró un proyecto para construir unos chalés en la Laguna, lo que implicaría resecarla y con ello, se eliminaría la barrera mágica que impide que salgan.

—Oh. Ya veo. Bueno, pues habrá que convencer a la alcaldesa que no lo haga, ¿no? —Muriel sonrió inocentemente, aunque ya pensaba cómo convencerla.

—De momento esperaremos a que Tobías nos diga qué ha pasado con los papeles. Debería haber renovado la titularidad. Quizá Sonia, que es abogada, pueda ayudarnos —Anastasia miró a la chica que asintió sin problema.

—Tenemos visita —Muriel se volvió hacia la puerta y no pasó ni un minuto cuando entró Jorge.

El joven venía cargado con una mochila y se acercó a la barra directamente, dejándola en el suelo. Después se volvió hacia Muriel y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

Muriel se levantó y fue hacia él.

—Me alegro de verte, Jorge. Pensé que no ibas a volver —ella posó la mano sobre su hombro, sintiendo un escalofrío. Algo no iba bien.

—Te echaba de menos. Quería volver a verte. No sé qué fue lo que me pasó, pero me gustaría volver a intentar estar juntos, ¿te parece bien? —Jorge

acarició el cabello cobrizo de la chica hasta su cuello.

Ella sonrió y besó sus labios fríos. ¿Hacía frío fuera o él lo llevaba dentro?

Anastasia miró a Rómulo. —¿Será bueno que vayan juntos? —susurró. Él asintió.

—Sí, de hecho, es absolutamente necesario que estén juntos. Ella nos ayudará a todos.

Como siempre, el hombre era enigmático en sus palabras, pero Anastasia asintió sin discutir. Confiaba en él al cien por cien.

Muriel salió con Jorge hacia su casa. Se les vio caminar juntos de la mano y sonriendo, mientras una sombra oscura rondaba al joven sin atreverse a acercarse, como si una cúpula transparente e impermeable le rodease y se chocara con ella una y otra vez. Samantha intuyó que algo estaba pasando, pero Sonia lo vio más claro y terrible que la bruja.

Un remolino de aire se estaba levantando en el centro de la plaza. Sonia se acercó a la ventana temerosa. Rómulo se puso detrás de ella para tranquilizarla.

—¿Qué es lo que ves, pequeña? —el hombre le acarició el pelo intentando tranquilizarla.

—Un cúmulo de nubes grises. Están dando vueltas sobre ellas mismas de forma muy frenética. Nunca había visto algo así —ella se estremeció de miedo.

—¿Distingues a alguien? —se preocupó Rómulo.

—No, si no los miro directamente no sé quiénes son. De todas formas, no conozco a nadie del pueblo. Y la verdad, no los quiero mirar. Si ellos comprenden que puedo verlos, incluso con el talismán de Samantha, estarían molestándome todo el tiempo.

—Lo entiendo. Pero quizá llegue el día que tengas que hacerlo —Rómulo se apenó de la chica por lo que tenía que ver— ¿Nunca habías visto algo así?

—Jamás. Esto no tiene buena pinta. Están furiosas, y a la vez preocupadas, eso sí lo noto. ¿Por qué puede ser?

—Porque el día se acerca, y la brecha se ha abierto. Es muy pequeña la apertura, pero ellos, que están entre dos planos, lo notan. Y se sienten enfadados y muertos de miedo. Creen que se los van a llevar allá y no quieren irse. Lo malo es que harán cualquier cosa por salvarse. Allá, en lo profundo, se dice que son torturadas.

Sonia miró con curiosidad a Rómulo. Ella no sabía qué era exactamente.

No tenía aura. No había sentido nada acerca de él. Solo sabía que él conocía el futuro y el pasado, que podía leer a la gente, no sabía si leía la mente. No sabía si ahora mismo podría saber lo que ella pensaba. Estaba vuelto hacia el exterior como si pudiera ver. ¿Era ciego? No tenía ni idea.

Se retiró hacia dentro del bar y se sentó en la mesa con Anastasia que la miraba con una pregunta muda y Samuel, que sospechaba algo.

—¿Qué has visto, Sonia? —no pudo evitar preguntarle.

—Ha visto algo feo —miró a Rómulo que contestó por ella sentándose con ellos—. Las almas que pasean por el pueblo están furiosas, dando vueltas en el centro de la plaza, han formado una especie de tornado.

Anastasia se asomó a la ventana levantándose de su asiento, pero no vio nada. Samantha hizo lo mismo, pero ella se puso pálida. Saturna se levantó y sin mirar, se fue del restaurante.

La bruja mayor se acercó a la mesa.

—¿Qué ocurre, Sonia? ¿Qué están haciendo?

Sam era una bruja emocional, notaba los sentimientos que movían a las personas y por eso los leía. Y ahora se veía muy preocupada.

—Están dando vueltas en el centro, cada vez van más rápido —contestó resignada la chica. De nuevo se tendría que ir. Y ahora, no es que se hubiera enamorado de León, pero el sexo había sido increíble. Pero lo mejor era la gente que había encontrado aquí. Amigos.

—Están muy enfadadas. Noto su furia y su miedo —le contestó Samantha.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Anastasia. Samuel tampoco las veía, aunque sí notaba un enrarecimiento del ambiente.

—De momento, mientras ellas no hagan daño a nadie, no haremos nada. Si las cosas fueran a peor, exorcizaremos el pueblo y lo sellaremos para que no entren. Al menos, podremos dormir tranquilos —Samantha parecía muy decidida— Y con Muriel podremos hacerlo. Supongo.

—¿Dudas de ella? —se escandalizó Anastasia.

—No... creo que no. Pero ella es capaz de cosas increíbles. Es una bruja de luz astral. Ella domina todos los elementos, los visibles y los invisibles. Su abuela lo sospechó cuando nació, y por eso hicimos lo que hicimos. Las brujas de luz astral pueden ser o muy buenas, o muy malas. O pueden cambiar cuando quieran. Digamos que su moral pende de un hilo —Sam miró con pena a su amiga— de un hilo muy fino.

—Yo no creo que sea capaz de pasarse al «lado oscuro». Ella es buena, Sam. Tú la conoces —Anastasia reprochó a su maestra que dudara.

—Ya veremos —suspiró Samantha.

La maestra bruja se levantó y poniéndose un escudo mágico antes de salir, se aventuró a la calle, pasando lo más lejos posible del torbellino que todavía rodaba en el centro de la plaza. Los pocos habitantes que pasaban por la plaza no eran conscientes de ello, pero evitaban esa zona por pura intuición.

León miró a Samantha marcharse. Él no veía nada fuera aunque sí sentía un malestar en todo su cuerpo. Claro que seguramente sería por el aumento de hormonas.

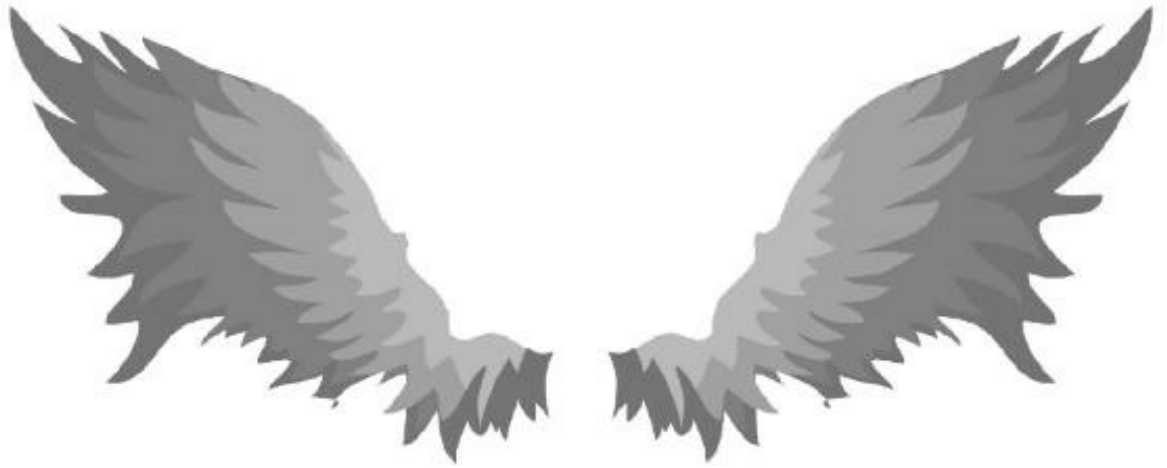
Hoy comenzaba la fase de la luna llena y León se dirigió hacia Sonia, pidiéndole ayuda con una mirada suplicante. Las hormonas estaban rozando el máximo. Ella asintió y se dirigieron al piso superior sin decir nada a nadie. Para qué, si todos o sabían o los olían.

Anastasia se dirigió hacia su tienda, aunque en esas fechas posiblemente no había turistas, quizá alguien quisiera alguna cremita o amuleto para algún regalo. Se despidió de Samuel con un beso en los labios y de Rómulo con un abrazo y salió abrigándose con su gracioso gorro azul.

Llegó en dos minutos a la tienda y la abrió. Era un local en los bajos de una antigua farmacia. Tenía un encanto tremendo, con paredes de piedra y un mostrador de madera antigua, probablemente del siglo XIX. Cuando Anastasia lo compró, todavía quedaban en su interior pequeñas botellas de cristal ahumado con productos, hierbas, incluso grageas. Se lo dio todo a Samantha para que pudiera aprovecharlos. Pero las vitrinas se quedaron allí y las llenó de colgantes por un lado y cremas artesanales por otro. Los cuadros pequeños de Samuel y algunas láminas suyas colgaban por las paredes. Y de vez en cuando ella pintaba camisetas y vestidos, sobre todo para el verano, lo que era muy bien acogido por los turistas.

Una corriente de aire frío entró por debajo de la puerta y Anastasia tuvo un escalofrío. Cogió rápidamente el espray de agua de Valencia que había preparado con Samantha, especial para limpiar de malas energías, y que nunca había tenido que usar y lo esparció por la puerta. La corriente fría se retiró y el ambiente volvió a ser el mismo.

Anastasia envió un mensaje al grupo para informar. Quizá lo que fuera que Rómulo temía que pasara, había empezado.



Capítulo 18: La luna llena

León hizo que Sonia tuviera un segundo orgasmo. Él ya ni los contaba. Llevaban toda la tarde encamados, porque él tenía las hormonas más altas que nunca.

—¿Te encuentras bien? —León se retiró de encima de la joven y se echó junto a ella.

—Sí, estoy bien, aunque algo cansada. Nunca lo había hecho tantas veces, bueno ya sabes a lo que me refiero—Sonia se sonrojó.

—Imagino, vamos, no sé —ahora le tocó a León sonrojarse. En verdad estaba muy agradecido a esta joven y le estaba tomando mucho aprecio. No es que se hubiera enamorado. Ahora mismo era más una necesidad física que otra cosa. Pero ella era hermosa, inteligente y muy sensual.

—¿Crees que será suficiente para que esta noche no te conviertas? —ella se estiró desnuda provocando una mirada apreciativa en su compañero de cama.

—Creo que sí, pero, hay algo en el ambiente que me eriza el vello.

—Sé que es una pregunta muy personal, pero, te importaría decirme... — Sonia paró sonrojada y le miró a los ojos.

—¿Quieres saber en qué me convierto? —el chico se incorporó de lado, mostrando sus músculos bien dibujados. Ella no pudo dejar de mirarlos. Estaba hipnotizada. Impresionada. Emocionada por tener un amante como él.

Él sonrió oliendo de nuevo su excitación y se lanzó a besarla por todas partes.

—Luego hablaremos, ¿te parece?

Ella sonrió mientras se colocaba sobre él. —Me parece.

Después del tercer combate, León se fue a duchar. Llamó a Leia para comprobar que todo estaba correcto. No había más que un par o tres de personas en el bar y pronto cerraría. La noche estaba especialmente fría.

Sonia se levantó a la cocina Estaba hambrienta. Se puso una camiseta y unas mallas; todavía se sentía apurada por ir desnuda por la casa, lo que a él le traía sin cuidado. No era consciente del cuerpo que tenía, comparable a

cualquier actor de Hollywood.

Abrió el congelador y sacó una pizza. Mientras la metía al horno, escuchó un gruñido. Se quedó paralizada. El gruñido venía del baño. Él le había dicho que no cambiaría, y menos antes de las doce. Le había advertido que, si ocurriera, que saliera corriendo pues se convertía en un animal salvaje, pero ¿cómo podía ser? Sus hormonas estaban bajas...

El gruñido salía del baño y el sonido de unas garras sobre el suelo de cerámica hizo que su cabello se pusiera de punta. La puerta de la calle estaba a dos metros. ¿Llegaría? Otro paso le hizo reaccionar y corrió por salvar su vida, salió y cerró la puerta tras ella. Un fuerte golpe en la puerta le indicó que había sido por muy poco. Salió por las escaleras hacia la calle. Leía había cerrado y ya no estaba en el bar. Corrió descalza por el suelo helado hacia la casa rural, mientras escuchaba unos cristales romperse y un bulto cayendo en el suelo. Corrió y corrió hasta llegar a la puerta donde golpeó frenéticamente, gritando, llamando a Samuel. No sabía si estaría, porque habitualmente dormía con Anastasia.

Iba a morir a manos de quien le había hecho el amor hacía menos de media hora. Los pasos del animal se acercaban. Ella se escondió en el quicio de la puerta. Pero seguramente la olería. Se apoyó en la madera, temblando de frío y miedo. El animal volvió la esquina y ella por fin pudo verlo. Era un magnífico jaguar dorado y negro, con los ojos verdosos, tal y como León los tenía. Se dirigía despacio hacia ella, sabiendo que no escaparía, jugando con su terror y disfrutando de los preliminares de la caza.

De repente, un ruido tras ella se escuchó y el jaguar movió las orejas, preparándose para saltar. Una mano le tapó la boca y fue empujada hacia dentro mientras se cerraba la puerta herméticamente, dejando al animal frustrado, fuera de la casa.

—Dios mío, Sonia, ¡estás helada! —Samuel estaba vestido solo con un pantalón de pijama y el torso al descubierto. Por primera vez, ella lo vio y descubrió que iba recubierto de tatuajes con dibujos intrincados por todo el cuerpo.

—Es León, ¡es León! ¡Ha cambiado! —Sonia se abrazó al hombre temblando.

—No puede ser, no puede haber cambiado. Sus hormonas estaban bien. Lo olí.

—Sal fuera y verás un jaguar con pocas ganas de jugar —contestó tiritando Sonia.

—Vamos al salón, delante de la chimenea, debes entrar en calor.

Samuel la condujo hacia el salón donde el fuego todavía estaba encendido. Echó leña para avivarlo y sentó a la chica delante, en una pequeña banqueta. Masajeó sus pies para hacerla entrar en calor.

Anastasia bajó las escaleras ya vestida. Miró alarmada a Samuel.

—¿Cómo es que se ha convertido?

Miró a la pobre joven que estaba tiritando. Se sentó enfrente de Sonia masajeando los brazos para hacerle entrar en calor. Samuel fue por una infusión caliente de la cocina. Volvió en dos minutos.

—Tenemos un problema. Ya he avisado a Rómulo. Seguramente se irá al bosque a cazar, esperemos que no se encuentre a nadie. Al amanecer será León de nuevo.

—Eso espero —susurró Anastasia. Abrazó a Sonia que ya había dejado de temblar. Le puso otra de las mantas del sofá encima y por fin la chica comenzó a sudar levemente.

Unos golpes sonaron en la puerta y Samuel salió a abrir. Rómulo había llegado con Samantha.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué se ha transformado? ¿Tendremos que avisar a Muriel?

—Pasad, Sonia está aquí.

Rómulo se sentó en el sofá delante de las chicas, saludándolas con una cariñosa caricia en la cabeza a ambas. Samantha las saludó seria mirando acusadora a Sonia.

—Niña, explícate.

Sonia frunció el ceño mirando a la bruja. Se arrebujó en la manta y miró al fuego. No tenía ninguna gana de contestar. Ellos se habían preocupado mucho por León y lo entendía, porque era su amigo, pero ella había estado a punto de morir devorada por un depredador. Se merecía al menos un poco de respeto y atención.

—Querida Sonia, ¿nos puedes contar qué ha pasado? —Rómulo comprendió exactamente el estado de la chica. Como siempre.

—León se estaba duchando después de... ¡tres veces! —Sonia se sonrojó ligeramente— y yo me vestí y fui a preparar algo de comer. De repente, escuché un rugido en la ducha y luego sus garras sobre las baldosas, y salí corriendo, tal cual estaba. Cerré la puerta y bajé por la plaza. Él atravesó los cristales de la ventana y casi me alcanza. Llamé a la puerta y bueno, aquí estoy.

—Ha debido ser una experiencia terrible, lo siento, Sonia. Simplemente pensé en León —Sam se disculpó con la joven.

—Estaba muy tranquilo después de tanto desahogo —protestó Sonia todavía apurada por hablar de ello— él ya no tenía el aura roja, sino naranja pálido. ¿Por qué ha pasado?

—No lo sabemos, querida. Bastante agradecidos te estamos por haber consentido en ello —Rómulo siguió conciliador— Y en verdad que yo también noté que sus hormonas estaban en un punto normal. Algo extraño ha pasado.

—¿Debería salir a buscarlo? —Samuel dudó.

—Ahora no eres rival para él. La única persona que podría contenerle sería Muriel, quizá Tobías y yo, claro —contestó él—. Así que saldré a buscarlo, antes de que haga algo de lo que se pueda arrepentir.

—Yo te acompaño, cazar es lo mío —se ofreció Anastasia.

—Está bien, solo vendrás tú, los demás esperaréis aquí. Sam, necesito que junto a Sonia hagáis un escaneo de la ciudad para ver si se ha colado «algo» proveniente de la Laguna. Si eres tan amable, Samuel, podrías acompañarlas.

Todos asintieron, aunque el hechicero miró a Anastasia. Seguramente desearía acompañar a su chica.

—Vamos, Sonia, te dejaré ropa de abrigo, la vas a necesitar —Anastasia tomó de la mano a la chica que ya había entrado en calor.

Anastasia prestó pantalones, abrigo y botas a la joven. Le venían algo justos y largos, pero pudo metérselo.

Se prepararon para salir a la fría noche. Apenas subía el termómetro de dos grados y soplaba un viento gélido que les calaría los huesos. Pero era importante. Y eso que esperaban que la fiera no se encontrase a nadie, al menos a ninguna persona.

Nunca hasta ahora habían tenido un accidente así, no llegó a convertirse, ni en la luna roja de hace dos años. Hace años sí se convirtió pero lo único que hizo fue correr por los montes y cazar un par de cabras. Al amanecer lo encontraron desnudo en la cueva de la Piedra de la Luna, donde se podía dormir calentito.

Rómulo paseaba inquieto por la entrada ya con su abrigo puesto. Anastasia bajó con su traje militar y con una escopeta cargada con dardos tranquilizantes. También llevaba una pistola con balas reales. Samantha la miró y ella se encogió de hombros. Tampoco es que fuera a permitir que León hiciera algo malo.

Salieron hacia el monte. Rómulo llevaba la linterna y Anastasia la escopeta cargada y dispuesta. Olfateó el aire fresco de la noche. Había una especie de frío concentrado que les robaba el poco calor que tenían dentro. Rómulo encontró el rastro y comenzó a andar muy deprisa, casi corriendo. Anastasia lo seguía tropezándose, al contrario que él.

Llegaron a un claro del bosque donde Rómulo se paró en seco.

—Está por aquí, atenta —susurró a Anastasia.

Los acontecimientos se sucedieron entonces como en una película. Anastasia vigilaba apuntando a la oscuridad cuando un sonido la alertó demasiado tarde. La fiera se echó sobre ella enviando su escopeta muy lejos. Las fauces del felino amenazaban su cuello, aunque ella había interpuesto su brazo que ya sangraba profusamente.

—Anastasia, cierra los ojos —gritó Rómulo.

Ella lo hizo sin saber por qué.

De repente, Rómulo se abrió la cazadora y metió sus manos en su propio pecho, abriéndoselo y dejando ver una luz brillantísima saliendo de él. La luz era casi tan potente como la del sol y Anastasia sufrió sus efectos incluso con los ojos cerrados. De repente, las fauces dejaron de hacer presión y las garras de arañarle el cuerpo. Un pesado bulto cayó sobre ella; esta vez, ya no era un animal. León había vuelto a ser él mismo.

Anastasia abrió los ojos a tiempo de ver como Rómulo se cerraba el pecho y la potente luz que había iluminado el bosque como si fuera de día, desaparecía.

Ella se quitó de encima con gran dificultad al hombretón desmayado -y desnudo- y se levantó mirando al otro hombre y sujetando su brazo empapado en sangre.

—¿Quién eres? —preguntó intrigada mirando a Rómulo que ya estaba como siempre.

—Soy alguien distinto —sonrió él poniendo su cazadora encima al joven desmayado— Supongo que estudiaste el en colegio la mitología egipcia, verdad, habrás escuchado hablar de Ra.

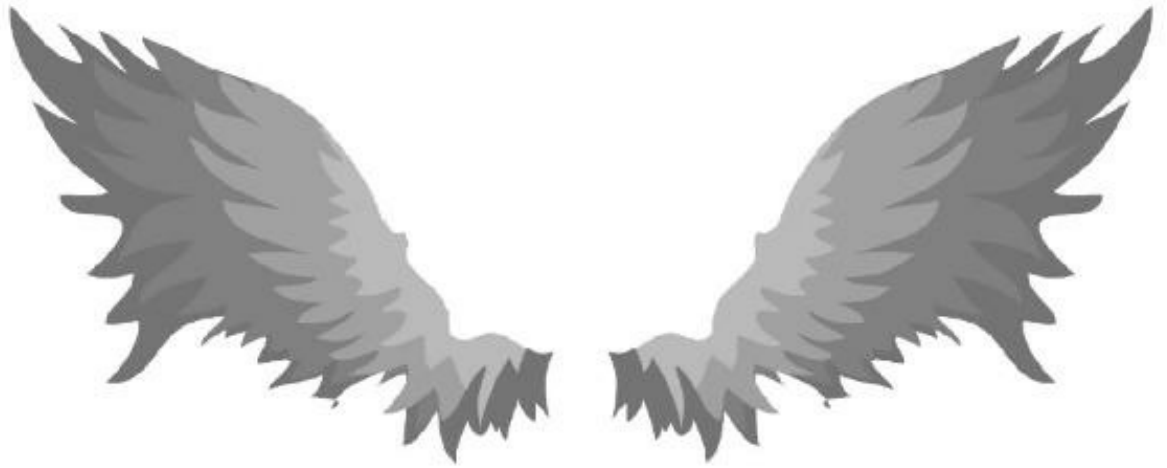
—¡No jodas! ¿eres un Dios? —ella se quedó quieta, con el brazo colgando y manchando el suelo de sangre.

—No —Rómulo rio con ganas— Ra era mi padre. Mi madre era humana. Ves, todos somos parte de aquí, parte de allá. Recojamos al chaval.

—Creo que no podremos llevarlo.

—Creo que sí podré, solo échame una mano.

Anastasia le ayudó como pudo a subírselo a la espalda. Era casi ridículo pensar que un tipo de más de metro noventa pudiera ser llevado por alguien a quien sacaba más de treinta centímetros. Los pies de León casi rozaban el suelo por un lado mientras que sus manos rozaban por el otro. Y sin embargo, Rómulo caminaba como si llevase una mochila ligera. Anastasia no se cuestionó nada más y le siguió. El brazo le estaba doliendo mucho pero todavía estaba alucinada. Era la primera vez que él hablaba de su pasado y sinceramente, le acojonaba bastante.



Capítulo 19: Expulsión y protección

Samantha y Sonia comenzaron a pasear por el pueblo seguidas del antiguo hechicero. No se veía ni un alma. O al menos ni un alma viva, y agradecieron que Samuel las acompañase.

Las nubes grises se arremolinaban en la plaza y corrían por las esquinas buscando el calor de un cuerpo, pero a esas horas, solo podían esperar a que amaneciera. Los más oscuros podían unirse a uno de los vivos, pero la mayoría de los que rondaban el pueblo eran más bien claros. Simples habitantes que habían pasado al siguiente plano, pero que no se habían marchado del todo, por la razón que fuera.

Samantha y Sonia llevaban sus amuletos de protección y no se les acercaban y Samuel tuvo en su día el alma tan oscura, que ninguno de los seres osaría estar a un metro de él.

La bruja recitó sus salmodias de protección para que las almas u otros seres oscuros y tenebrosos no pudieran entrar en el pueblo. Sonia buscó por todas las calles esa nube oscura, casi negra, pero no la encontró. Se alegró de ello pues le atemorizaba bastante. Sabía que cuanto más oscura era el alma, peores intenciones tenía.

La vuelta al pueblo fue rápida. Samuel estaba muy inquieto por Anastasia y hacía mucho frío, así que llegaron casi a la vez que su novia y Rómulo. La mujer llevaba su pañuelo de cuello teñido de rojo enroscado en el brazo y el hombre cargaba absurdamente sin esfuerzo al pobre León que mostraba su espléndido trasero sin poder evitarlo. Sonia, que había abierto la puerta, se sonrojó.

—Vamos dentro —Samuel fue corriendo hacia su chica que lo apartó—
¿Estás bien?

—Estoy bien. Gracias a Rómulo. Entremos.

La casa rural les pareció un paraíso después del frío y el mal rato pasado. Rómulo dejó a León frente a la chimenea, en la misma alfombra donde habían estado sentadas ambas mujeres hacía un rato. La temperatura de su cuerpo era todavía cálida, pues la transformación en animal subía extremadamente su

temperatura. Aun así, Sonia lo tapó con la manta. Dormía profundamente, o estaba inconsciente. Por lo menos su respiración y sus pulsaciones eran regulares. Nadie diría que había estado a punto de matarla.

Samuel estaba curando a Ana junto a Samantha. Por suerte, ésta siempre llevaba algo en la mochila, así que, tras desinfectar la herida, que era profunda, tuvo que coser un par de puntos y le puso un apósito con sus hierbas especiales.

—Deberíamos averiguar cómo es que León se ha transformado, para que no vuelva a ocurrir —Samuel estaba muy serio.

—¿Habéis visto algo fuera? —preguntó Anastasia con el rostro menos pálido.

—Nada. Ni una sombra más oscura que las demás.

—Mañana debemos visitar la Laguna. Sonia, deberás ir y revisar bien cada centímetro. Probablemente solo tú puedas. Tobías te llevará —las órdenes de Rómulo no se discutían nunca, y ahora Anastasia sabía por qué.

Sonia asintió algo distraída. No perdía de vista al joven que estaba con los ojos cerrados y respirando regularmente. Se fijó en sus pestañas, algo que no había apercibido hasta ahora. Eran largas y claras, rubias, y hacían una ligera sombra en sus pómulos marcados. Era condenadamente guapo cuando estaba despierto, pero dormido era perfecto. Suspiró. Quizá cuando acabase esto podría quedarse un tiempo allí, conociéndose y no solamente follando. Ella se estaba enamorando de él, aunque probablemente no fuera recíproco. Volvió a suspirar.

—Descansemos. Vigilaremos a León por turnos, solo por si acaso —dijo Anastasia.

—Yo haré el primer turno —se ofreció Samuel— todos habéis hecho mucho esfuerzo y estáis agotados.

Los demás asintieron y se fueron a dormir a las distintas habitaciones. Samantha se marchó a su casa a buscar algo en sus libros. Los demás cayeron rendidos. Por suerte, los huéspedes se habían marchado hacía un día y medio y la casa rural estaba vacía.

El amanecer llegó pronto sin novedades. León seguía durmiendo como un chiquillo. Sonia estaba haciendo el último turno. Mirándole absorta. Él sonrió sin abrir los ojos.

—¿Tengo algo en la cara para que me estés mirando fijamente?

—¿Cómo puedes...?

—Te huelo. Aunque no huelo mi casa.

Abrió los ojos y se sentó en la alfombra, mirando alrededor.

—¿Estamos en tu habitación? No recuerdo haber venido... ¿estaba bebido? —de repente se quedó pálido— No me habré... ¿hay alguien herido?

—Bueno... la verdad, tuve que salir corriendo —Sonia sonrió levemente para quitarle importancia— No ha pasado nada grave.

—¡Oh Dios! —León se echó las manos a la cabeza— ¿Cómo puede ser? El nivel de mis hormonas estaba bajísimo.

—No lo sabemos. Te trajimos aquí, Rómulo te trajo.

León enarcó una ceja.

—¿Estaba convertido? ¿Y me trajo? Vaya, es sorprendente. Pero no habré herido a nadie, ¿verdad?

—Anastasia está un poco, digamos, mordida, pero ya se ha recuperado, tranquilo.

León se levantó del suelo. Sonia desvió la vista porque estaba desnudo y todavía no se creía que ese ejemplar de hombre fuera su amante. Era simple y llanamente un hombre bien construido, todo fibra y alto y guapo. Como un granjero, todo fuerza y virilidad. Ella cambió su pensamiento para que no le olera y salió de la habitación mientras él se vestía. Le habían dejado ropa amplia de Samuel, que, aunque no era tan alto como él, le serviría. Se dirigieron a la cocina.

Todos estaban tomando café. Anastasia llevaba el brazo vendado y fue a la primera a la que se dirigió.

—Lo siento, Ana, perdóname. No sé qué paso.

—Tranquilo, León. Lo que te ha pasado es muy extraño —le interrumpió Rómulo que tomaba un humeante té— siéntate y toma una infusión. Sentaos los dos.

Samantha ya estaba preparando dos nuevas tazas que entregó a cada uno, sí o sí. Ellos lo tomaron y al instante se tranquilizaron.

—Resumamos los hechos —la mente analítica de Anastasia comenzó a organizar— Tenemos el asesinato de Soledad, que no sé si estará relacionado, pero fue el primer hecho. Después está la transformación de Muriel, y la bruma de la Laguna y tras ello, León no ha sido capaz de controlar su animal y se ha convertido.

—Y no te olvides las nubes grises, e incluso la negra que ronda por ahí —apuntó Sonia.

—Cierto, nunca habían estado tan activos —Samuel los sentía apenas, pero las últimas semanas, incluso él los sentía.

—Y hay algo más, quizá tú quieras contárselo, Rómulo —Anastasia miró al hombre que, por primera vez en su vida, se encontraba incómodo en su sillón.

Todos miraron al hombre y éste suspiró resignado.

—Nunca os llegué a contar mi origen y os agradezco que nunca me lo hayáis preguntado —hizo una pequeña pausa dramática como corresponde a una gran revelación— veréis, mi padre, era Ra. Sí, ese Ra del que habéis leído tanto en los libros sobre dioses egipcios. En otras culturas se lo conoce como Helios, o como Zeus. A mí siempre me gustó la mitología egipcia. — hizo otra pausa— Y yo soy uno de sus bastardos. Soy el protector de esta zona de la Tierra, desde hace varios cientos de años.

Las caras de sus amigos eran dignas de ver. Todos lo miraban con la boca abierta y sin apenas dar crédito.

—El caso es que adopté esta forma porque quería pasar desapercibido, y me encanta vivir aquí, no solo por vosotros, sino porque es uno de los vórtices de entrada al inframundo, como lo llamábamos entonces. Y es el que más peligro tiene.

—¿En serio eres un dios? —preguntó León rompiendo el silencio.

Rómulo enarcó las cejas. León era un chico estupendo, pero a veces, no iba a lo importante.

—No, en todo caso soy un semidios. Mi madre era mortal. Pero antes de que comencéis a preguntarme cosas personales que no voy a contar, tenemos que pensar en el vórtice. Posiblemente algo haya escapado de la Laguna. Deberíamos ocuparnos de eso. O puede que pronto empecemos a cambiar y a matarnos los unos a los otros.

Su voz tranquila hizo que tardaran en asumir la importancia del momento. Sonia cogió la mano de León que se la apretó distraído.

—¿Qué hacemos entonces, Rómulo? Tendríamos que saber si Muriel está afectada, si tiene un parásito en su interior. Y si es así, sería imparable. Ella es la única bruja de Luz Astral que existe ahora, que sepamos —comentó Samantha preocupada.

Todos le pidieron una explicación.

—La Luz Astral es la sustancia que constituye lo físico, de cualquier plano y recoge también todo lo que haya sucedido en cualquier tiempo y lugar — todos seguían callados esperando más explicaciones— quiero decir que es capaz de dominar la materia -toda-, pero también lo que ha sucedido y lo que va a suceder. Es similar al poder de un dios. Suele nacer una bruja o brujo con

esos poderes cada tres mil años. Y nos ha tocado conocer y vivir con una.

—Ya veo —Rómulo estaba pensativo— pero no tiene por qué ser malvada, ¿no es así?

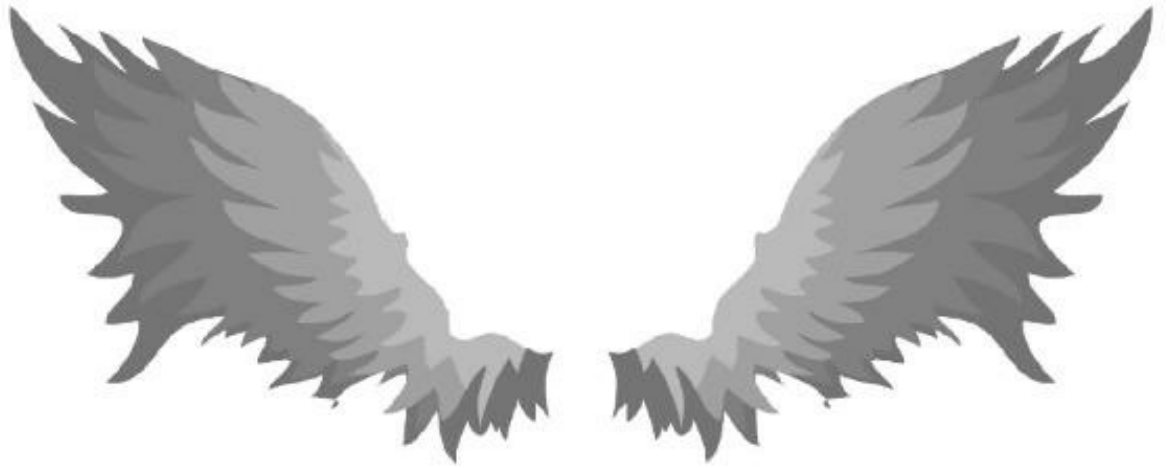
—La última lo fue, Lilith, ¿recuerdas?

—Claro, recuerdo. Pero ella es Muriel, es todo corazón y amor.

Un golpe se escuchó en la puerta y Samuel fue a abrir. Muriel entró deprisa en la casa hasta la cocina.

—¡He matado a Jorge! —gritó histérica.

Y cayó desmayada.



Capítulo 20. La llamada

—Deberíamos acabar con ella ahora que está dormida.

El pensamiento de León era bastante lógico, pero no por ello dejaba de ser terrible y cruel.

—¡Cómo puedes decir eso! ¡Es tu amiga! —Anastasia le increpó— También podíamos haber acabado contigo cuando estabas convertido en animal y no lo hicimos.

Él pareció avergonzado.

—Samantha podrá hacer algo. Llémosla al taller.

—Yo la llevaré —dijo León—, es lo menos que puedo hacer.

—Te acompaño —dijo Anastasia desconfiada.

Salieron a la calle bien abrigados, de nuevo la temperatura había bajado como si el día les invitara a quedarse dentro de casa y no salir jamás.

No se veía gente por la calle. Solo encontraron a la maestra. Saturna también se les quedó mirando y se fue rápidamente hacia su casa. Media docena escasa de personas pasaban rápidas por la plaza sin prestarles atención. Parecía que ver al dueño del Amazonas llevando a la bruja del pueblo desmayada era algo sin importancia, o quizá es que Samantha había hecho algo para ocultarles.

—Sonia, necesito que vayas a la plaza del pueblo y mires directamente a las sombras, quiero que indagues a ver qué saben. Ellos están en contacto con el inframundo y puede que alguien te diga algo —Rómulo ordenó.

Sonia le iba a contestar al semidiós que se negaba, pero no pudo. Miró con pena cómo se iban Samantha, Anastasia y León con Muriel hacia el taller.

Rómulo se fue con Samuel al Amazonas, antes de ir con Muriel. Leia ya lo había abierto. «Yo también desayunaría», pensó Sonia enfadada, pero finalmente hizo lo que le habían pedido.

Paseó tímidamente por la plaza, arrebujándose en su abrigo. Llevaba el gorro calado hasta las orejas. Iba a coger un buen catarro, o bueno quizá no, si se acababa el mundo. De pronto, pensar en esa tontería le hizo sonreír.

—Tienes una bonita sonrisa, pequeña —la voz de Horacio sonó tras ella.

Sonia se giró sonriente hacia el hombre, pero lo que vio fue su sombra. Una sombra gris clara, casi blanca, pero sombra.

—¡Dios! ¡Horacio! ¡Cuándo ha pasado? —ella se tapó la mano con la boca horrorizada.

—Ah, tranquila. Estoy bien. —su voz era como un susurro en su cabeza. El hombre no vocalizaba. Solo sonreía amistoso frente a ella— Anoche salí a pasear, y no recuerdo mucho más. Algo... algo me atacó.

—Oh Dios, ¿fue un animal? —preguntó Sonia espantada.

—No lo recuerdo —el hombre parecía confundido— algo me desgarró la garganta. Pero no importa, ya he vivido mucho tiempo. Quería despedirme de ti, ya que te he visto.

—Espera, Horacio. Algo malo está pasando en el pueblo, ¿puedes ayudarme? ¿hay algún ser oscuro que tú hayas visto desde que..., desde que...?

—No, no he visto nada. Vi a algunos vecinos, pero nada oscuro. ¿Quieres que busque algo, pequeña?

—Si fueras tan amable antes de marcharte. Es muy importante, porque puede que el pueblo y sus habitantes estén en peligro.

—Oh, entonces cuenta conmigo. Por cierto, hay muchos de por aquí que estarían encantados de que pudieras dar sus mensajes.

—Seguro, —suspiró ella resignada— cuando pase todo lo haré. Díselo si quieres. Ahora tengo que seguir buscando, ¿de acuerdo?

—Te mantendré informada. Gracias, linda, tienes un alma preciosa.

Sonia sonrió mientras Horacio se desvanecía. La verdad es que siempre había pensado que tenía algo malo con ella, porque si no, ¿por qué era capaz de ver las más oscuras almas de los demás?

Una sombra un poco más gris que las demás cruzó por delante de ella hacia el bosque. Decidió seguirla. Tal vez le diera alguna pista más. Según ella sabía, ese camino conducía a la Laguna. Se abrigó un poco más y lo siguió a cierta distancia.

La nube gris oscura serpenteaba por el camino como si lo hubiera recorrido cuando era una persona. Llegó a un recodo del camino, casi al punto de alcanzarla, cuando desapareció. Sonia la observaba detrás de un árbol, y se dirigió rápidamente hacia ella, cuando de repente, tropezó con algo y cayó al suelo de bruces.

—¡Mierda! —gritó Sonia.

Se puso a cuatro patas y se sentó, tocándose la frente que sangraba. Se giró hacia atrás para ver con qué se había tropezado. Parecía un cuerpo.

Se acercó al cuerpo que estaba medio cubierto de hojas. Debía ser el pobre Horacio, giró el bulto aunque no le agradaba, para ver si realmente había muerto por un desgarró de garganta, como la otra chica.

Dio un salto hacia atrás sorprendida. La persona que estaba allí no era Horacio, sin Tobías. Su rostro, tan bello como en vida, seguía igual, solo que tenía los ojos completamente negros. Le tomó el pulso, aunque estaba muy frío. Pero claro, ¿quién puede imaginarse que un ángel pueda morir?

—Esto es muy grave, muy grave —murmuró la chica levantándose. Tenía que ir a contárselo a Rómulo.

Se volvió hacia el bosque para marcharse, cuando una suave niebla la rodeó. La bruma nacía de la Laguna, y se movía por su superficie con suavidad. Sonia la sintió cálida y envolvente, se dejaba llevar hacia ella. Se encontraba cómoda y caminó hacia la Laguna. Escuchaba su nombre, ¿era su abuela? Caminó hacia su llamada, deseosa de fundirse entre sus brazos. La echaba tanto de menos... Ya casi estaba a punto de meterse en el agua cuando una sombra blanca se interpuso en su camino.

—Pequeña, ¿dónde vas?

Sonia miró sin ver al espíritu del panadero. Intentó avanzar, pero de alguna forma, él pudo impedirselo.

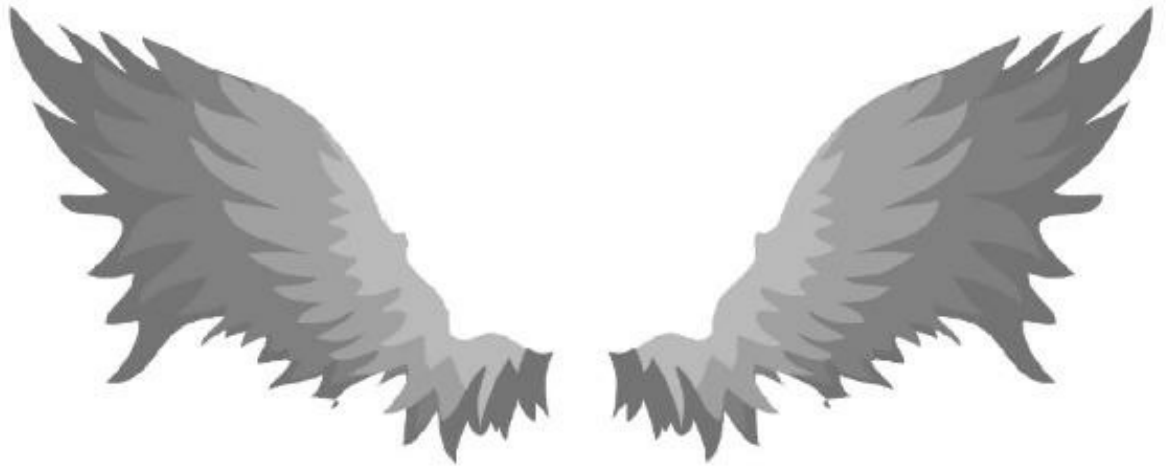
—¡Despierta, niña! ¡Vamos! No puedes entrar ahí, es malo para ti. ¡DESPIERTA! —gritó de nuevo en su mente.

Sonia comenzó a verlo. Ya casi tenía los pies dentro del agua y la niebla la cubría hasta la cintura. Abrió los ojos de par en par asombrada de lo que iba a hacer.

—¡Oh Dios! Casi me meto en la Laguna.

Miró a Horacio y le dio las gracias. Se zafó de la niebla como si fuera una tela de araña y salió corriendo no sin antes echar una última mirada al pobre joven, al ángel caído, que había sido sorprendido, incapaz de desplegar siquiera sus alas.

Horacio la siguió. Se sentía muy protector con ella, y comenzaba a recordar levemente lo que le había pasado. Seguramente esos recuerdos comenzaban a llegar gracias a estar junto a la chica.



Capítulo 21: El gran despertar

Muriel hizo pasar a Jorge a su casa. Llevaba una mochila muy abultada, por lo que daba por supuesto que se quedaría unos días allí. Ella no estaba tan convencida, después de su «despertar», pero el chico le gustaba mucho. Y no quería que sus dones interfirieran en su vida. Al menos no del todo. Quizá sería bueno decirle a Jorge lo que era y así sabría si él lo aceptaba.

Era raro, pero apenas podía leerlo. Aunque también era bueno, sobre todo para una relación amorosa. Desde que Samantha había desatado sus poderes, se sentía muy distinta y a la vez igual. Veía las cosas como con más color, más sabor, más olor. Es como si se hubiera quitado un velo de su mente.

Las sombras grises que habitualmente veía como un leve reflejo, eran ahora tan nítidos como una persona, aunque no se atrevían a acercarse a ella. Más bien salían huyendo cuando ella pasaba cerca. Tal vez sentían un poder que Muriel misma no estaba tan segura de tener.

Decidieron dormir, cada uno en una habitación y dejar la charla para la mañana. Apenas se desearon buenas noches. Ella se fue a su habitación apenada, pero enseguida lo escuchó ir al baño.

No recordaba con claridad qué había pasado cuando Sam le confesó que la había atado de pequeña. Sabía que se había enfurecido y que había salido corriendo. Después recordó vagamente la Laguna y luego se despertó en casa de su mentora.

Ahora sentía como la energía fluía en ella, y que era capaz de hacer muchas cosas solo pensándolo. Pero no quería acostumbrarse a ello. Comenzaba a aceptar y comprender por qué le ataron en su día. Era mucho que asimilar y quizá incluso ahora, con veintisiete años, no sabía si sería capaz de hacerlo.

Sam le había explicado que era tiempo de tomar decisiones y elegir un lado de la Luz. Por supuesto que no iba a elegir el lado incorrecto. ¡Cómo podía dudar la persona que la había enseñado! ¡No la conocía? Ese pensamiento le hizo enfadarse ligeramente y el agua del florero comenzó a hervir furiosamente. Muriel suspiró y calmó su respiración hasta que el agua

dejó de burbujear.

Jorge estaba tardando bastante así que preparó una tetera con dos tazas en la mesa de la cocina. Quizá podían comenzar con una conversación y una taza de té. Sacó unas galletitas de la verdad, que nunca venían mal para conocer las intenciones reales de las personas.

Se sentó a esperarlo. Tras un minuto más, el joven salió del baño y Muriel le invitó a sentarse.

—Muriel, yo, lo siento —buen comienzo, pensó ella.

—Yo también lo siento, Jorge. Por favor, tomemos el té y unas galletas, son caseras y me imagino que estarás hambriento.

Jorge asintió tomando una galleta. Y luego otra. Ella lo miraba silenciosamente mientras mordisqueaba una nerviosa. Como ella las había cocinado, no le afectaban. El joven bebió un sorbo de té y pareció algo confuso. De repente, Muriel se arrepintió de haberle dado esas malditas galletas, porque sabía lo que iba a pasar. Él comenzó a hablar.

—Estás en un pueblo peligroso. Yo no sé si eres bruja de verdad o no, pero me gustaría que nos marchásemos. Hay muchos seres aberrantes aquí, y puede que esté en peligro —Jorge estaba sudando profusamente, debido a la infusión y al efecto de la magia en él— mi padre es el comisario de la Mano Blanca y quieren venir a por todos ellos. Quiero avisarte.

—Jorge, te agradezco que quieras protegerme, pero no me voy a marchar de aquí. Yo pertenezco a este pueblo y los que tú llamas seres aberrantes son mis amigos. Y, por cierto, yo soy uno de ellos.

El joven se echó para atrás mirándola con asco. De pronto, sacó un frasco de su bolsillo y le intentó tirar el contenido encima. Intentó sin conseguirlo, porque Muriel, enfurecida, lo lanzó contra la pared, golpeándose en la cabeza y cayendo al suelo.

Ella se horrorizó. Había intentado controlarse para que no pasara lo que había visto, pero no pudo. Se levantó y, sin tocar al joven, salió corriendo a buscar a sus amigos.

Ella la vio salir de la casa corriendo. Desde que la habían nombrado Guardiana del pueblo, le había importado poco la moral o la ética si era por salvar a sus habitantes. Primero fue esa estúpida niña que quería, junto a su tía, resecar la Laguna. La invitó a marcharse, puesto que, si se iba, la tía no tendría el empuje ni la fuerza para acometer el proyecto. De hecho, fue culpa de Soledad que la alcaldesa quisiera hacer la urbanización. Así que tuvo que sacar su lado animal y matarla.

Después, Horacio, que la había visto salir del bosque ese día, ató cabos, y tuvo que deshacerse del panadero del pueblo, aunque era un gran amigo. Y ahora, según había escuchado, la estúpida de la niña había traído no solo un extraño, sino alguien de la organización.

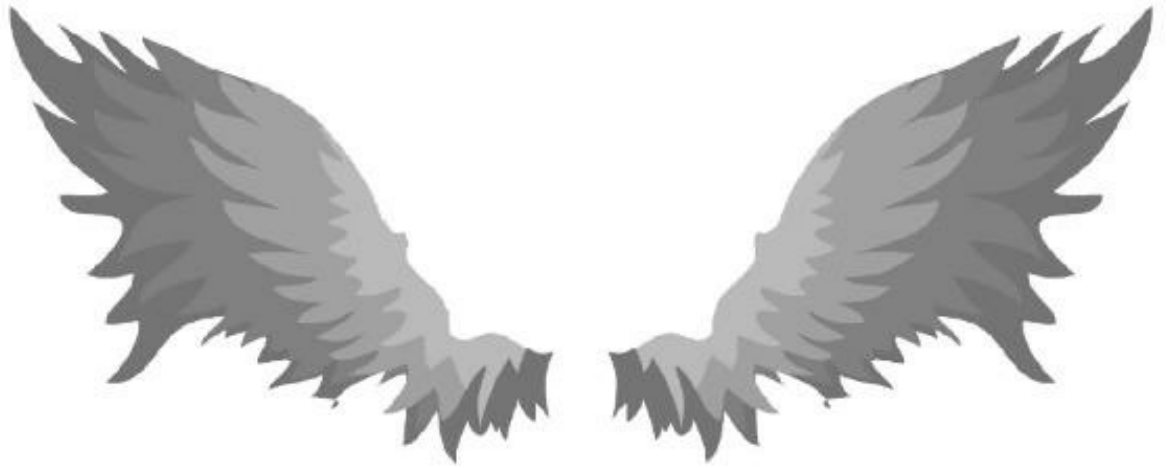
Entró en la casa donde el joven yacía inconsciente. Muriel había salido corriendo hacia el pueblo, así que no tardaría en volver con sus amigos. Revisó el contenido de las cosas y encontró el maletín de detección. Ella lo conocía, pues había ayudado a confeccionar el primero, hace muchos años, aunque no era tan sofisticado y moderno como este.

Lo escondió entre unos matorrales y después sacó al chico y todas sus cosas y lo montó en su coche. Con la fuerza de una mujer de cierta edad era imposible hacer todo ello, así que había invocado su espíritu animal y un gran oso había invadido casi por completo su cuerpo, dejándole lo mínimo para poder conducir el coche.

Era una pena, un chico joven y guapo, pero igualmente había desgarrado su garganta. Le había dado una muerte rápida y limpia, como a los demás. Llegó a una encrucijada del camino. Podía despeñar el coche en un barranco donde tardarían días en rescatarle, pero la laceración del cuello sería muy sospechosa. Tomó una decisión, se iría a la Laguna. Allí aceptaban los cuerpos con alegría. Era un buen sustento para todo lo terrible que vivía allí. Así fue con Horacio. Rodó el coche hasta la entrada y puso el punto muerto para poder empujarlo con su fuerza animal. El coche entró en el agua, que lo recibió engulléndolo rápido y sin ruido.

Ella se quedó mirando satisfecha su obra y volvió a su estado normal. Al volverse, se encontró de frente con el semi ángel que paseaba como siempre, con sus jeans desgastados y su absoluta despreocupación. O eso pensaba ella. Por su culpa, ella tenía que arreglar las cosas del pueblo. Sintiendo una furia no habitual en ella, y sin que él se lo esperase, le rebanó el cuello con sus garras. Aún podía ver el rostro sorprendido del joven. No le dio tiempo ni de reaccionar.

Decidió que sería otro firme candidato para alimentar la Laguna, pero un ruido la alertó. Ya no quería matar a nadie más por hoy, así que echó algunas hojas sobre el joven y se fue sigilosamente, como caminan los espíritus en la tierra.



Capítulo 22: La Laguna

—¿Estás segura, Muriel? —Anastasia la abrazaba e intentaba calmar a la joven que acababa de despertar. En el fondo, seguía siendo ella, o eso esperaba.

—Sí, no. No sé. Lo lance contra la pared de forma inconsciente porque quería echarme algo encima. Dijo que pertenecía a la Mano Blanca y que iban a venir al pueblo.

Rómulo se incorporó de su sillón.

—¿Estás segura de que dijo eso? — Rómulo le lanzó una mirada escéptica —. Está bien. Supongo que las protecciones de ocultación se han aflojado. Deberemos volverlas a poner. Quizá podamos «sugerir» al chico que se ha equivocado y que le diga a su secta que aquí no hay nada. Si no lo has matado, claro.

Anastasia volvió a mirar enfadada al hombre que se apoyaba preocupado en su bastón.

—Pues claro que no lo ha matado, y si lo ha hecho, ha sido un accidente.

—Debemos ir a ver cómo está —saltó Samuel para cortar el mal rollo entre Ana y Rómulo— vemos lo que tiene que contarnos sobre la Mano Blanca y luego que Sam y Muriel le borren la memoria. Y ya está. No hay más problema.

Rómulo asintió. Desde el taller de Samantha, que no había llegado todavía, había pocos metros hasta la casa de Muriel, así que él junto a Samuel se acercaron caminando. Entraron con precaución. Había un par de sillas por el suelo y un cuadro caído. Se notaba que fue allí donde Jorge fue lanzado. Aunque había unas gotas de sangre, no encontraron ni rastro del hombre. Samuel miró en las habitaciones y tampoco encontró maletas. El coche no estaba.

—Me temo que el pajarito ha volado —dijo Samuel intentando oler algo. Desde que ya no comía carne, sus dones extras habían desaparecido. Se estaba planteando volver a hacerlo, con todo lo que estaba pasando en el pueblo.

—Hay algo más aquí. Sigo sin saber qué es, pero hay una tercera esencia

—contestó Rómulo.

—Quizá llamó a alguien de su secta y le vinieron a buscar. El caso es que no está.

—No lo sé. Volvamos a casa de Sam.

Rómulo y Samuel salieron al jardín. El primero volvió la cabeza a ambos lados buscando algo. Se dirigió sin tropezar por entre las plantas del huerto de Muriel hacia un rincón. Señaló hacia allá y Samuel se agachó a mirar. Sacó un maletín de allí. Volvieron con él hacia la casa de Samantha, quien llegaba entonces con unas hierbas en la mano.

Se sentaron en la mesa y Sam preparó unas infusiones.

—¿Reconoces este maletín, Muriel? —preguntó Samuel.

—Sí, es de Jorge. ¿Cómo... cómo está?

—No sabemos cómo está, porque no lo hemos encontrado —Rómulo no sonreía.

—Es cierto, sí había varios muebles caídos, pero el chico no estaba. Ni su coche.

—Entonces, ¿se ha ido? Por Dios, ahora sí que estamos perdidos —exclamó Anastasia— le irá con el cuento al resto de su secta y vendrán por nosotros.

—Lo raro es... —continuó Rómulo— que no se haya llevado el maletín. Vamos a ver qué contiene.

Abrieron el forro del maletín y encontraron una caja de madera antigua rodeada de espuma para que no se moviera. Al sacarla, se la vio pesada.

—¿Deberíamos abrirla? —preguntó Sam — si es de la secta, puede que sea letal para nosotros.

—Yo la abriré, soy la que menos puede sufrir por ello —se adelantó Anastasia.

La joven se puso a abrirla sin que nadie pudiera evitarlo. La caja estaba llena de frasquitos con diferentes líquidos y también había tenazas, pinzas, cuchillos y otros instrumentos que bien podían servir para torturar a alguien. Se miraron horrorizados, estaba claro que pertenecía a la secta y no sabían hasta qué punto podría informar de ellos al grupo.

—Samantha, prepara un ritual de protección y ocultación, si puedes Muriel, unirte a ella. Debemos hacer desaparecer Escondido del mapa.

—Pero, Rómulo. Ellos son solo hombres o mujeres normales, podremos con ellos —aseguró Anastasia.

—No te equivoques, Ana. La Mano Blanca tiene la protección de altas

esferas, los dones que ellos tachan de aberrantes, son parte de su ser. Tienen ciertas habilidades especiales, y por eso pueden darnos caza. Son rápidos, ágiles y fuertes. Tienen el don de saber quién es especial, aunque supongo que Jorge era un principiante. Incluso algunos tienen espíritus animales que los guían. Como los antiguos chamanes.

—Tal vez podríamos preguntar a Saturna, ella procede de una tribu india muy antigua, según creo —comentó Samantha.

—No. No vamos a implicar a nadie más. Con los rituales de protección será suficiente. Y les haremos frente nosotros.

Unos pasos apresurados se escucharon fuera. Sonia aporreaba la puerta y Samuel se apresuró a abrir. Una sombra blanca, solo vista por Samantha y Muriel entró con ella.

—Yo, yo, Tobías, la Laguna —la chica se estaba ahogando al hablar.

—Tranquilízate —Rómulo puso la mano sobre su cabeza y al momento ella se calmó.

—He encontrado el cuerpo de Tobías cerca de la Laguna. Está muerto.

—¿Cómo? ¡No puede ser!, si es un ángel—soltó León.

—Todos podemos morir, independientemente de lo que seamos —contestó Samantha —Vamos, Rómulo, iremos a la Laguna.

—Iremos todos —contestó Muriel.

Y así, como en un cortejo fúnebre, bajaron la calle que conducía a la Laguna. Samantha y Rómulo iban primeros, después Anastasia y Samuel cogidos de la mano y Muriel, quien conversaba con Horacio amablemente. Sonia se quedó rezagada con León, mirando a la pareja. Ellos no iban de la mano. Ojalá, pero es algo que no ocurriría.

Recorrieron el camino que les separaba de la Laguna en diez minutos en lugar de veinte que es lo que costaba ir paseando. Si no hubiera sido por el espíritu de Horacio, no los habría encontrado tan rápido. Al llegar, ella se adelantó al grupo y los condujo hasta donde estaba el cadáver del chico. A pesar de la garganta desgarrada y su rostro sorprendido, seguía siendo bello.

Rómulo lo examinó mientras los demás revisaban el lugar. León se acercó a la Laguna con Muriel. La bruma que se veía al fondo era espesa y se mantenía alejada, como si supiera que no debía acercarse a los habitantes de Escondido, o al menos a esos en concreto.

León miró a su alrededor examinando el lugar y encontró las huellas.

—Mira, Muriel, son huellas de neumáticos que llevan a la Laguna. Y son recientes. ¿Crees que...?

Samantha se acercó a ella y la miró. Ambas se tomaron de la mano y recitaron a la vez.

—*Ostendit quod est occultatum, Ostendit quod est occultatum*

El agua burbujeó, oscura, y el coche de Jorge comenzó a emerger del fondo de la laguna. Ellas lo llevaron hasta la orilla y el agua comenzó a salir turbia del coche, escapándose para reunirse con el resto, como si estuviera viva. Samuel se acercó al coche y allí lo vio. La garganta destrozada y los ojos cerrados. Estaba echado en el asiento de atrás, por si quedaba alguna duda de que alguien lo había echado allí.

Algo más emergió de la Laguna. Un cadáver blanquecino e hinchado flotó por el agua y como un barco, encalló en la orilla.

—¡Es Horacio! —gritó Sonia horrorizada. Sabía que el hombre estaba muerto, pero ver su cadáver era otra cosa. León la abrazó y le impidió acercarse.

—Debemos sacarlo y enterrarlo. Se lo merece —Anastasia también apreciaba mucho al panadero del pueblo. Cuando su madre y ella vinieron al pueblo, fue el primero que les ayudó. Ayudaba a todo el mundo.

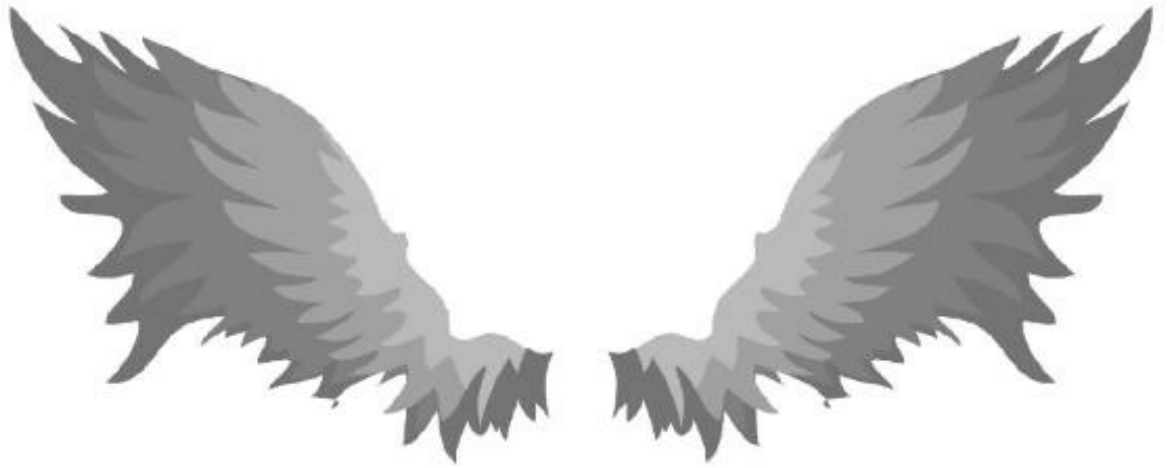
—Tiene la misma herida que los demás. Que Soledad, que Tobías. Es el mismo asesino —dijo Muriel mientras se asomaba a ver al ángel —tenemos un asesino en la ciudad, y puede ser cualquiera.

Se miraron entre ellos, y Rómulo se levantó tras examinar a Tobías.

—No, cualquiera no. Es alguien que tiene mucho poder, y que puede convertirse en algo con garras. Desde luego es un habitante del pueblo, puesto que Tobías no sospechó de él. O de ella. Es cierto que hay muchos candidatos, espero que ninguno de nosotros haya sido. Sam, Muriel, meted el coche en la Laguna de nuevo. Allí es donde mejor estará. Y a Horacio, de momento lo enterraremos aquí. Lo dejaremos cubierto con algunas ramas, junto a Tobías, hasta que aclaremos todo y podamos enterrarlos en el cementerio. Ahora, volvamos.

El espíritu oscuro que miraba desde lejos comprendió ahora muchas cosas. Todavía no recordaba quién había sido su asesino, pero sí que algo terrible iba a pasar. Se había quedado sin vehículo carnal y no podía entrar en ninguno de los presentes. Eran demasiado fuertes. Los observó desde el centro de la Laguna, donde pasaba desapercibida entre la niebla. Allí había otros espíritus como ella, enfadados y deseosos de venganza. Temerosos de los humanos con poder, pero preparados para aprovechar la brecha que, poco a poco, comenzaba a abrirse entre los dos mundos. Ella tomó una decisión. Se

uniría a ellos. Sería su paladín, ya que todavía ellos estaban atrapados en la Laguna. Ella les ayudaría a salir y quizá, con suerte, podría entrar en un cuerpo nuevo.



Capítulo 23: Nuevos habitantes de Escondido

La mujer miró con suficiencia el anticuado restaurante, el único bar que estaba abierto en esa fría y desagradable mañana, como desagradable había sido conducir toda la noche desde París, tomar un avión, luego alquilar un coche y pasar casi dos días viajando. Había sido asignada a este oscuro y pequeño pueblo, ¡ella!, solo porque a su sobrino se le había ocurrido la estúpida idea de ser asesinado.

Pidió un café solo a la chica de pelo corto y piercings del bar. Al menos había gente joven, quizá diversión. Aunque ella no había venido para eso precisamente. Debía encontrar al asesino o asesinos de su apreciado y bello sobrino, y fulminarles. Eso era lo que hacían los ángeles, por supuesto.

Aparentaba unos cuarenta años bien llevados. Era la famosa Amanda Sky, tía de Tobías, asignada al vórtice de París, situado bajo el museo del Louvre, entre las catacumbas, a veinte metros de profundidad, donde se encontraban los restos de más de seis millones de parisinos. Claro que el vórtice no era uno de los lugares abiertos a los miles de turistas que, estremecidos de horror y morbo, se hacían fotos entre calaveras y huesos bien ordenados.

No, ella tenía que revisar que el pasadizo se encontrase sellado, que la energía densa que se acumulaba allí en forma de líquido espeso, similar a la brea, no saliera y extendiera su enfermedad por todo el mundo.

Sabía que sus otros familiares, pues todos los semi ángeles procedían del mismo padre ahí en la tierra y todos se apellidaban Sky, la tomaban como una mujer frívola, más preocupada de su aspecto físico, que siempre era impecable, que de vigilar el vórtice del Louvre. Pero en más de dos mil años, nada había salido de allí. Y ciertamente cumplir en su trabajo no era incompatible con estar espléndida.

La joven del bar la observaba sin disimulo. Tal vez la estaba evaluando. Seguro que no se veían por allí personas con tanta clase, se dijo. Y es que, con su caro abrigo de visón y su cabello perfectamente ondulado, castaño claro, que caía como si fuera una cascada por sus hombros, vestida con un traje de

chaqueta de Dior -por supuesto- y con altos tacones, parecía alguien de la alta sociedad. Lo era, en verdad.

—Soy Amanda Sky, la tía de Tobías Sky. Supongo que lo conoces ¿Cuándo lo has visto por última vez? —le preguntó tras tomar un sorbo del excelente café. Al menos era muy bueno.

Leía todavía la miraba con la boca abierta y se sonrojó al saber que era su tía. Por supuesto. Una mujer tan bella, solo podía ser medio ángel.

—Hace un par de días que no se pasa por aquí. Vive en la casa rural, o al menos suele dormir allí, que yo sepa.

—Y tú conoces, ¿su forma de ser? —preguntó dudosa la tía.

—Sí, conozco qué es. Aquí más o menos, nos conocemos todos.

—Ah, qué alivio. Entonces puedo decirte que, si estoy aquí, es porque mi querido sobrino ha fallecido.

A Leia se le cayó las dos tazas que llevaban en ese momento al mostrador y se fue corriendo y llorando al despacho. Justo cuando entraban León y Samuel.

—¡Leia! —León se fue detrás de la chica para ver qué le pasaba.

Amanda se quedó mirando ese ejemplar humano con aprecio. Parece ser que no sería tan aburrido estar allí.

—¿Quién es usted y por qué Leia se ha ido llorando? —le preguntó Samuel arisco.

Ella le miró de arriba abajo. No era tan interesante como el otro ejemplar, pero no estaba mal.

—Soy Amanda Sky, tía de Tobías, y si he venido es porque...

—... porque está muerto, si, ya sé cómo funcionáis.

—Ah, me alegro de que lo sepas. ¿Dónde está su cuerpo? He de convertirlo a cenizas para que pueda renacer. Y, por cierto, ¿quién lo ha matado? ¿has sido tú?

—¡No! —esta mujer estaba loca— no sabemos quién ha sido y el cuerpo está junto a la Laguna.

—Ah sí, la laguna. Tendré que visitarla. Por supuesto me quedaré en la habitación de Tobías, aunque preferiría alquilar alguna casa. ¿Sabes si hay alguna disponible?

Anastasia entró en el Amazonas y vio esa preciosa mujer que literalmente estaba ocupándose de su hombre. Se acercó en dos pasos y cogiéndolo de la cintura la miró fijamente marcando su propiedad.

—Ah, hola, querida, ¿y tú eres?

—Soy Anastasia ¿y tú? —la cara de la chica era todo menos amable.

—De nuevo, soy Amanda Sky. ¿Hay alguien más para que tenga que explicarlo? —se volvió exasperada hacia los pocos clientes que, en realidad, la estaban ignorando. Rómulo entró por la puerta junto a Sonia. Samantha y Muriel andaban recitando más rituales de protección por todo el pueblo.

—Pero Rómulo, ¿tú por aquí? —Amanda sonrió ampliamente.

—Vaya, qué sorpresa más desagradable —contestó el semidios, ignorándola después y marchándose a su mesa de siempre. Se sentó agotado y con el rostro descompuesto, algo que nadie estaba acostumbrado a ver.

León salió acompañando a Leia, que ya estaba más tranquila. Preparó unos cafés para sus amigos sin dejar de mirar de reojo a la elegante mujer que, por un momento, se la veía dudosa.

Anastasia y Samuel se sentaron con Rómulo y Sonia y León les llevó unos cafés calientes y unos pedazos de bizcocho.

—¿De qué la conoces? —susurró Anastasia.

—No te molestes en susurrar, te va a escuchar. Es como Tobías. La conocí hace unos doscientos años.

Amanda se contoneó hacia la mesa como si estuviera desfilando en una pasarela y se sentó junto a ellos.

—Bombón, tráeme un café con leche, por favor —la mujer guiñó un ojo a León que se sonrojó ligeramente.

—Nos conocemos hace trescientos ochenta y cinco años, ¿te falla la memoria, amor! Estuvimos juntos unos quince años, allí, en Piamonte, donde Rómulo formaba parte de los caballeros, y yo era una noble duquesa. Fueron años muy interesantes, llenos de guerras y conflictos. Al final, tomaste partido por el rey de España, ¿no?

—Son historias pasadas que no interesan. No sabía que te iban a enviar aquí.

—Y sabes, uno muere, otro llega —se encogió de hombros—. Los vórtices tienen que estar vigilados, y yo estaba en su testamento como primera heredera de sus tierras —se encogió ella.

—No pareces muy afectada —se atrevió a decir Sonia.

Amanda la miró de arriba abajo como si fuera un pequeño bichito y ella se sonrojó.

—Cuando vives miles de años, no puede afectarte cada muerte de una persona conocida. Te acostumbras. Rómulo —siguió ignorando a los demás— puedes decirme qué ha pasado exactamente. ¿Hay algún peligro?

—A Tobías lo han asesinado alguien que ya lo ha hecho varias veces — Rómulo habló en voz baja— y creemos que el vórtice se ha abierto de alguna forma, porque ella, que es médium —señaló a Sonia que volvió a sonrojarse — ha visto sombras negras rondando el pueblo y varios de los habitantes se han comportado de forma extraña.

—Ya veo —Amanda pareció calculadora— debería ir a echar un vistazo.

—Si vas a vivir en la habitación de Tobías de momento, puedo acompañarte, soy el dueño de la casa —se ofreció Samuel a pesar de que Anastasia frunció el ceño.

—Bien, mis maletas están en el coche —Amanda sacó las llaves de su bolso y se las puso delante— gracias por el café, tú invitas, ¿verdad, Rómulo? Por los viejos tiempos.

Amanda se levantó y se marchó sin decir nada más. Había dejado las llaves a Samuel en la mesa. Los ojos de Anastasia estaban semicerrados por la rabia y sus músculos se tensaron. Samuel la tranquilizó dándole un beso en la frente y salió detrás de Amanda.

Ella sonrió mientras veía de reojo la cara de pasmo de todos los habitantes, incluido Rómulo. Iba a ser divertido estar allí. Samuel parecía tener algo, como diluido, y los demás tenían diferentes dones, los iría estudiando poco a poco.

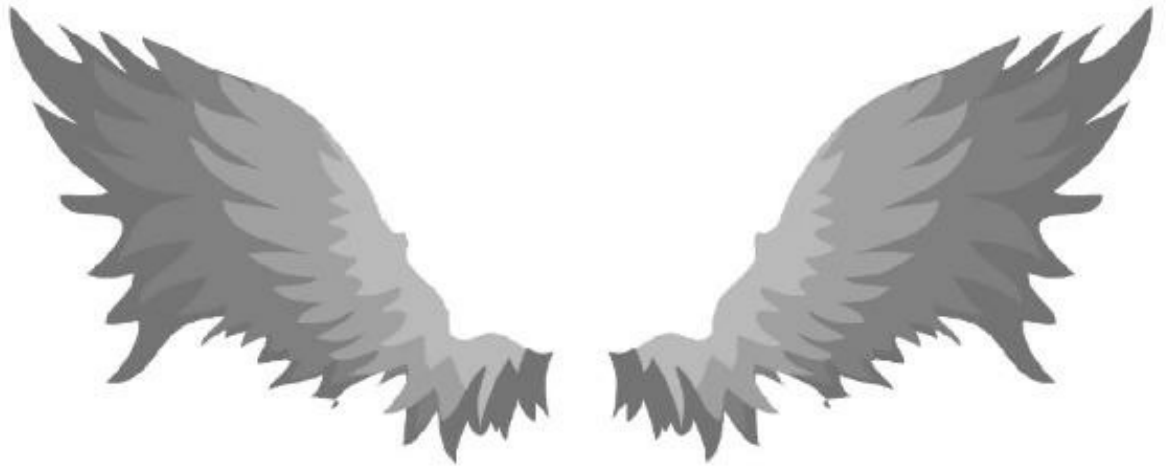
Samuel sacó las maletas de su deportivo rojo y la condujo a la casa rural. Entraron en ella y subieron hasta la habitación de Tobías. Era muy minimalista, apenas había muebles y cosas personales. Algunos libros, discos y algo de ropa. Samuel subió sus maletas allí, aunque sabía que pronto se mudaría. Ella, que estaba acostumbrada a vivir en palacios y grandes casas, tenía que vivir ahora en ¿quince metros cuadrados incluido el baño? No. Buscaría la mejor casa del pueblo y se instalaría allí, pero ahora, debería salir a investigar. El trabajo antes que el placer y ella era muy concienzuda.

Se quitó su estilosa chaqueta y la colgó en el armario. Dejó la blusa y la falda y se puso un mono oscuro de un tejido especial. Tenía la espalda al aire, para dejar salir las alas. Así que se asomó a la pequeña terraza que había en la habitación y desplegó dolorosamente sus alas blanquecinas. Salió volando hacia el bosque, recorriendo con su mirada todo el pueblo. En verdad había mucho movimiento de seres desencarnados, más de lo habitual. Las nubes grises y blancas se extendían por todo el camino hacia el bosque y conforme se acercaba a la Laguna, eran más oscuras. Llegó a la orilla del agua y aterrizó limpiamente. Buscó el lugar donde debía estar Tobías y encontró dos

cadáveres en lugar de uno. Su adorado sobrino -en el fondo lo sentía mucho, pues le había tomado cariño- y un señor mayor, ambos con la garganta desgarrada.

Hizo su ritual correspondiente y de sus manos salió un rayo fulminante que redujo ambos cuerpos a cenizas. Así les daría un descanso en paz. Salió entonces hacia la laguna, volando casi a ras y revisando centímetro a centímetro la zona. Tobías había hecho una buena labor con los sigilos protectores, pero al final de la Laguna, apenas tenían fuerza. Se notaba a la legua que las fuerzas subterráneas estaban luchando por salir y que habían debilitado algunos de los símbolos. La bruma que cubría la zona era tan espesa como nunca la había visto, fría y húmeda. Sintió un escalofrío en su columna y comenzó a reforzar las defensas con nuevos sigilos. Por su fuerza y edad, mayor que la de Tobías, suponía que tendrían más fuerza.

Al menos podrían aguantar algo más antes de que averiguara qué estaba pasando realmente. Voló hacia arriba, sobre el bosque y los montes, revisando las protecciones que las brujas habían realizado sobre la zona. Parecían bastante correctas. Aun así, había llamado a Maga, su hechicera particular, para que le echase una mano en este dichoso pueblo. Pronto llegaría.



Capítulo 24: Reorganización

El padre de Jorge abrió el Memorandum Plenis por la página donde se explicaba cómo encontrar un alma perdida. Hacía ya tres días que no sabía nada de su hijo y se temía lo peor. Su cabeza le decía que no había pasado nada, pero su corazón no tenía el mismo mensaje.

Decidió hacer un ritual antiguo que había leído en el libro, contando con Agustín y Vanessa, que tenían muy buena mano para ello. Si el chico había fallecido, su alma vendría a ellos. Si no venía es porque aún seguía vivo y entonces viajarían a liberarlo. Solo había dos opciones: venganza o liberación.

Cerraron el despacho y prepararon los elementos del ritual. Por mucho que aborrecía esas prácticas, finalmente tenía que acudir a ellas. Sebastián temía que su hijo estuviera prisionero, sufriendo. Quizá no debía haberlo enviado con el kit de brujería, era un novato. «Es un novato,» rectificó para sí.

Montaron un pequeño altar tal y como lo describía el libro, con elementos mágicos al norte, sur, este y oeste. Y representando a los elementos, un quemador de incienso para el elemento aire, una copa de agua para representar el elemento agua, una moneda o piedra como símbolo del elemento tierra y una vela como símbolo del elemento fuego. Dispusieron los elementos en el orden correcto y comenzaron el ritual del alma perdida. En el centro del altar dispusieron un cuenco más amplio con agua. Allí esperaban que reflejase el rostro de su hijo si había pasado al otro plano. Aunque en el fondo, no deseaba verlo. Vanessa pronunció las palabras de invocación.

— *veniunt ad me, Jorge Bosco, veniunt ad me.*

El agua comenzó a ondular, confirmando los peores pensamientos de Sebastián. Vanessa se asomó al agua y vio al chico. Todos lo vieron. Sebastián emitió un grito ahogado, pero Vanessa le hizo callar. Jorge estaba intentando darle un mensaje.

— Jorge, ¿estás vivo? —preguntó Vanessa a la imagen, aunque ya sabía la respuesta. La imagen de Jorge negó con la cabeza.

— ¿Te han matado? ¿Quién ha sido? —dijo Agustín. También se sentía

responsable del chico.

—Eso no lo va a poder responder, Agustín —explicó Vanessa— Solo puede decir sí o no. Para las preguntas necesitaríamos una médium.

La imagen del agua se desvaneció. Ella no tenía el poder de una bruja para mantenerlo. O eso creía. Tan solo se limitaba a reproducir los hechizos de ese libro tan poderoso. Si pudiera aprender con alguna de ellas, esas mujeres sabias que vivían en el pueblo, en Escondido. De las que Leía tanto le había hablado y con la que mantenía una comunicación secreta. Ella estaba en la Mano Blanca por su familia, pero su deseo era aprender las artes de la brujería.

Hasta ahora había podido evitar que su grupo fuera allí, a pesar de que sabía a ciencia cierta que los habitantes de ese lugar eran lo que llamaban en el grupo «aberraciones». Quería conocer a Samantha, hablar con Muriel, compartir hechizos y momentos. Quizá fuera posible. Una de sus antepasadas vivió durante un tiempo en Escondido y formó parte del aquelarre. Por eso Sebastián y Agustín siempre le pedían que hiciera esos rituales ella. Tenía facilidad para ello. Su abuela le había contado cosas sobre las hierbas que cultivaba en su jardín, pero cuando ella murió, se acabaron las lecciones prácticas. Además, cuando su padre se metió en esta secta, nunca más volvieron a hablar del tema. Y ahora, todo se había estropeado.

—Iremos todos a ese pueblo de mierda y acabaremos con ellos — Sebastián ya estaba en pie de guerra.

Organizaron una pequeña patrulla, no era cuestión de asustarlos y que huyeran. Irían Agustín y Sebastián, con Pedro y Julián, que se harían pasar por sus hijos. Como si fuera una excursión de padres e hijos. Reservarían dos habitaciones en la casa rural del pueblo para el fin de semana. Cuando estuvieran allí, los demás llegarían al anochecer y se instalarían en tiendas de campaña. Había una cueva incluso que decían que era termal. El tiempo estaba muy frío, pero el pronóstico no anunciaba lluvia o nieve.

Empaquetaron los bártulos y quedaron en salir al amanecer. Los cuatro salieron en el coche de Sebastián y en un par de horas llegaron al pueblo. La mañana estaba muy fría aunque efectivamente no caía una gota. Aparcaron en el exterior de la plaza y sin descargar el equipaje se dirigieron al único bar a la vista, el Amazonas. Entraron los cuatro y se sentaron en una mesa.

Una joven vivaracha de pelo corto limpió su mesa y se preparó para tomar nota.

—¿De excursión por la zona? —les preguntó curiosa.

—Sí, hemos escuchado que hay buena caza aquí —contestó Julián guiñándole el ojo. Si hubiera sabido que este bombón vivía aquí, hace días que la hubiera visitado.

—Creo que os habéis confundido, aquí no hay mucha caza, solo algunas cabras montesas y poco más —un hombre demasiado guapo para vivir allí les cortó el rollo. Debía ser el dueño del bar.

—Será suficiente, joven. En realidad, lo que queremos es pasar unos días juntos, como padres e hijos, nada más —contestó Agustín.

El dueño del bar asintió. Aunque no era el mejor momento para tener visitantes, por lo revuelto que estaba el pueblo. Leia les preparó los cafés y bollos pedidos y se los llevó a la mesa. El frío arreciaba fuera y el aire comenzaba a soplar cada vez más fuerte.

La puerta del bar se volvió a abrir. Una mujer entró. Aparentaba más de sesenta años y tenía el aspecto de una monja. Vestía sencillamente con un abrigo raído y unas botas altas. Se acercó a la barra y le sonrió.

—Hola, muchacho. Busco a un familiar, creo que ha venido aquí hace poco. Se llama Amanda Sky. ¿La conoces?

—Sí, claro. Está alojada en la casa rural —contestó León amablemente. Desde luego lo que menos parecían era familia. Estaban llegando muchos extraños a Escondido últimamente.

—Está bien, la esperaré aquí, tomando un café con leche, guapetón.

La mujer se dirigió a una de las mesas pequeñas y se sentó tranquilamente con un libro en la mano. León le llevó el café con un trozo de bizcocho. Ella le sonrió agradecida.

Los cuatro hombres se marcharon tras pagar la consumición. Darían una vuelta por el pueblo a ver si encontraban a Jorge, o su cadáver al menos. Ya estaban cerca de la puerta cuando la señora que había entrado antes se levantó y se dirigió a Sebastián.

—Lo que buscas está en la Laguna —susurró como si estuviera contando un secreto.

Él la escuchó sin decir nada, conmocionado. Los cuatro salieron del bar y siguieron las indicaciones de una mujer del pueblo para llegar allí. El sendero estaba bien marcado, pero las zarzas y otros arbustos espinosos lo rodeaban. Todo era oscuro, seco y gris.

—Menudo sitio tan siniestro —comentó Julián. Todos asintieron mientras miraban alrededor.

Los árboles que rodeaban la laguna estaban ennegrecidos, sus ramas

crecían retorcidas, e incluso los arbustos que crecían a ambos lados del camino se veían de un color verde apagado. Mientras caminaban hacia allí escucharon el trinar de algún pájaro, pero ahora, y allí, había un silencio bastante sobrenatural. Por fin llegaron al final del camino, que se abría a una zona arenosa, con poca vegetación, y a la laguna. A la famosa laguna.

Las aguas tenían un color oscuro, no se veía el fondo ni siquiera desde la orilla y una espesa niebla cubría la zona más lejana, de manera que no se veía dónde acababa. Según los planos que había consultado Julián en Internet, había un levantamiento rocoso donde se decía que se escondía un antiguo templo del siglo quince. Nadie lo había encontrado de todas formas para poder comprobarlo. La sección de documentación de la Mano Blanca había investigado bien la zona, por si necesitaban algún punto de escape, o algún refugio.

Los compañeros de la organización estaban a punto de llegar. Cuando salieron del bar los habían llamado para que se trajeran equipo para bucear y barcas hinchables. Habían quedado en la Laguna para hacer un barrido. Si Jorge estaba ahí dentro, lo encontrarían.

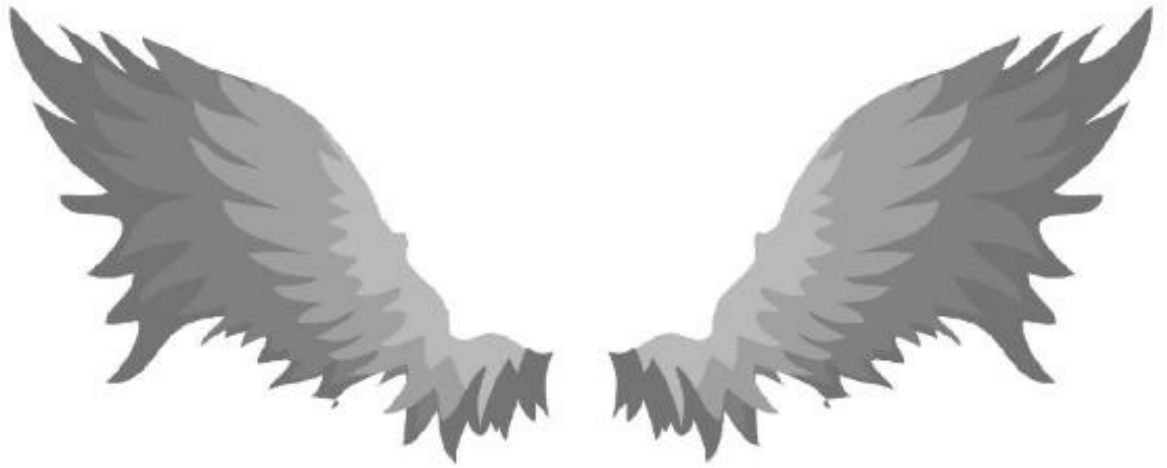
Mientras los mayores inspeccionaban las cenizas, los jóvenes fueron a pasear por la orilla.

—¿Crees que Jorge está aquí dentro? ¿lo habrán matado? —preguntó Julián.

—Supongo que de alguna forma le descubrieron —comentó Pedro— tal vez su novia, de la que dicen que es una bruja, lo es de verdad y se lo cargó.

—Creo que deberíamos encontrarla y quemarla —Julián estaba más furioso de lo que creía— De hecho, creo que deberíamos quemar todo este pueblo, con todos sus habitantes.

Pedro observó extrañado a su compañero. Siempre había sido más bien partidario de hablar y poco de pasar a la acción. Sin embargo, ahora había cambiado. Le dejó fumándose un cigarro y mirando la Laguna. Julián sentía una furia bastante incontenible, claro que, esa furia no era suya. Una sombra negra había encontrado otro huésped.



Capítulo 25: Limpieza

Llegó la hora de limpiar el pueblo de los seres que vivían en la Laguna y se habían mezclado entre los habitantes, y cerrar la brecha que se había abierto. Se reunieron en el bar Amazonas, que ya colgaba el cartel de cerrado, todos los habitantes interesados, incluidos Amanda y Maga. Necesitaban un plan común, aunque según parecía, las recién llegadas eran más bien de ir por su cuenta.

—Muy bien, vamos a ello —Anastasia abrió la reunión. Miró uno a uno a todos los que la rodeaban.

Rómulo, como siempre, se sentaba en la cabecera y hablaba con la tal Amanda. Parecían haber enterrado sus desavenencias. La señora Maga se sentaba a la derecha de Amanda, sonriendo y sin hablar. Parecía una insignificante mujer, aunque Sonia les había dicho que su aura era tan brillante como la de Amanda. Por su aspecto, no lo parecía.

Samuel se sentaba a la izquierda de Rómulo y luego Anastasia, Muriel y Samantha. Enfrente, Sonia y León. Ya estaban todos.

Anastasia golpeó la mesa con su improvisado mazo: una cuchara de madera y todos se callaron por fin.

—Estamos aquí reunidos porque tenemos que solucionar varios problemas. Por una parte, hay un asesino suelto en Escondido. La Laguna se está abriendo y la Mano Blanca va tras nosotros. Eso sin contar que hay turistas en el pueblo y que tenemos que ser precavidos.

—¿Ese es el orden del día? —interrumpió Amanda— ¿Solo? Yo pensé que este sería un pueblo tranquilo y apacible —sonrió satisfecha de su propia ironía, pero nadie le devolvió la sonrisa.

—Creo que lo mejor será que nos dividamos en grupos de trabajo —continuó Rómulo con la reunión— de nada sirve quedarnos sentados sin hacer nada. Amanda, me gustaría que nos contaras qué tal has visto la protección mágica de la Laguna.

—Por supuesto, la Laguna tiene los sigilos de la orilla en perfecto estado, pero cuando nos acercamos al final, se vuelven más débiles e inestables. Hay

una gran energía allí. Esta tarde he paseado con Maga hasta allí, y los nuevos que había puesto allí, ya se habían debilitados. Me imagino que Tobías los debía poner prácticamente a diario y si desde su muerte nadie los puso, puede que algo se haya escapado.

Todos escucharon atentamente a la mujer, que de nuevo llevaba su mono de trabajo y el cabello trenzado. Eso sí, las uñas seguían siendo largas y fucsias.

—Habéis hecho un gran trabajo de protección, queridas colegas —la voz afable y nasal de Maga sorprendió a todos, que la escucharon de inmediato. Maga se había vuelto hacia Muriel y Samantha— gracias a vuestro trabajo los sigilos no se han desvanecido por completo. Pero ahora hay un desequilibrio. Lo he notado. Y supongo que tú, pequeña, también.

Se volvió hacia Sonia que asintió sin decir nada.

—¿Y quién puede ser el asesino? ¿alguien tiene idea de eso? No olvidemos que hay cuatro personas muertas —León interrumpió la reunión, enfadado. Alguien tenía que pagar por ello.

—Por eso, León, propongo que nos dividamos el trabajo. Partiendo de la base que ninguno de nosotros sea el asesino, claro, deberíamos atraparlo. Quizá sea el momento de hacer justicia. Y también hay que investigar a los nuevos turistas. No acabo de fiarme que de repente hayan venido aquí tras la desaparición de Jorge. Si son parte de la organización, no lo sabemos. Si os parece, crearé los equipos —Nadie discutió a Rómulo, como siempre.

A pesar de las primeras protestas, León se iba a encargar junto con Anastasia de investigar a los turistas. Si había que darles una paliza o luchar contra los cuatro, ellos serían los más apropiados. Samuel y Sonia intentarían hablar de nuevo con el espíritu de Horacio, para ver si podía recordar quién le asesinó. Maga, Samantha y Muriel harían un ritual todavía más fuerte para proteger la Laguna y Amanda desplegaría sus alas.

Por su parte, Rómulo se iba a quedar allí, en el Amazonas, como punto de encuentro y para coordinar a todos.

Anastasia y León se habían vestido de camuflaje, con gorros y traje negro. Habían descubierto que los turistas habían montado un pequeño campamento cerca de la Laguna. ¡Valientes inoportunos!

Se acercaron despacio, al amparo de una noche fría y cerrada. Los cuatro hombres se sentaban alrededor de unas hogueras, en unas rocas que habían trasladado allí y estaban bebiendo y tomando café. Se olía desde su escondite.

—Me voy a acercar un poco más, no logro escuchar nada —susurró

Anastasia en el oído de León.

—Tal vez debería acercarme yo.

—No, tú eres muy grande y posiblemente harás más ruido. Espérame aquí y cúbreme las espaldas.

Anastasia desapareció sin darle opción a nada. Así era ella. La vio trepar por uno de los árboles que más cerca estaban de la orilla. Pasó por las ramas desplazándose como una gata por un tejado. Apenas la veía ya. Él también trepó a uno de los árboles. Desde allí podía ver el sendero del pueblo y el otro camino, el que venía desde el bosque. Los cuatro hombres habían hecho la hoguera en la encrucijada de ambos. ¿Quizá estaban esperando a alguien? Sus sospechas se confirmaron cuando escuchó un leve ruido a sus espaldas. Cinco personas se acercaban desde el pueblo. Llevaban armas y linternas. Dos de ellas eran algo más menudas, así que, o eran mujeres o jóvenes. ¿Tal vez era una reunión de padres e hijos? Ojalá.

Los recién llegados hicieron un sonido parecido a un pájaro y los otros les contestaron. Cuando se encontraron, se saludaron efusivamente. Ahora con la luz de la hoguera y un par de faroles, veía mejor. Y aunque no los escuchaba porque estaba lejos, su aguda mirada distinguió cada uno de los reunidos. No los conocía, excepto los cuatro turistas. Los cinco recién llegados eran tres hombres de mediana edad y dos chicas jóvenes. Se sentaron todos alrededor del fuego y comenzaron a hablar. Esperaba que Anastasia pudiera averiguar algo.

Uno de los recién llegados llevaba una mochila enorme que resultó ser una balsa. La desplegaron y se dispusieron a meterse en el agua. Otro sacó una cadena con un gancho. Por lo visto, sospechaban que Jorge estaba allí. ¿Cómo lo habían sabido? La conclusión clara era que sí eran de la Mano Blanca.

Dos de ellos salieron en la barca y comenzaron a lanzar la cadena. Por fin, dieron con algo. Lanzaron una boya en el lugar y se volvieron para la orilla. Parecían furiosos. Uno de ellos lloraba mientras una de las chicas le intentaba consolar.

León sintió un ruido sobre él y vio a Anastasia que bajaba del árbol.

—Vámonos, tenemos que hablar con Rómulo.

Se retiraron sigilosamente dejando a los de la organización con el rescate y seguramente organizando una venganza. Tenían que avisarlos a todos.

El Amazonas seguía semi iluminado. Por primera vez en muchos años, Rómulo se había encendido un cigarrillo. Aunque ya no se podía fumar en los bares, a él le apetecía pues su hora había llegado, lo había visto. Tampoco es

que fuera a echar de menos vivir en la tierra. Es cierto que desde que estaba en Escondido, había conocido el significado de la amistad. No del amor, porque nunca amó de verdad a nadie. ¡Qué triste! Pero estas personas eran buena gente y esperaba de corazón que pudieran solucionar el problema sin su ayuda.

Y lo más curioso, es que seguía sin saber quién le iba a matar. No, hasta que llegó el momento. Entonces se dio cuenta de todo. ¡Vaya si lo había engañado!

León y Anastasia entraron en el bar buscando a Rómulo. Un cigarrillo humeaba en el cenicero, pero no se veía al hombre.

La parte posterior del bar estaba a oscuras. León olió la sangre nada más entrar. Pensó que quizá alguna congeladora se había estropeado, pero cuando se acercó, se quedó pegado al suelo. Un líquido oscuro y viscoso se extendía desde el rincón. Anastasia encendió las luces y gritó horrorizada. Allí lo encontraron. Con el cuello abierto y recubierto de sangre. Tenía el rostro tranquilo y una mueca irónica en su cara. Como siempre.

Anastasia se acercó para comprobar que estaba muerto. Aún conservaba el calor de la vida.

—¿Cómo pueden haber asesinado a un semidios? —preguntó León desesperado.

—No lo sé. Pero él lo sabía. Dejó que nos fuéramos. ¡Maldita sea, Rómulo! ¿Por qué te quedaste solo?

—Tal vez no quería que nadie muriera por él —la voz se escuchó desde la puerta. Amanda había llegado —lo siento, chicos. Sé que le apreciabais. Él también a vosotros. Y como tú decías, nadie que no tenga un mínimo poder igual al de Rómulo puede asesinarle. Como mínimo debe tener sangre angélica o de dioses.

—Ah sí, ¿alguien como tú?

—Para el carro, niña. Que yo acabo de llegar y a mi sobrino lo asesinaron también. Hay un habitante en el pueblo que no es lo que parece.

Amanda terminó de plegar las alas después de haber hecho la ronda por la Laguna. Anastasia envió un mensaje a todos y llegaron en minutos allí.

Todos se horrorizaron ante tal tragedia, pero Amanda, tomando el mando, los hizo callar.

—Ahora no es el momento de llorar, es tiempo de tomar cartas en el asunto. Es terrible lo de Rómulo y yo soy la primera que quiero venganza. Pero hay que actuar con inteligencia. Anastasia, ¿qué hay de los turistas?

—No son turistas. Son de la Mano Blanca, y han encontrado el coche de Jorge. Puede que se estén reagrupando para venir por nosotros. Quizá al amanecer. Conté nueve personas. De ellos, los dos jóvenes de esta mañana y dos mujeres. Van bien armados.

—Aún quedan tres horas para que amanezca. Sigamos, ¿Samantha?

—Nosotras, hemos creado un hechizo extremadamente fuerte, pero Maga ha sentido que la Laguna se está resquebrajando por varias partes. Se nos acaba el tiempo para conseguir contenerlos.

—¿Sonia?

—Horacio sigue sin decirnos mucho. Recuerda unas garras enormes y sabe que era alguien conocido, pero nada más.

—Está bien. Quizá los de la Mano Blanca ataquen mañana o no. En todo caso, Maga junto con Samantha o Muriel deberíais ir casa por casa, buscando a la persona que tiene sangre de semidios.

—Pero si hasta ahora no lo hemos visto.... —contestó Muriel indecisa.

—Ahora eres más poderosa y Maga es, digamos, especial. En otro tiempo tenía otro nombre, quizá os resulte familiar. Se llamaba Morgana.

Ahora le tocó a la señora gris el turno de ruborizarse. La mujer que parecía poca cosa era una de las hechiceras más poderosas de toda la historia de la humanidad.

—Ella os ha visto y aunque algunos de vosotros sois muy poderosos, cree que no habéis sido. Y yo confío en su opinión, así que confiaré en vosotros.

—Qué bonito —dijo Samuel— ¿y cómo nosotros podemos confiar en vosotras?

—Quizá no puedes, pero los hechos te lo demostrarán —respondió de nuevo Amanda dando un paso hacia él.

—Debemos limpiar el cadáver de Rómulo y todo esto. Es horrible — Muriel estaba muy afectada.

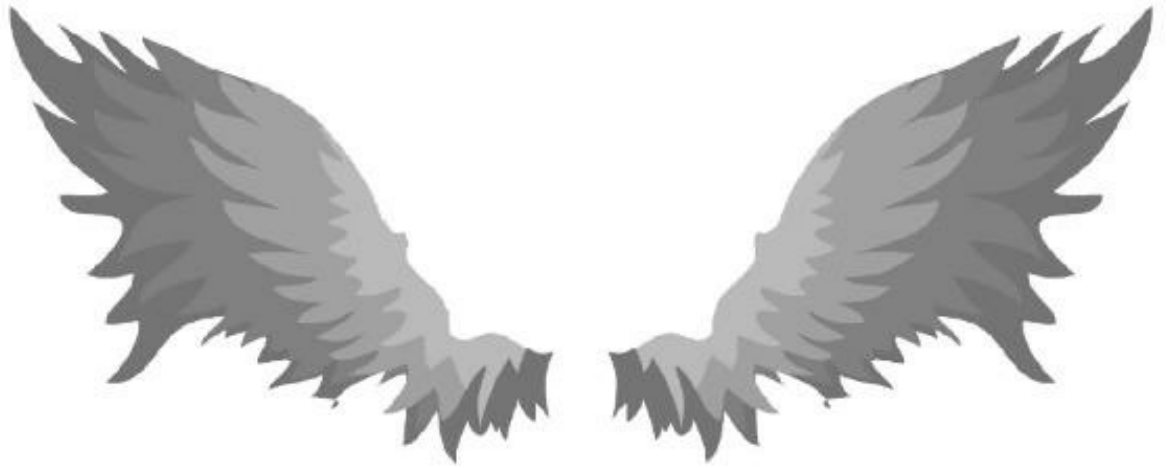
—No será necesario.

Una luz casi cegadora salió de las manos de Amanda. Los ángeles exterminadores podían reducir cualquier cuerpo, vivo o muerto, a cenizas. Al igual que había hecho con su sobrino y con el cuerpo de Horacio, lo realizó con el que había sido su amigo durante años; solo quedó un montoncito de cenizas grises. Muriel comenzó a llorar desconsoladamente y Anastasia la abrazó. Sería duro vivir sin él, pero estaban en guerra.

León sacó un cubo de fregar y comenzó a recoger la sangre, sin tocar las cenizas. Las llevarían en una bolsa al cementerio y las enterrarían. Nunca le

había dado las gracias por todo lo que había hecho por él. Y ahora ya no podría. Todos miraron al hombre que recogió con sus propias manos las cenizas, con toda la ternura que podía expresar un hombre de metro noventa y manos como platos de grandes.

Tras el terrible asesinato, León hizo la primera guardia para vigilar a la Mano Blanca. Los demás se fueron a descansar, aunque seguramente, ninguno dormiría esta noche.



Capítulo 26: El amanecer de un nuevo día

Los turistas se habían retirado a sus habitaciones y los otros cinco a un campamento que habían montado en unas tiendas bastante grandes. Allí dentro, según averiguó Anastasia al seguirlos, durmieron hasta bien entrada la mañana, así que no iban a atacar al amanecer.

Decidieron abrir el Amazonas, que ya estaba completamente limpio y hacer vida normal, aunque estuvieran destrozados. Las tres brujas estaban de ruta por el pueblo, y además, hoy era seis de enero, día de reyes, habían pensado que si el bar Amazonas ofrecía chocolate gratis, muchos podrían pasarse por allí. Y quizá fuera más fácil detectar al asesino. Horacio también estaría rondando, según comentó Sonia. Se lo había pedido y el hombre, tan amable en la vida como en la muerte, había accedido.

Sonia entró en el ayuntamiento donde solo estaba el bedel. La alcaldesa se había ido todas las Navidades a esquiar, y como apenas había papeles, no le obligó a trabajar allí todo el tiempo. Abrió el micrófono de la megafonía del pueblo y anunció que había chocolatada gratuita en el Amazonas.

El asesino o asesina iría por pura curiosidad. Porque había dejado el cadáver de Rómulo allí. Y era extraño que hoy organizaran una chocolatada. Se preguntaría si lo habían encontrado o no. Sí, era un buen cebo.

La gente comenzó a acudir y pronto se llenó el bar, incluso algunos se quedaron fuera alrededor de las estufas de pellets que compró León hace unas semanas. Los vasos de plástico con el chocolate caliente especialidad del Amazonas corrían por todo el bar. Por suerte tenía varios bizcochos congelados y fue partiendo trocitos para todos. De momento nadie había sustituido al panadero.

El grupo esperaba que el asesino apareciera. Pensaban que era alguien conocido, alguien en el que Rómulo confiaba.

También acudieron los cuatro turistas que bajaban a desayunar agotados por la noche intentando recuperar el coche de la laguna y se encontraron con esto. Por suerte habían decidido atacar más adelante. Necesitaban descansar. Y mañana sería un buen día. Todos llevaban el kit de la Mano Blanca. Había

un compuesto, que llevaba mercurio, que abrasaba a cualquier sobre natural que lo tocara. Era una fórmula magistral de un libro más antiguo que la misma Biblia.

Sonia estaba fuera, intentando convencer a Horacio para que entrara. Tal vez su asesina estaba dentro. A él le entró algo de miedo.

Maga llegaba entonces de pasear con Samantha y Muriel, intentando buscar también a esa persona especial. Por sus caras, no habían tenido mucho éxito.

Por fin Horacio se acercó un poco al Amazonas. Las demás sombras habían desaparecido de la plaza. Era raro, pues lo normal es que rondasen a los habitantes cuando se reunían.

Horacio se estremeció y señaló dentro. Se metió en la cabeza de Sonia para avisarle que su asesina estaba allí y que era muy poderosa. Aconsejó a la joven que huyera y él mismo se desvaneció.

Sonia avisó a todos por mensaje que estaban dentro y entonces, las cuatro entraron.

El ambiente festivo del día de Reyes no tenía nada que ver con el verdadero estado de ánimo de los guardianes de Escondido. Samantha y Muriel se sentaron en una mesa, en su mesa, mientras que Sonia y Maga se quedaron de pie apoyadas en la barra del bar, intentando escanear.

—Está aquí, la siento —susurró la mayor a la joven— pero es una mujer muy lista y poderosa, no puedo localizarla.

Sonia miró alrededor. Había al menos quince mujeres, sin contarlas a ellas. Aunque no tenía tan claro que no fueran Samantha o Muriel. En verdad ellas eran tenían grandes dones.

—¿Confías en las brujas de Escondido? —Maga le preguntó como si adivinara su pensamiento.

—No las conozco desde hace tanto, pero supongo que sí.

—¿Supones o es un sí rotundo?

—No lo sé. En mi vida solo he confiado en una persona, en mi abuela. No confío en ti tampoco.

—Haces bien. Yo nunca fui confiable —la mujer sonrió afablemente contrariando lo que decía— pero prometí portarme bien a cambio de la inmortalidad, y ayudé a Amanda con sus cosas.

—Vaya. Aun me fío menos de ti —contestó sin poder remediarlo Sonia.

—Um, veo que las brujas han echado algo en el chocolate, algo que nos hace ser muy sinceras. ¡Qué listas!

—Deberíamos hacer algo, hablar con las mujeres, preguntarles.

—Ah sí, claro niña. Te parece que les preguntemos, ¿has asesinado a cuatro personas con tus garras? Es la idea más estúpidamente inteligente que has tenido —la bruja sonrió— díles a tus amigos que se mezclen y que pregunten si alguna vio a Rómulo la pasada noche. No podemos preguntar si lo asesinaron, porque sospecharía, pero si podemos averiguar si lo vieron.

Sonia comenzó a enviar el mensaje a todos y comprendieron el objetivo enseguida. Samantha se fue al rincón donde se sentaban varias mujeres del pueblo.

—Estoy agotada, la edad ya no perdona —comentó ella para comenzar la conversación. Tras las típicas conversaciones de dolores de huesos, Samantha preguntó— desde ayer no veo a Rómulo, y se está perdiendo la chocolatada, con lo mucho que le gusta, ¿vosotras lo visteis ayer?

Samantha esperó como una gata que está vigilando que el ratón salga despistado de su escondite. Todas aseguraron que no. Todas, menos una. La había encontrado. Saturna miró a Samantha sabiendo que la había descubierto. Se levantó y salió despacio del bar. Por mucho que deseaba mantener la paz y la armonía en Escondido, aun a costa de asesinar a sus habitantes más conflictivos, tampoco quería matar a niños y mujeres inocentes.

Comenzaron a seguir a Saturna que se dirigía hacia el bosque, preparada para quizá la última batalla. Porque había dos opciones. Que ellos ganasen y ella muriera, o que ella ganase y todos murieran. En cualquier caso, sería la última vez que pelearía.

Saturna paró en una pequeña explanada y todos la rodearon. Amanda se adelantó.

—¿Quién eres tú y con qué derecho te crees para ser juez y verdugo de todas estas personas?

—Hace miles de años —comenzó Saturna— yo era una ninfa libre, a la que Zeus sedujo. Tuve un hijo, que ya murió, pues nació mortal. Mientras lo puede cuidar, me enseñó que la tierra donde vives hay que cuidarla. Y aunque esta tierra no es la suya, no es Arcadia, para mí lo es. Cada una de las personas que maté es porque iban a destruir este precioso pueblo. ¿No lo veis? —la mujer no parecía ya la tranquila maestra de la escuela, sino otra cosa mucho más temible.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué Rómulo? —protestó León.

—Te hice un favor con Soledad, ¿y ahora me echas en cara lo de Rómulo? Él ya sabía que era su momento. Y no era una buena influencia para el pueblo.

Os manejaba demasiado y vosotros, ni os dabais cuenta.

—Es hora de que pagues, zorra —Anastasia sacó su arco de amazona.

—Zorra, no, me llamo Calisto y soy una osa.

Amanda se echó para atrás justo en el momento que Saturna se transformó en una gran osa de dos metros y medio de alto. Su piel brillaba a la luz del día en tonos dorados y sus garras eran afiladas y mortales.

La semi ángel lanzó sus rayos blancos sobre ella, sin efecto alguno. Anastasia enviaba flechas y Samuel tenía una pistola con silenciador. Nada le afectaba. Lanzó a León contra unos árboles de un zarpazo y Sonia fue corriendo hacia él. La osa la alcanzó y le clavó una de las garras en el estómago. La chica salió malparada y Muriel la retiró con magia, poniéndola junto a León.

Ahora era el turno de las brujas. La rodearon formando un triángulo de energía blanca que empezó a debilitar su cuerpo.

—¡Estáis equivocados! Yo no soy vuestra enemiga —la voz de Saturna con un poco más de tono grave salía de la garganta de la osa.

El animal cayó a cuatro patas. Los rayos de Amanda seguían sin afectarle, así que Anastasia tomó una resolución. Sacando la katana de su espalda, se subió sobre la osa y se la clavó en el cuello, justo debajo de la nuca, separando las vértebras en dos y provocando la muerte instantánea de la osa.

La energía de las brujas que estaba descontrolada, la empujó contra un árbol, a cuatro metros del suelo, y cayó entre las ramas, acabando finalmente en el suelo.

Las tres brujas lograron apaciguar su propia energía vital y cayeron hacia atrás, inconscientes. Tan solo Amanda y Samuel habían quedado en pie, y él corrió hacia su amada, que yacía boca abajo y muy malherida.

Amanda dio un grito de rabia y fue a ver cómo estaban las mujeres. Ninguna había recobrado la consciencia. Si la Mano Blanca les atacaba ahora, acabarían con todos ellos.

Los pájaros habían vuelto a cantar, como si no hubiera pasado nada. Un revuelo de alas comenzaba a extenderse por todo el bosque, ajenos a la tragedia que se respiraba en el suelo. Tal vez intuían que un gran mal ha desaparecido.

Amanda los miró enternecida, aunque nunca lo admitiría. Habían sido muy valientes, y ahora algunos estaban a punto de morir. Otros, habían muerto. Extendió sus alas y su luz blanca por toda la zona. Esperaba que ayudase a sanar. Es todo lo que podía hacer por ellos. Por Rómulo no pudo hacer nada.

Había sido demasiado tarde para él. Uno nunca se imagina, siendo inmortal, que vaya a dejar de vivir. Seguramente lo pudo evitar, pero no quiso. Amanda se preguntaba por qué.

Maga se levantó la primera. Posiblemente era la más fuerte de las tres. Se tambaleó y luego se cayó sobre su trasero. Amanda no pudo recogerla porque en ese momento estaba enviando la luz blanca a todos ellos. Pero gracias a eso, su compañera se había levantado. Muriel empezaba a despertarse y a sacudir la cabeza como si acabase de bajar de un avión. Se levantó mareada y fue rápidamente a ver a Samantha. Ella todavía no había despertado. Comprobó que seguía viva y después fue a ver a Anastasia, que estaba inconsciente, malherida y con algo roto, pero viva. Ella era muy fuerte. Trastabilló hacia la pareja felina. León había recuperado el conocimiento y sostenía su camiseta contra la herida de Sonia del estómago. Tenía mala pinta. Era la que necesitaba más ayuda urgente.

Se trasladarían a casa de Samantha. Irían por detrás, para que nadie y menos los miembros de la Mano Blanca pudieran verlo. El pueblo había sido ajeno a una lucha entre el Bien y el Mal. Mejor, porque los bandos no estaban muy claros.

León cogió delicadamente a Sonia y Samuel a Anastasia. Muriel y Amanda llevaron a Samantha entre las dos. Maga podía caminar, más o menos.

Tras un gran esfuerzo, llegaron a la casa y echaron a Sonia sobre la mesa. La osa había desgarrado parte del abdomen y no tenía muy buena pinta. La chica susurraba enfebrecida.

Amanda se acercó a ella y susurró unas palabras en un antiguo idioma que nadie conocía. La herida dejó de sangrar, aunque igualmente necesitarían un médico. Los hechizos y la brujería no serían en este caso suficientes. Pero al menos la hemorragia había parado. Muriel llamó a una amiga, médico del balneario a una hora del pueblo, para que acudiera sin hacer preguntas.

Samantha yacía en su cama sin recobrar todavía el conocimiento. Aquí sí que podría hacer algo probablemente. Maga le dio unas sales y realizó un pequeño conjuro y ella comenzó a gemir. Mientras tanto, Anastasia se quejaba ya en el sofá. Tenía posiblemente la pierna rota, así que le tocaría ir al hospital. Samuel decidió llevársela sin esperar y se fueron con la camioneta de Samantha.

—Hemos tenido suerte de que no nos atacaran los de la Mano Blanca — comentó Maga en voz alta— ¿Habría sido casualidad?

Ella se había sentado en un sillón tomando una infusión regeneradora que

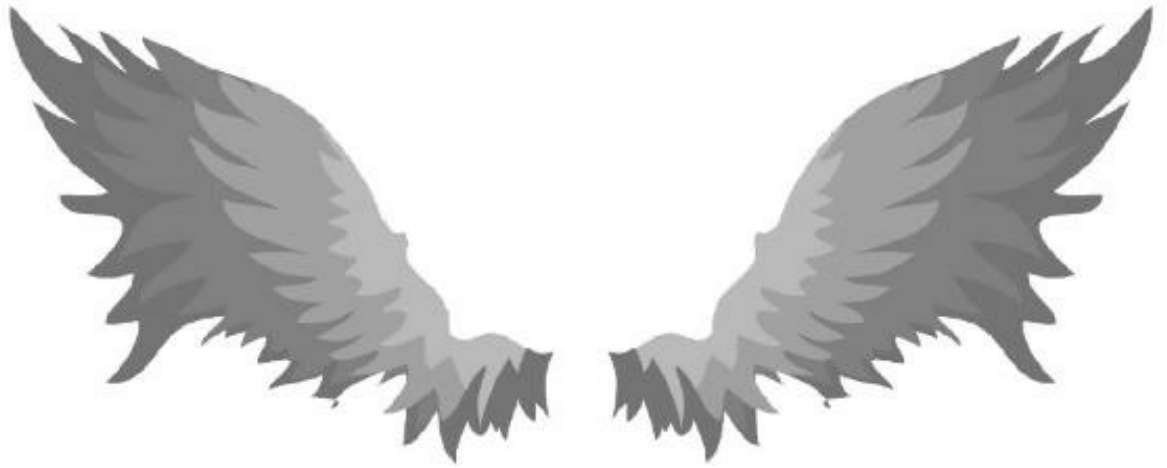
había hecho para todos.

—Puede que no haya sido casualidad, pero ha venido muy bien —la riñó Muriel, mientras intentaba que Sonia no se muriera.

—Estamos todos muy nerviosos, será mejor que nosotras nos vayamos a descansar. Esta noche volveremos. Avisadnos de cualquier... novedad.

Amanda los sorprendió con esa declaración. Los que estaban despiertos no entendían por qué la semi ángel se iba de allí, ¿y si la necesitaban? A las dos.

Pero Amanda no se iba a descansar. Cuando la osa murió, una nube negra de infestación había salido de ella en el último suspiro y se había esfumado en dirección a la Laguna. Quería ver qué estaba pasando.



Capítulo 27: La bruma se acerca al pueblo

La Laguna aparecía tan siniestra como siempre. Los árboles que la rodeaban tenían ese color grisáceo que muestra un filtro de fotografía mal hecho. Los arbustos apenas veían la luz del sol, cubiertos por el tupido follaje que se extendía por la orilla como si quisiera esconder las entradas a la zona. Como un estanque secreto y cenagoso donde no había ningún ser vivo.

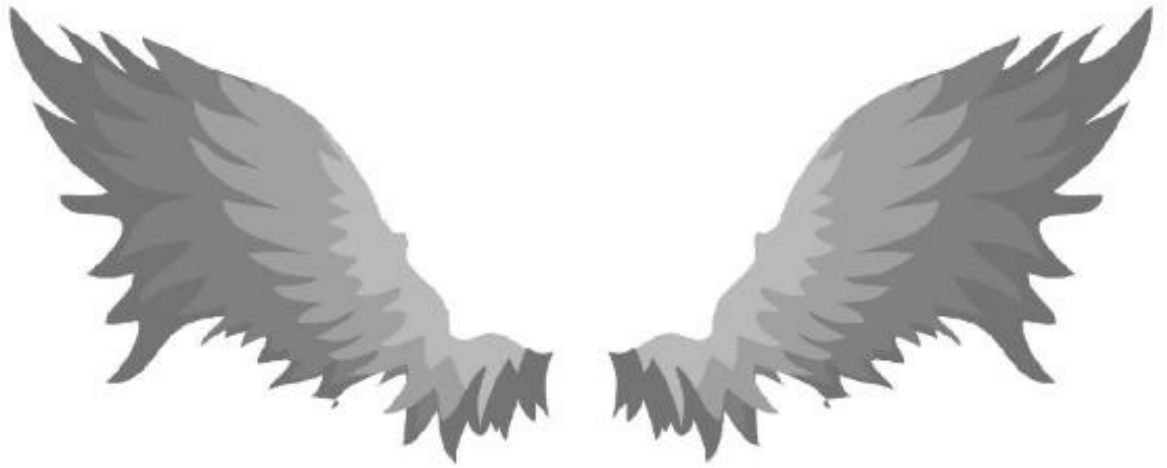
Amanda se acercó seguida a regañadientes por Maga. La hechicera estaba deseando darse un baño y descansar, pero tenía que obedecerla, por su contrato vital. La semi ángel echó un vistazo y finalmente desplegó dolorosamente sus alas volando hacia el centro de la Laguna. De nuevo sus sigilos se habían debilitado. Y más rápido de lo normal. La bruma había avanzado hasta más allá de la mitad de la superficie y en unas horas alcanzaría la orilla si no lo remediaban.

Voló hasta la roca que delimitaba por el otro lado y se posó en un risco. Allí solo podías acceder si ibas por el aire. Era imposible escalar por ninguna de las paredes de la roca, por lo vertical de las mismas. Y prácticamente estaba constituida por pizarra negra, por lo que el aspecto era temible. Las antiguas runas de protección labradas en la roca por los primeros habitantes de Escondido estaban muy desgastadas. Creía recordar que Tobías le indicó en su día que había un pasadizo por el que se accedía al interior donde podrían instalar sus sigilos, pero aún no lo había encontrado. Hoy estaba muy cansada, así que tendría que volver mañana.

Desplegó las alas de nuevo y voló hacia la orilla donde le esperaba Maga sentada.

—Vamos, descansemos un rato. Necesitaremos fuerzas para parar lo que sale de esta infernal laguna.

Sin decir nada, la mujer la siguió. Ella tenía sus propias ideas y ya había empezado a trazar un plan. Un buen plan.



Capítulo 28: Intenciones

Samantha despertó por fin. Había sentido la llamada de sus ancestros, pero finalmente decidió que era muy pronto y que todavía la necesitaban aquí. Se levantó de su cama con un terrible dolor de cabeza y se tropezó hasta que llegó a la mesa donde la doctora amiga de Muriel estaba operando a la pequeña médium. ¡Operándola en la mesa de su cocina!

León estaba sentado frotándose las manos de puro nervio y con un buen chichón en la cabeza. Tenía el pelo rubio pegado y con sangre, pero no había consentido en que lo atendieran. El joven vio tambalearse a la mujer y se levantó a ayudarla. La sentó en una silla cercana, donde Muriel ayudaba con la operación. Puso las manos rodeando la cabeza de Sonia y lanzó un antiguo hechizo de sanación.

Finalmente, la doctora cerró el abdomen.

—Hay que esperar. Ella es joven, pero la herida es grave. Debería llevármela al hospital.

Muriel miró a León y a Samantha y todos asintieron. La montaron en el coche de la doctora y aunque León deseaba ir con ella, le pidieron que se quedara. No sabían cómo iba a ir el tema con la Mano Blanca y allí en el hospital poco podía hacer. El joven asintió.

Una vez que se fueron y con la promesa de informarles, Samantha se sentó frente a Muriel y León, los únicos que quedaban.

—La bruma se ha despertado y está avanzando hacia el pueblo. La he visto en sueños. Creo que no podremos pararla, y menos ahora, que estamos tan débiles.

—¿Y Amanda? ¿y Maga? Ellas nos podrán ayudar, ¿no? —preguntó León.

—Es su deber. Al menos el de Amanda. Pero se ha hecho mucho más fuerte. Yo pensé que matando a la osa se debilitaría, porque era parte de ella. Y sin embargo....

Samantha se cayó, pensativa. Le daba miedo hasta hablar en voz alta de todo lo que podía suceder si la niebla llegaba a las personas del pueblo. Apoyó la cara en sus manos. Por una vez en su vida, no sabía qué hacer.

León decidió irse para el bar Amazonas. En un par de horas todos se reunirían allí de nuevo y tenía mucho que pensar, quizá alguna arma que preparar. Se despidió de las mujeres sin apenas hablar.

Muriel estaba limpiando la sangre de la mesa y miró apenada a su maestra. Ella sabía que su poder personal había crecido, pero se sentía inexperta y no sabía cómo encauzarlo. Necesitaba que le enseñase. Aunque Samantha parecía derrotada. Enjuagó el paño que le devolvió el agua rosada y se secó las manos.

De repente su mente se iluminó y recordó un libro muy antiguo de Sam... comenzó a buscarlo en todos los estantes. Ella seguía absorta en su mundo.

—Sam, ¿recuerdas el Sanctus Liber? —Muriel la sacudió un poquito.

—Sí, es un libro muy antiguo...

—Recuerdo una vez que vi algo sobre la lucha de las fuerzas del bien y el mal. Creo que hablaba de una batalla hace cientos de años y cómo venció el bien. Quizá nos dé una pista.

Samantha asintió sin levantarse y Muriel siguió buscando. Al cabo de media hora encontró el antiguo libro que buscaba. Casi se deshacía en sus manos. Se sentó junto a su maestra y comenzaron a leer la historia.

Al parecer, hace unos novecientos años, en el vórtice de Capadocia hubo una crisis bastante grave. Allí, donde los hititas fueron los primeros que descubrieron la brecha, crearon la primera sociedad de vigilancia del Bien y el Mal. Y los primeros semi ángeles llegaron allí, a la cordillera del Tauro, pero los selyúcidas expulsaron a los romanos y a los ángeles que contenían los efluvios del vórtice. Durante unos meses, nadie vigiló el lugar y se escaparon varios demonios.

Hubo una persecución y una batalla terrible. Muchos de los turcos asentados en las ciudades subterráneas murieron abrasados por el fuego infernal. Los ángeles fueron alertados y volvieron allí, y ayudados por las antiguas hechiceras turcas consiguieron hacer retroceder a los demonios de nuevo al inframundo.

Se necesitó un gran sacrificio para pararlos. Un sacrificio personal, donde varios de los componentes dieron su vida para sellar la brecha.

El sigilo que formaron se realizó con cuerpos humanos. Muriel miró horrorizada a Samantha. Si era la única forma de pararlo, era terrible.

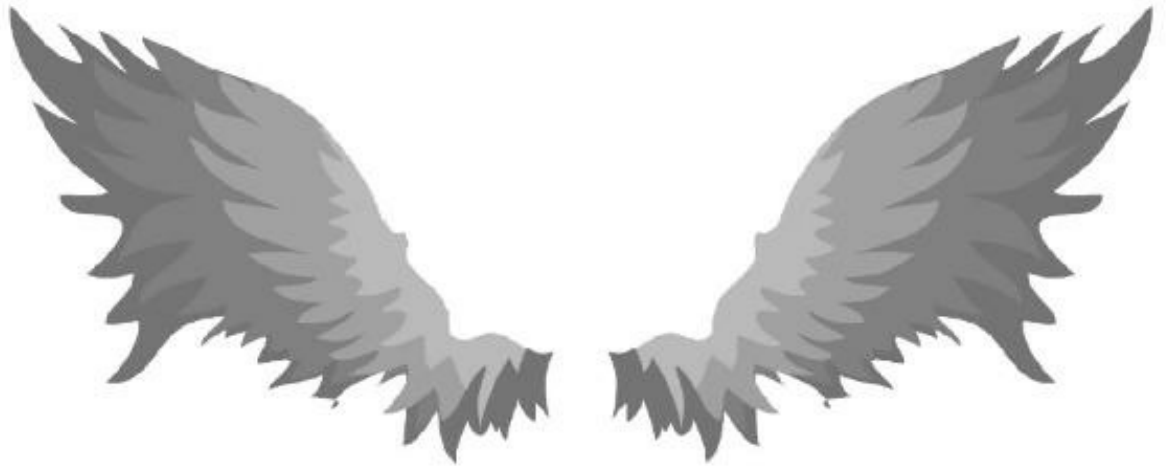
Un trueno se escuchó en el horizonte. Todo comenzaba igual que entonces. Primero, fuertes tormentas sacudirían la tierra, huracanes terribles asolarían las casas y las ciudades, y después, una bruma gris lo inundaría todo, como un

pesado y denso manto que ahogaría plantas y animales, y a todo aquel que estuviera allí. En esos tiempos, unas ciento cincuenta personas perecieron antes de acabar con ellos. Ahora, en Escondido vivían casi dos mil, pero no muy lejos había otros pueblos con muchas más. Si la niebla se extendía y todos los seres infernales aprovechaban la brecha para salir, las consecuencias serían terribles.

Muriel sacudió la cabeza horrorizada. Los dibujos eran muy antiguos pero el resultado era descriptivo. Ambas se miraron conscientes del terrible peligro que se avecinaba.

—Tenemos que hablarlo con Amanda. Puede que ella viviera en aquellos días y se enterase de lo que pasó.

Muriel envió un mensaje a todos los que quedaban para reunirse de inmediato en el Amazonas. Tenía que enseñarles el libro y comprender la magnitud del peligro.



Capítulo 29: Una gran decisión

Anastasia había vuelto del hospital, con la pierna escayolada. Samuel la atendía con gran cuidado, con lo que ella le miraba con ojos furibundos mientras le traía el café de la barra.

León cobraba a los últimos parroquianos que se retiraban a sus casas. No sabía si porque presentían algo o porque estaba haciendo el día más frío de todo el invierno. Las nubes negras hacía rato que habían oscurecido el día y los truenos comenzaban a acercarse desde la zona de la Laguna.

Miró con nostalgia el puesto de Rómulo en la cabecera de la mesa. Echaba de menos al hombre. Era más que un amigo. Siempre les había dirigido sus vidas, de una forma sutil y amistosa, pero daba la sensación ahora de que se habían quedado huérfanos. Y sin Tobías, ese chico en apariencia despreocupado; no podía creer que tantas personas se hubieran ido en menos de un mes. La primera, Soledad. Todavía no entendía muy bien qué había pasado. Tenía que ver con la protección del pueblo y secar la Laguna, esperaba que su amiga Anastasia se lo explicara después de que pasara todo. Si es que había un después.

Preparó unos platos para todos porque iban a acudir a cenar. Últimas fuerzas, última batalla.

La tortilla de patata recién hecha perfumaba la sala. León añadió unos platos de jamón y queso, con unas barras de pan recién horneado.

Amanda y Maga entraron en el bar y tras un saludo con la cabeza se sentaron en la mesa. La semi ángel ya no tenía el aspecto elegante y glamuroso de cuando vino. Ahora vestía de forma deportiva, aunque fuera de diseño. Maga seguía pareciendo una monjita con su ropa gris y anodina.

Aparecieron Muriel y Samantha, cargadas con un libro que parecía muy antiguo y que despertó la curiosidad de las primeras. Samuel se sentó por fin, dejando tranquila a su pareja y León trajo unas cervezas sin alcohol y se sentó.

—Hemos encontrado algo importante en un antiguo libro —comenzó Muriel— Se trata de una batalla que se extendió en Capadocia, en el vórtice que hay allí, con un coste personal muy alto.

Muriel extendió el libro encima de la mesa, apartando la comida. Todos se asomaron y Amanda se puso pálida.

—Recuerdo esto. Fue hace cientos de años. Lo recuerdo porque allí murió mi hermana. Se sacrificó por la humanidad —Amanda se tapó la cara con sus manos— Oh, Dios, pensé que no tendríamos que volver a hacerlo.

—Explícanos, por favor —solicitó Anastasia.

Amanda tomó un sorbo de su botellín de cerveza sin alcohol y poniendo cara de asco por el sabor, comenzó la historia.

—Por algún motivo que nunca averiguamos, la brecha del vórtice se abrió. Yo vivía en esos momentos en un poblado de África —Anastasia enmarcó las cejas sorprendida— sí, estuvimos viviendo allí durante quince años. Y cuando nos llegaron noticias de la crisis, viajamos durante días para llegar allí a tiempo. Cuando llegamos, los supervivientes nos contaron que mi hermana Sara había contenido la amenaza a costa de su vida. Dos demonios muy fuertes habían conseguido salir del vórtice. Los combates fueron terribles y la mayor parte de los hechiceros que la ayudaron murieron. Finalmente devolvieron a los dos demonios y sellaron la brecha. Lamentablemente, llegué tarde.

—Esta vez estás aquí, Amanda —Samantha puso su mano sobre la de la mujer— entre todos conseguiremos pararlos. La brecha no parece rota del todo. No parece que hayan salido los demonios mayores todavía.

—Creo que estamos a tiempo, pero no podemos esperar más —Amanda miró a Muriel— ¿Pone en el libro los sigilos que se usaron?

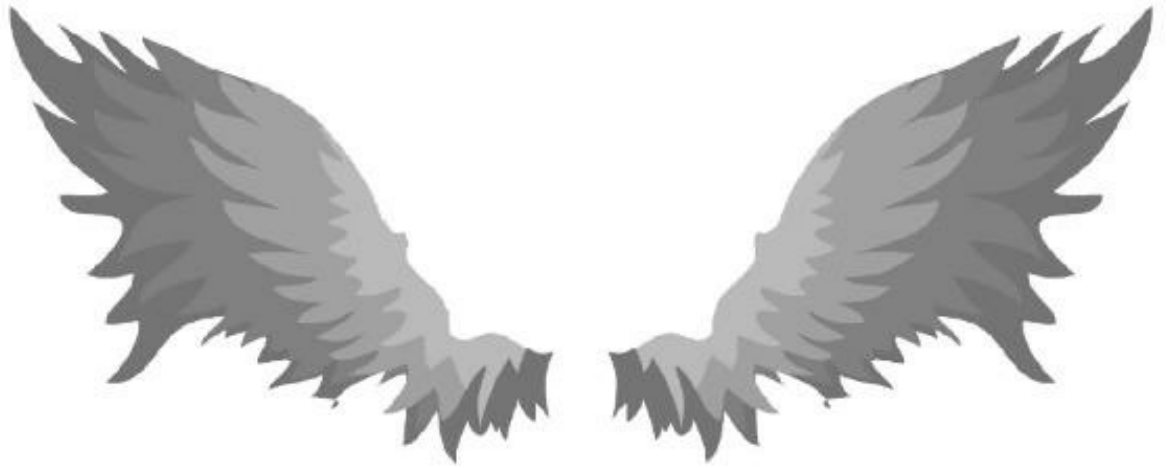
La joven bruja asintió y se los mostró. Estaban dibujados con cuerpos humanos. Amanda los memorizó. Tal vez podría ser suficiente dibujarlos con su rayo angelical.

—Intentaré hacer los sigilos en la brecha y Samantha y Muriel pueden hacer los rituales.

Todos asintieron. Anastasia tendría que quedarse en el bar, aunque protestara, y Samuel y León acompañarían a las brujas, solo por si acaso.

Cenaron con poco apetito y León sacó las armas encima de la mesa. Las brujas las ungieron con sus rituales y comenzaron a prepararse. No había tiempo que perder.

La puerta se abrió de par en par sorprendiéndolos. La Mano Blanca había entrado en el bar.



Capítulo 30: El pacto

—Bien, aquí están todos juntos, reunidos —exclamó Sebastián mostrando su escopeta.

Agustín y otros seis hombres entraron al bar Amazonas, armados y con caras de pocos amigos.

León se levantó y cogió también su escopeta. Samuel se preparó también y Anastasia cargo ruidosamente su pistola.

—Señores, pasen y siéntense, hemos de hablar —Samantha se adelantó a cualquier elemento violento—. Quizá incluso puedan ayudarnos.

Los recién llegados se quedaron parados por la sorpresa. Agustín se acercó a la mesa y los demás le siguieron sin hacer nada, aunque no se sentaron.

—Está bien, hable, bruja —comenzó Sebastián, consiguiendo que León le fulminase con la mirada.

—Dejando aparte los insultos, han de saber que nos encontramos en grave peligro. Lo que ustedes dicen ser aberraciones, tal como nos llaman, son un grupo de personas con ciertas características especiales, sí, pero nuestro único objetivo, al menos el de los que estamos aquí es proteger la tierra de lo que hay tras uno de los vórtices más profundos que existen en la zona. Supongo que saben de lo que les hablo.

—Son leyendas de demonios y cuentos para niños —interrumpió Pedro.

—No lo son —continuó Samantha— la Laguna cubre uno de ellos, y por algún motivo que desconocemos se ha abierto. Ya han salido varios demonios menores que infectaron a una de nuestras convecinas. Ella asesinó a varias personas, lamentablemente.

—¡Como a mi hijo! —escupió Sebastián— la bruja que lo mató debe ser castigada.

Miró a Muriel y a Anastasia sin saber si alguna de las dos era la mujer por la que su hijo había viajado al pueblo.

—Como le digo, la persona que fue infestada asesinó a varias personas,

amigos nuestros también. Pero ya dimos cuenta de ella. Ya no existe. Así que la asesina murió, pero el demonio escapó. Y pueden escapar muchos más. Nosotros vamos a intentar contenerlos, pero pueden ayudarnos.

—¿Ayudarles? —Julián los miró asqueado— acabar con todos, es lo que tenemos que hacer —empujó a Agustín para que tomara cartas en el asunto.

Agustín miró a los que siempre había considerado seres aberrantes, aunque aparentemente parecían normales. Se rascó la cabeza y calmó a sus compañeros.

—Si podéis demostrar que fue esa persona quien asesinó a Jorge y si realmente hay demonios... tal vez podamos ayudar. Solo por esta vez.

Los compañeros protestaron un poco y Sebastián se zafó de su brazo y salió del bar. Agustín lo miró y envió a Vanessa para retenerlo. Se sentó junto a los habitantes de Escondido.

—Explíquenme.

Amanda tomó la palabra y le contó todo, la batalla de Capadocia y la protección de la Laguna, incluso la muerte de su sobrino. Evitó decir qué era, no lo consideró importante. Tras la explicación, el hombre se quedó pensativo y los acompañantes, que no se habían sentado, se miraron incrédulos unos, temerosos otros. Vanessa había entrado con Sebastián a mitad de la explicación

—¿Qué ocurriría si se abriese la Laguna? —preguntó Agustín sopesando la situación.

—El apocalipsis; el inframundo invadiría la tierra, todo eso que se ve en las películas, o peor —aseguró sería Amanda.

Un escalofrío les recorrió porque de alguna forma, sabían que era verdad, y que esa mujer que parecía salida de una revista del corazón no mentía.

—¿Cómo podemos ayudar? —dijo Sebastián, sorprendiéndoles a todos.

—De momento, no interfiriendo en la lucha —contestó Samantha— se necesitan esos dones de los que hablamos para combatir el mal, y sinceramente no todos ustedes los tienen.

Agustín sacudió la cabeza intentando asimilar algo que se le escapaba.

—Algo sí podrían hacer —Anastasia intervino— en caso de que, bueno, en caso de que fallemos, necesitaremos que se desaloje el pueblo. Ahí sí que podrían ayudar.

—Aunque todo eso daría igual —sonrió levemente Maga— si escapan, da igual que estén aquí o a diez kilómetros. El resultado será igual. Los humanos tenéis un extraño concepto de la distancia.

—Al menos, intentaremos que la mayoría de la gente se pueda salvar — protestó Sebastián. Esa señora sería la primera que se cargaría si tenía ocasión. Ella le sonrió burlona, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Está bien. Respetaremos el pacto. Y veremos qué pasa esta noche. Si todo acaba bien, si el pueblo se salva, nos retiraremos por una temporada.

Agustín le dio la mano a Samantha sellando el pacto. Era la primera vez que la Mano Blanca pactaba con los seres aberrantes, pero en este caso, era necesario.

La situación era incómoda, pero los habitantes de Escondido se sintieron aliviados. Bastante tenían con evitar un fin del mundo como para ocuparse de unos fanáticos.

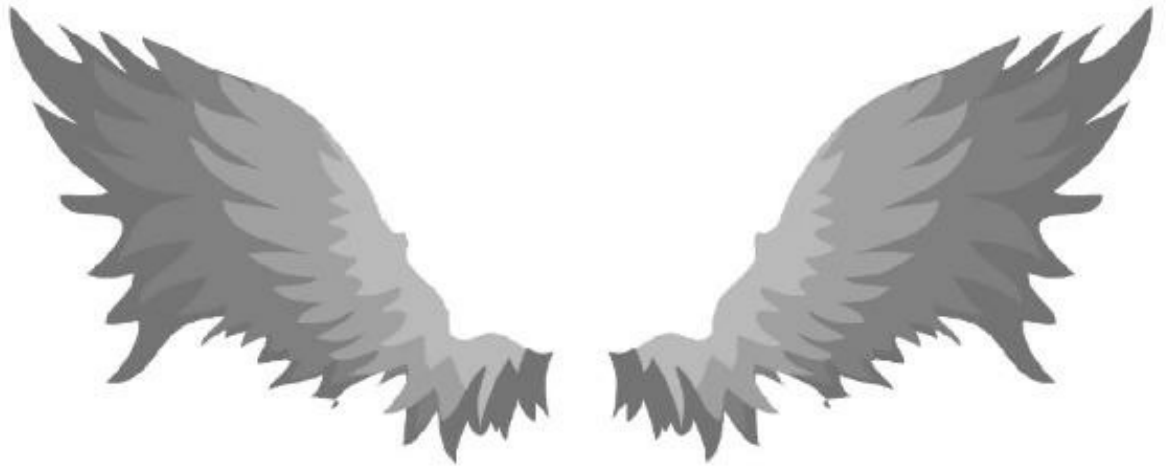
El grupo de recién llegados se sentó a tomarse unos cafés y bollos. Parecía tan absurdamente normal que a Muriel le dieron ganas de reírse. Eso sí, seguramente hubiera sido una risa histérica.

—Bien —dijo Amanda— Esto es lo que haremos. Vamos a rodear la Laguna, las brujas recitaréis los hechizos del libro y yo haré los sigilos desde el aire. Los hombres se quedarán atrás, para evitar que nadie se acerque. No me fio de que puedan poseer a un mortal y que ocurra algo.

Samuel y León iban a protestar, pero Samantha los miró y callaron. En esta batalla serían simples soldados. Anastasia rabiaba por no intervenir, pero en eso el ángel tenía razón. Solo aquellos con magia debían participar, para evitar males peores. Si una sombra negra se metía en León, podría transformarlo, tal y como hizo hace unos días. Y Samuel, tenía sus formidables poderes dormidos, pero los despertarían sin duda. Él era un hechicero de los negros. O lo fue.

Antes de ir a la Laguna, las brujas pasaron por el taller de Samantha para recoger algunos materiales que iban a necesitar.

El cielo pareció acobardarse y dejó que la oscuridad se apoderase de él. Una ligera brisa, anuncio de los huracanes, comenzó a soplar. Todos se retiraron excepto Anastasia, y los componentes de la Mano, que se quedaron como si fuera un faro de luz donde volver, allí, en el bar Amazonas.



Capítulo 31: El sacrificio

La tormenta había comenzado a desatarse. En cosa de quince minutos, el gélido aire susurraba a los árboles que iba a soplar muy fuerte, provocando crujidos lastimeros en las ramas que caían al suelo.

Por suerte, solo Maga llevaba falda, pero apenas se movía a pesar del aire exterior, como si llevase una cúpula de aire transparente alrededor. Samantha y Muriel también habían hecho sus protecciones mágicas, pero el aire las traspasaba sin problema. León y Samuel se quedaron detrás. Llevaban algunas armas de fuego que francamente serían inútiles si algo se escapaba, pero al menos a ellos les hacía sentirse bien.

León sonrió a Muriel para infundirle valor, y ella lo agradeció. Pronto llegaron a la Laguna, donde se había parado el aire. Un paso atrás, el huracán azotaba las ramas, y allí, a dos metros de la orilla, nada. Todo estaba quieto, con una calma aberrante, absurda.

La niebla estaba llegando casi a la orilla, así que Amanda desplegó sus alas y salió volando por encima. Las nubes que rodeaban la Laguna comenzaron a descargar agua en el perímetro que la rodeaba, pero no donde estaban ellas. La tormenta era cada vez más fuerte y caía como una cortina que las separaba del mundo exterior.

Maga se colocó en el centro y a ambos lados Muriel y Samantha. Habían decidido tomarse de las manos y unir sus fuerzas en una sola. Comenzaron a recitar las palabras en un idioma que solo ellas conocían. Algo tan antiguo como el mismo mundo. Pequeños rayos comenzaron a sucederse en la niebla. Y a pesar de que Amanda volaba sobre ella dibujando sus sigilos, seguía avanzando. Pronto tocaría la orilla y se abriría la brecha del todo. Maga retrocedió unos pasos. Esa no era su lucha, aunque claro, si salían esos demonios que ella bien conocía y que tanto la odiaban, no acabaría bien. Así que pisó de nuevo firmemente el suelo y obteniendo la energía de la madre tierra, la lanzó hacia la laguna.

Muriel sintió cómo lo hacía Maga y decidió imitarla. Ella incluso podía absorber mucha más energía y comenzó a obtener la vitalidad de todos los

árboles que la rodeaban, de cualquier animal, de la tierra, y lo lanzó al centro. Por primera vez, la niebla se quedó parada. Ellas se miraron y continuaron con su labor. Los árboles de alrededor de la Laguna comenzaron a secarse y a entregar su fluido vital a la bruja. La ola de muerte estaba llegando a los hombres que miraban con asombro el cambio del paisaje de color verde oscuro a gris ceniza. Samuel tomó a León del brazo y lo apartó. Si les alcanzaban, también tomarían su energía vital. Se apartaron varios metros más allá, preparados para salir corriendo si era necesario.

Las sombras grises que habitaban el pueblo se habían acercado temerosas. Si todavía seguían allí es porque no querían verse atrapadas, pero la muerte las perseguía y la mayoría de ellas se marcharon. Solo quedó una sombra blanca, preocupada por sus amigos. Decidió que protegería al menos a estos dos hombres y se puso delante para que no les alcanzase nada malo.

Samantha comenzó a sentirse atrapada. El contacto con Maga estaba siendo terrible y comprobó que su fluido vital se escapaba hacia la Laguna. Parecía que la habían reservado para ese momento. Lo aceptaba. Sus rodillas fallaron y cayó al suelo. Muriel se alarmó.

—¡No! No sueltes o perderemos lo que hemos conseguido hasta ahora — le gritó Maga, que no soltaba a Samantha. Su energía era muy poderosa, y si tenía que drenarla para parar la niebla, lo haría, pasara lo que pasase.

Muriel apenas contenía las lágrimas, pero siguió recitando el salmodio y la niebla comenzó a retroceder. Ya no había relámpagos en ella y la lluvia del exterior comenzaba a cesar.

Samantha cayó y Muriel soltó a Maga para recogerla. Estaba muerta. Una sombra blanca salió de su boca, el último hálito de vida.

—¡No! ¡Samantha!

—Estúpida, vuelve aquí, o ella se habrá sacrificado por nada.

Muriel comprobó que la niebla había retomado fuerzas. Pequeñas luces rojas y amarillas que parecían ojos habían comenzado a aparecer dentro.

—¡Es inútil! —gritó Amanda desde arriba— no consigo cerrar la brecha.

Se acercó a ellas y mirándolas con una compasión infinita se fue a cerrarla definitivamente.

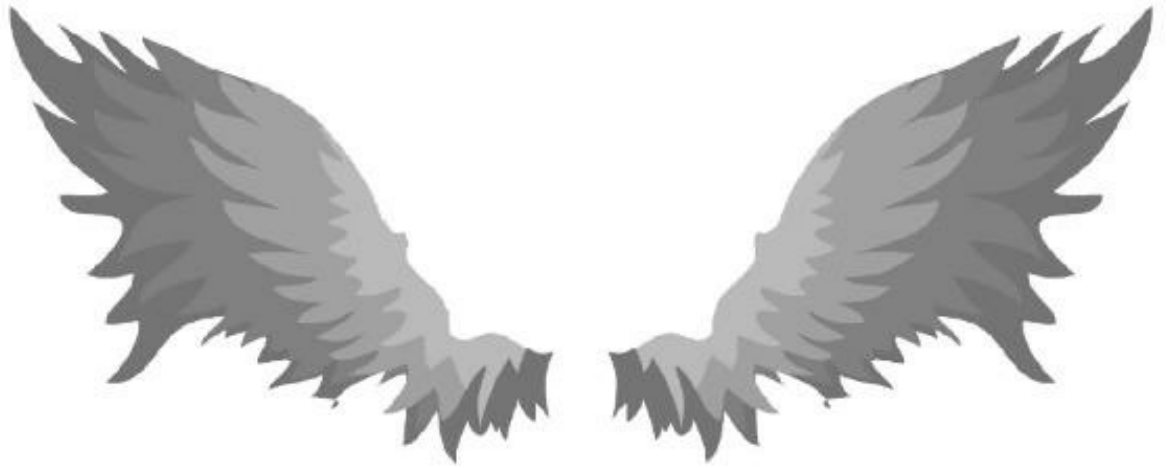
—¿Qué va a hacer? —preguntó Muriel, aunque en realidad lo suponía.

—Va a cumplir su tarea. Aquella para la que fue creada —susurró Maga.

El ángel comenzó a brillar de una forma que parecía pleno verano. La niebla retrocedió definitivamente y se abrió una brecha visible en la Laguna, como si hubiera venido Moisés a separar las aguas. Entonces ella se lanzó

contra el agua. Cayó boca arriba con las alas extendidas y de la misma manera, todo se acabó.

Muriel y Maga salieron disparadas hacia atrás y cayeron en el suelo.



Capítulo 32: Resultado

Una suave lluvia acarició el rostro de Muriel. Con los ojos cerrados, comenzó a sentir su cuerpo, la tierra húmeda y fría donde estaba echada. Las hojas muertas le habían servido de colchón cuando ella fue lanzada. Alguien la movió y comprobó su pulso.

—Está viva —el olor le indicó que era su amigo León el que estaba comprobando.

—Ella también, aunque, aunque está distinta. Samantha...

Muriel abrió los ojos al escuchar el nombre de su maestra y León la ayudó a levantarse. Oía al joven que le hablaba, pero no era capaz de entenderle. Pasó tras la espalda de Samuel que estaba atendiendo a Maga y como una zombie, se acercó a Samantha. Su maestra, estaba tirada como un guiñapo, como si alguien hubiera cogido el cuerpo y lo hubiera soltado sin ninguna consideración. Recogió su cabeza y se la puso en el regazo.

—No puedes irte, por favor, no te vayas —Muriel comenzó a llorar desconsoladamente.

—Muriel, querida, era mi hora —ella levantó la cabeza y vio la sombra blanca de su maestra que le hablaba— has sido una maravillosa alumna y espero que sigas caminando por la Luz.

—Sí, te lo prometo...

La luz blanca se desvaneció subiendo por los árboles y haciendo que estos comenzaran a revivir. Una ola de vida se extendió por la Laguna haciendo rebrotar todo lo que antes había muerto y entregado su energía vital.

Muriel dejó delicadamente la cabeza de Samantha sobre las hojas y se dirigió a la Laguna. La niebla había desaparecido y solo un vapor cálido salía de la misma. Ahora incluso se veía la roca negra que delimitaba por el norte. Ni rastro de Amanda.

Se sentía poderosa, gracias a la energía tomada de la tierra, así que invocó a los vientos y la subieron volando mientras los hombres la miraban asombrados. Se puso por encima de la superficie del agua, a varios metros de altura, vigilando que la brecha se hubiera cerrado.

Unos ojos la miraron desde el agua y Muriel vio la figura elegante de Amanda con las alas extendidas. Había formado con su cuerpo y sus extremidades el sigilo que cerraba la brecha, y se había sacrificado, aunque no estaba muerta. Se quedaría allí, sobre la brecha, como una hoja en un estanque, flotando y mirando al cielo. Muriel lamentó el destino de la mujer, pero al menos en esa posición, sus ojos siempre verían la luz, y no la oscuridad.

Bajó a la superficie y se volvió hacia Samuel que sostenía una bella mujer morena, todavía inconsciente.

—¿Dónde está Maga?

—Creo que es ella.

Muriel miró las delicadas facciones de la mujer y sus labios sonrosados. No parecía mucho mayor que ella. Su cabello, negro como el carbón se enredaba por las esculturales formas de la bruja, que ya no vestía de gris. Llevaba una especie de malla escamosa azul que la cubría enteramente, pero que ajustaba cada centímetro de su cuerpo.

—Creo que Ella estaba atrapada en la otra —explicó León a su forma.

Muriel asintió.

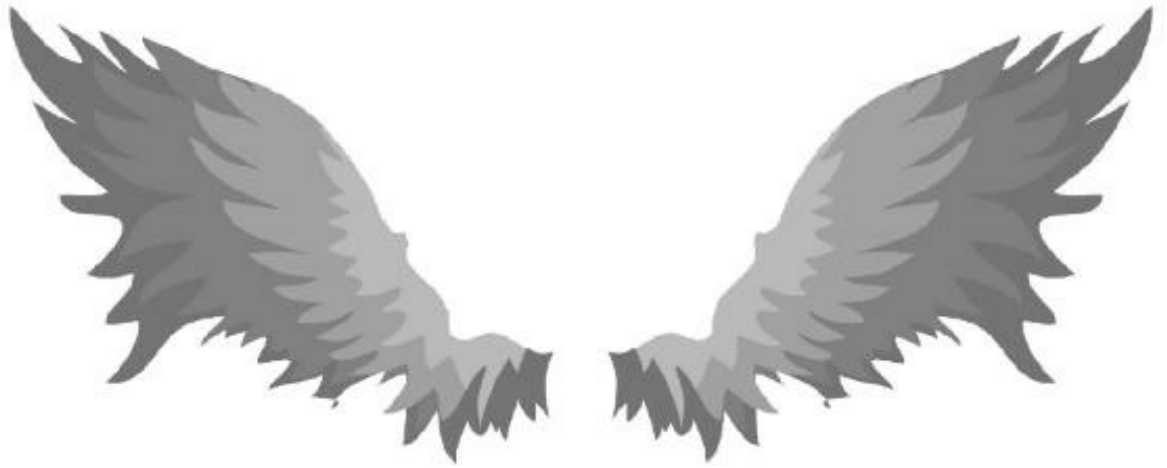
—Vamos, aquí todo ha terminado.

León cogió en brazos a la preciosa mujer y los tres caminaron hacia el pueblo. En la entrada, los esperaban Anastasia y la cuadrilla. El sol comenzaba a brillar de una forma limpia y libre de mal, como si no hubiese pasado nada.

Samuel abrazó a su chica y enterró su cabeza en el hombro de ella. León pasó de largo y se dirigió al Amazonas con su carga, seguido de Muriel.

Sebastián preguntó si había ido todo bien, a lo que Samuel simplemente cabeceó. Ya podían ver que sí, aunque dos de las componentes del grupo no habían vuelto. Agustín hizo un gesto y se fueron hacia sus coches. De momento, les dejarían tranquilos. Habían conseguido salvar mucho más que el pueblo, según habían constatado con los prismáticos.

Todos estaban muy tranquilos, excepto uno de ellos, aquel donde vivía la sombra y con quien se iba a ir del pueblo, ahora que no había oportunidades de conseguir vengarse. Quizá más adelante. No tenía ninguna prisa.



Capítulo 33: Una nueva vida

Sonia tomó una manzanilla que le ofreció León. Desde lo suyo, estaba muy amable, pero sabía que, aunque habían tenido sexo del bueno, no estaban hechos el uno para el otro. Eso sí, su complicidad era estupenda. Con eso le bastaba. Por primera vez se planteaba no marcharse de un lugar, y eso que, aunque había pasado una semana desde aquella noche; todavía le temblaban las piernas al pensarlo.

Anastasia entró con su muleta en el bar, seguida de un solícito Samuel y se sentó junto a la joven, resoplando.

—Eres mala enferma —sonrió Sonia.

Ella le guiñó el ojo mientras miraba como su chico iba por unos cafés.

—En el fondo, me gusta que me cuide, pero tengo mi reputación.

El autobús de Huesca acababa de llegar. Hoy era el día.

Muriel entró con la maleta seguida de una despampanante mujer vestida con las ropas de Amanda.

Anastasia torció la boca. No le gustaba nada, aunque es verdad que lo de menos era la ropa. No le gustaba Morgana y menos que Muriel hubiera decidido irse con ella a ver mundo y a aprender más magia. La antes dama gris le había prometido presentarle a grandes maestros que le ayudarían a fortalecer su magia y a dominarla.

—Tranquila, Ana, le prometí a Sam que seguiría la Luz —ella se acercó sabiendo lo que pensaba —pero necesito salir de aquí. Por una vez en mi vida, me siento encerrada.

Ella lo comprendió. También se sentía extraña y necesitaba un cambio.

—Será un gran cambio en ocho meses, ya verás —sonrió feliz Muriel— te prometo que para cuando nazcan las dos, estaré aquí.

Anastasia se sobresaltó. Sospechaba algo, pero ahora ya estaba confirmado. Se acarició el vientre y miró a Samuel, que tiró el café al suelo de la impresión.

—No quiero ni contarte cómo estará ahora el hechicero —le dijo León a Sonia que los miraba abrazarse— igual Ana lo manda a la porra por pesado.

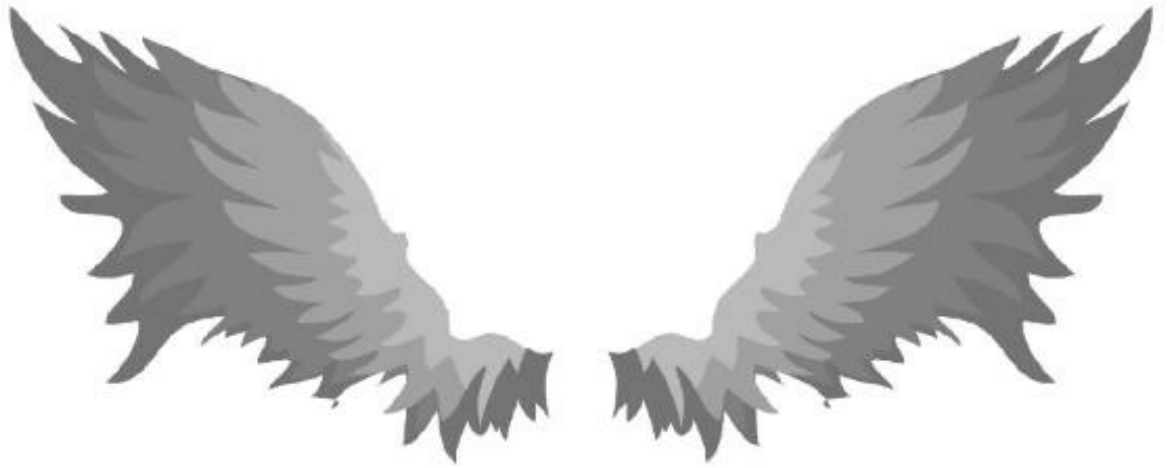
Muriel se despidió abrazándolos a todos, recomendándoles que se cuidaran. Morgana tan solo cabeceó un poco deseando salir de ese horrible pueblucho y volver a Paris, a Roma, a Moscú... con esa brujita inocente y poderosa, lo iba a pasar muy bien.

Salieron las dos y se montaron en la vieja furgoneta de Samantha. Mientras tanto, los viajeros del autobús entraban en el Amazonas.

—La echaré mucho de menos —suspiró Anastasia.

Todos miraron hacia los recién llegados. Una jovencita, de unos veinte años y preciosa, se acercó a la barra.

—Hola, me llamo Venus Sky, ¿tienes una habitación libre?



Epílogo

Anastasia corría tras las dos pequeñas y traviesas brujitas. Sammy era una guerrera auténtica y Roma les había dado unos buenos sustos, cuando había desaparecido y aparecido en una habitación diferente. Por suerte, Muriel en una de sus visitas, le había atado sus poderes a ambas, hasta que tuvieran un poco de sentido común, dijo su orgulloso padre.

Llegaron al Amazonas, donde Sonia los esperaba en la terraza tomando un té frío. En puro verano y con veinticinco grados, estar allí era simplemente el paraíso. Quién le iba a decir a ella que congeniaría tanto con la médium. León salió con una tila fría para ella mientras sacaba unos paquetes de patatas a las pequeñas. Con dos años, eran la alegría de todo el pueblo y de alguna forma, todo lo que había pasado, había limpiado el ambiente y nuevas familias se habían instalado en el pueblo, incluso sin dones.

Vanessa, antes perteneciente a la secta, compartía casa con Leia y Venus Sky, y las tres se llevaban de maravilla. Además, Muriel le había dejado estudiar sus libros de aprendiz y ambas, Leia y Venus, recibían de vez en cuando lecciones en vídeo. Las brujas también se modernizaban.

León y Sonia seguían acostándose, simplemente disfrutando del sexo sin compromiso y sobre todo ella, en un lugar donde se la aceptaba tal y como era. Aunque su abuela había pasado al otro plano, decidió quedarse una temporada para enseñarle a protegerse, solo por si acaso.

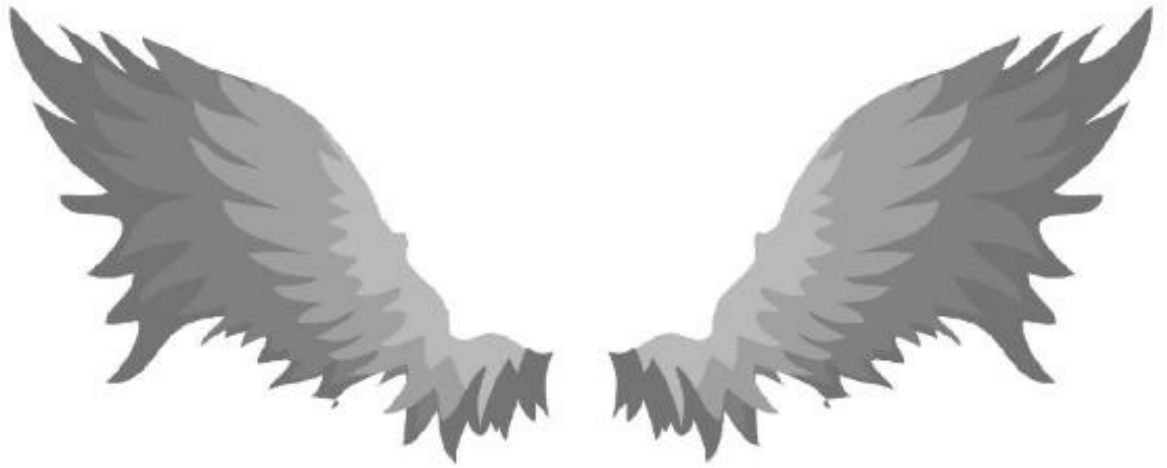
Muriel los visitaba una vez al año, más o menos. Se había vuelto una poderosa y sofisticada bruja, nada que ver con la inocente chica que se fue de Escondido. Sin embargo, su corazón seguía lleno de Luz, algo que ni Morgana había podido cambiar, a pesar de intentarlo.

Los excursionistas visitaban a menudo el pueblo y aunque ya no iba a construir los chalés, influida por Muriel, la alcaldesa había conseguido restaurar tres edificios antiguos y convertirlos en casa rural, por lo que también estaba satisfecha.

Esa mañana, como todas las mañanas, Sonia había paseado junto a La

Laguna, aún oscura pero otra vez llena de vida. Estaba prohibido bañarse, pero los peces habían vuelto. Comprobaba que todo estuviera normal. Y así había sido cada día de cada año después de que Amanda cerró con su cuerpo la brecha.

Aunque esa mañana, un sutil cambio que ella no percibió se produjo en el ambiente. El ser celestial extendido en la brecha había abierto los ojos, después de dos años, y eran completamente negros, llenos de maldad.



Personajes

Aquí tienes un breve diccionario de los personajes. Por si los lees antes de leer el libro, mejor no te cuento todo sobre ellos. ¡Descúbrelos dentro!!

Agustín:

Miembro de la secta la Mano Blanca

Amanda Sky:

Es un semiangel, tía de Tobías. Es sofisticada y glamurosa. Es la vigilante del vórtice de las catacumbas bajo el museo del Louvre. Llega a Escondido por un suceso familiar.

Anastasia:

Hija de amazonas, es artista y tiene una tienda de recuerdos en el pueblo, donde vende recuerdos y cremas realizadas por Samantha y Muriel. Es alta y atlética, está en muy buena forma y tiene más fuerza de lo normal, debido a su ascendencia de amazona.

Horacio:

Es el panadero del pueblo, es amable y servicial. Tiene una panadería horno y además ayuda a llevar a gente a otros pueblos si lo necesitan. Tiene casi sesenta años.

Jorge:

Es reportero de Aragón televisión. Llega al pueblo por el premio de la lotería, pero finalmente se quedará unos días, prendado de una de sus habitantes. Hay algo oculto en él.

Julián:

Miembro de la secta la Mano Blanca

Leia:

Es una chica joven que ayuda a León en el Bar Amazonas. Está deseando marcharse de allí, pero no tiene mucho dinero y además siente algo por Tobías. Su abuela era bruja, amiga de Samantha.

León:

Es un hombre muy atractivo, alto y musculoso. Es un cambiante y dueño del bar Amazonas. Debe bajar su nivel de hormonas para no transformarse. Es una constante lucha que le produce más de un problema.

Maga:

Ella es una antigua hechicera, una de las primeras que existieron. Está atada a Amanda a cambio de ser inmortal. Tiene el aspecto de una monja de unos sesenta y tantos años.

Manuela:

Es la alcaldesa del pueblo, una mujer muy ambiciosa y deseosa de que el pueblo sea más grande y próspero. Sin embargo, no ve más allá de su ambición y no sabe nada sobre fantasmas, lagunas o brumas terribles.

Marina:

Miembro de la secta la Mano Blanca

Pedro:

Miembro de la secta la Mano Blanca

Rómulo:

Es un hombre que no llega al metro sesenta. Aparentemente es ciego, aunque lo ve todo y lo sabe todo. Es el cabecilla del pueblo y uno de los encargados de vigilar el vórtice que hay bajo la Laguna.

Samuel.

Es un antiguo hechicero que perdió sus dones por amor. Dejó de comer carne y beber sangre para estar con Anastasia. Es un pintor muy cotizado hiperrealista, especializado en paisajes. Tiene también una casa rural en el pueblo.

Sargento Lagunas:

Es la autoridad en el pueblo, y en algunos de alrededor. Es un cambiante, aunque debido a sus características, lo tiene muy controlado. Investigará el asesinato que se produce en los primeros capítulos.

Saturna:

Es la maestra del pueblo. Es una mujer de unos cincuenta años y tiene algo que esconder.

Sebastián:

Es el padre de Jorge y comisario mayor de la Mano Blanca.

Soledad:

Es la sobrina de la alcaldesa y una chica muy atractiva. Es algo egoísta y busca su propio beneficio. Sale con León porque es el chico más guapo del pueblo y la adora.

Sonia:

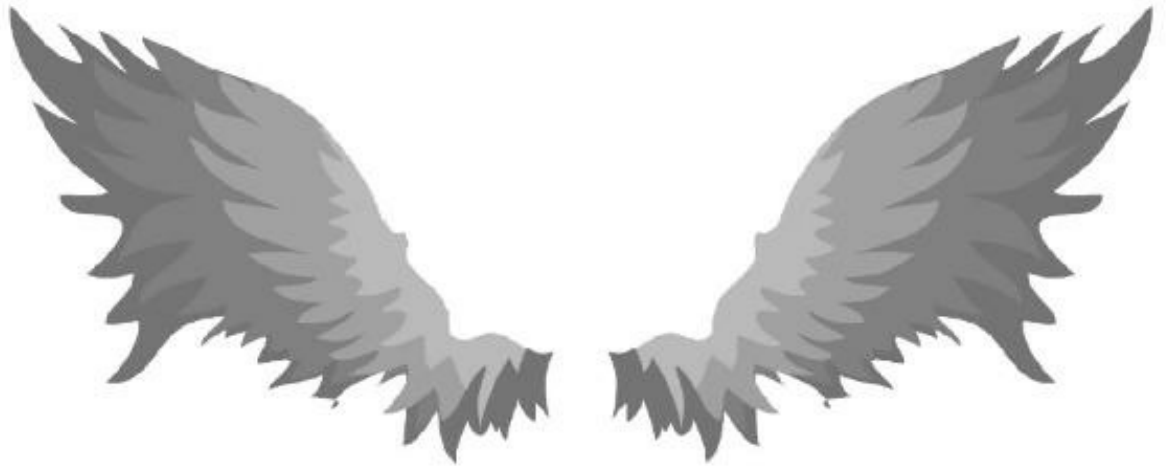
Es una chica que llega al pueblo enviada por su abuela. Es médium y les ayudará a solucionar algunos problemas allí, entre ellos, el de León.

Tobías Sky:

Es el semi ángel encargado del vórtice de la Laguna. Sella con sigilos y magia cualquier apertura que haya para que no se escape cualquier ser del inframundo. Es un chico muy guapo, parece un surfero. Como es un semi ángel, cuando despliega sus alas, sufre un doloroso momento.

Vanessa:

Miembro de la secta la Mano Blanca y amiga de Leia.



Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecerte, lector o lectora que hayas decidido apostar por este libro distinto, un libro que se podía clasificar quizá como suspense paranormal, o un thriller de fantasía. En realidad, la clasificación no es lo que más me importa.

Para mí, lo que me interesa es que te haya gustado la historia, que hayas disfrutado conociendo el pueblo de Escondido y sus habitantes. No te enfades conmigo porque alguno haya muerto, a veces pasa. También llegan nuevos personajes que se incorporan y que tienen una gran historia detrás. Y tengo en mente quizá hacer una segunda parte.... Todavía no es seguro. ¿Te gustaría?

Te pediría si pudieras dos cosas. Si no te ha gustado la historia o quisieras comentarme algo sobre ella, algo que mejorar, puedes escribirme a anneaband@gmail.com.

Si te ha gustado y quieres dejarme algún comentario bonito que me anime a seguir escribiendo, valórala en Amazon, por favor. Las valoraciones positivas ayudan mucho a los escritores. Hacen que otros lectores compren el libro, lo que hace que persistamos en escribir, a pesar de las dificultades.

A veces hay personas que dejan comentarios muy negativos, bien porque no les ha encajado el libro, porque no lo esperaban así, o porque al comprarlo, su idea era otra. Supongo que todo está bien.

Los escritores tenemos un espíritu creativo no sé si decir que es frágil o delicado, y todo afecta. Con esto quiero recomendarte con todo mi cariño que no solo por mí, sino por otros autores o autoras que leas, pienses qué vas a poner y por qué lo pones. Eso se queda allí para siempre.

Por supuesto quiero agradecer a mis lectoras beta, Eva, Ana, Lola y Charo por sus comentarios, y esta vez también se unió Yolanda para los dos primeros capítulos, lo que agradezco también. Una mención muy especial a Sonia Martínez que ha corregido al detalle el manuscrito encontrando cosas que ni había visto.

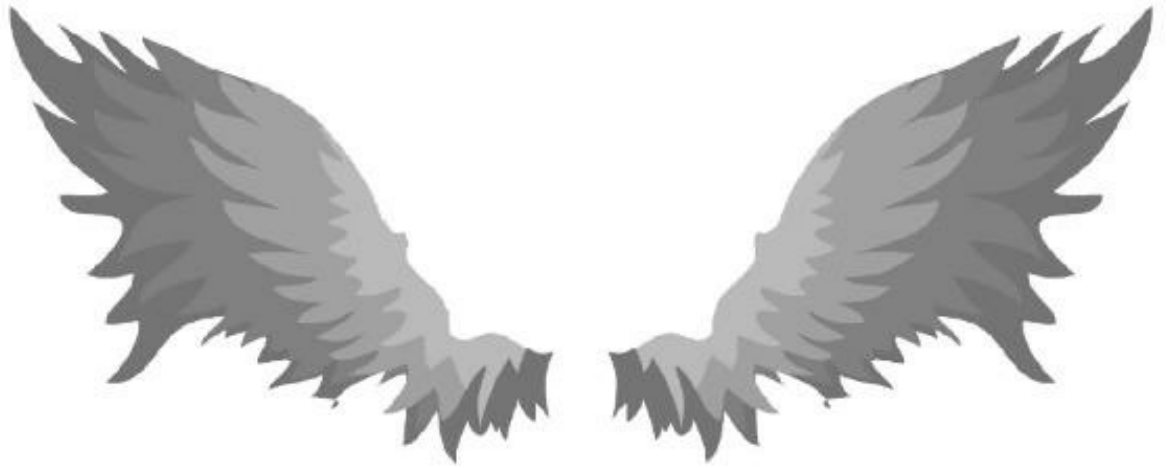
Quiero agradecer también a la artista de la portada de este libro y de otros como Asandala o Vampiro Normal, Alba Palacio, a quien os aconsejo que

sigáis en redes, solo por el hecho de ver las cosas tan bonitas que hace. Aunque su especialidad es la fantasía y los vídeo juegos, la portada que hoy tienes entre tus manos, ha sido obra suya.

Agradecer a mi familia, sobre todo a mi marido que ya después de once libros publicados, ve como cosa natural que de repente un domingo me levante a las ocho de la mañana y antes incluso de ir al baño, vaya corriendo al ordenador. Él me acompaña a todos los sitios y siempre me apoya. Es un gran pilar en mi vida.

A mis amigas, y a todos los que me rodean, porque la verdad que una persona que no tiene experiencias de vida personales, no consigue avanzar.

Pero repito, sobre todo te agradezco a ti, que todavía estas leyendo estas líneas, que hayas decidido apostar por este libro. Desde lo más profundo de mi corazón, ¡gracias!



Sobre la autora

Anne Aband es autora de varios libros de fantasía y romántica. Este es su libro publicado número once, aunque tiene en su carpeta bastantes casi terminados.

Comenzó a publicar esos libros de su carpeta especial en 2016: **Amor Incondicional** (recientemente revisado) y **Vampiro normal**, fueron los primeros. Después llegó **La espía enamorada** y **Bienvenida al purgatorio** (su primera incursión en el thriller).

Tras ellos, llegó el romance paranormal **El despertar de las brujas**, con el que estuvo cinco meses en el top 50 de los más vendidos de Amazon. También en el año 2019 repasó dicho libro.

Asandala, ficción de fantasía juvenil, nació tras un sueño lúcido en una meditación y se encuentra ahora en reescritura -completa- por lo que no está disponible. Es una de las novelas por las que más cariño siente la autora y espera que bien a finales de 2019 o principios de 2020 esté publicada con todo su esplendor y su maravillosa cubierta de la ilustradora Alba Palacio.

En 2018 se quedó finalista del concurso Sueños Etéreos de la Editorial Khábox, con el relato **La maldición de la Befana** y al mes, ganó el Certamen Romántico de Bubok, con **Una boda por contrato**.

Tras esta novela, publicó **Se alquila habitación**, que se convirtió vía la editorial Kamadeva en **Todo sucedió en Roma**.

Un libro de crecimiento personal, **Bienvenido, cambio** con su nombre real, Yolanda Pallás, fue un experimento hacia ese otro mundo que adora, el del crecimiento personal y en el que también se ha formado.

Después, y habiendo acumulado multitud de relatos, decidió en febrero 2019 publicar un libro, **Relatos Cortos**, con 24 historias cortas, relatos y microcuentos, con una bellísima portada diseñada por Gaby Fano.

En estos momentos, su tercer libro con Bubok- Kamadeva está ya a la venta, una novela romántica: **Mi postre favorito eres tú**.

Además, casi tiene terminada una novela corta para niños, llamada **Alina, la cazadora de monstruos**. Quizá cuando estés leyendo esta novela, ya está

publicada.

Como puedes ver, amable lector, lectora, Anne Aband no es una escritora al uso. Es prolífica e inusual, y no tiene un registro concreto. Esto, puede que te despiste. Solo asegúrate cuando elijas uno de sus libros que sea del género que te guste.

Sin embargo, no es para nada malo, al contrario. Escribir de diferentes géneros enriquece cada palabra, porque la apertura es total. No se encasillará con una misma historia. De ella no podrán decir, leída una, leídas todas. Aunque por supuesto, tiene un estilo muy personal; nada pesado y rápido de leer.

Podrás encontrarla en su web www.anneaband.com , escribirle un email a anneaband@gmail.com, porque te contestará.

También la encontrarás en redes sociales.

Ahí van algunas:

Youtube

<https://www.youtube.com/channel/UC66EhE3wlhTuCw0V893DvBg/>

Facebook

<https://www.facebook.com/anneabandrelatos/>

Instagram

https://www.instagram.com/yolanda_anneaband_escritora/

Twitter

<https://twitter.com/anneaband>

Bloglovin

<https://www.bloglovin.com/@anneaband>

Como verás, tampoco es chica de una sola red.

Personalmente trabaja como informática, consultora de marketing y dando clases de alfabetización informática para adultos, que es lo que paga sus facturas. Le encanta su trabajo, aunque es de suponer que cuando sus sueños se hagan realidad, es decir, cuando consolide su carrera como escritora, se dedique solo a ello.

Está casada y tiene dos hijos varones, cuatro hermanas y una madre. No

mascotas (alergias). Además, pinta en seda, en tela, cuadros, y decora cosas, cuando tiene tiempo, que no suele ser lo habitual.

A menudo suelen preguntarle cómo llega a todo lo que hace. Y básicamente es porque es muy trabajadora y voluntariosa.

Es una buena persona, honesta, creativa y algunas cosas más que si la conoces, sabes.

Acude a sus presentaciones, a sus charlas, ella es tímida, pero te lo agradecerá de corazón.

Ella es así.

Gracias.